

Los mejores
relatos del
« Sunday Times »

Los mejores
relatos del
« Sunday Times »



28

de

En 1974, el *Sunday Times* organizó un concurso de novelas breves de ciencia ficción. El jurado lo formaban personalidades tan destacadas del género como Kingsley Amis, John Bush y Brian Aldiss. En total se presentaron cerca de 300 manuscritos, con un resultado, como hizo notar el jurado, realmente sorprendente en cuanto a la calidad media.

Los mejores relatos presentados, los que obtuvieron el premio, integran este volumen de singular importancia para vislumbrar las corrientes heterodoxas que dominan hoy el campo de la ficción científica, muy lejos ya de sus planteamientos iniciales o del sociologismo ejemplarizador que lo dominó desde sus orígenes.



AA. VV.

Los mejores relatos del «Sunday Times»

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 28

ePub r1.0

Titivillus 19.05.16

Título original: *The Gollancz/Sunday Times Best SF Stories*

AA. VV., 1979

Traducción: Beatriz Podestá

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRESENTACIÓN

En 1974, y con la colaboración del periódico *Sunday Times*, Gollancz organizó un concurso de novelas y cuentos de Ciencia Ficción, que anteriormente no hubieran sido publicados en forma de libros.

De los casi trescientos manuscritos que se recibieron —siendo jurados Kingsley Amis, John Busch y Brian W. Aldiss— Luis de Caralt Editor, S.A. presenta hoy a sus lectores una amplia selección de los ganadores.

Están aquí representadas tres tendencias típicas del moderno género literario, que es la Ciencia-Ficción: los relatos de catástrofe generalmente de índole tecnológica, los contactos con algún monstruo inexplicable de la naturaleza y las influencias del ingenio humano sobre otro hombre. Tal vez sea esta última corriente la que ha conseguido los mejores logros.

El lector podrá juzgar el acierto de la selección.

EL EDITOR

EL ALMA DEL CORONEL 607

Garry Kilworth

The Soul of Colonel 607

Los dos mayores se abrieron camino por el abrupto terreno hacia el lugar donde la tienda de su comandante resplandecía a la luz del alba. Ninguno de los dos hablaba; la conversación no era uno de sus puntos fuertes. No había mucho que discutir cuando uno vivía en un planeta desgarrado por la guerra, en el que hasta los árboles y la hierba eran artificiales. El comandante, un veterano coronel, los vio llegar y retiró el delgado alerón para permitirles la entrada.

No había muebles en la tienda y los tres se sentaron en el suelo. El coronel abrió un sobre sellado y enseñó su contenido a sus dos oficiales subalternos.

Diríjase al flanco oeste de la vanguardia enemiga Stop Impida cualquier intento de los Plásticos de cruzar línea Stop Que los dioses de la guerra lo protejan.

—¿Entienden lo que significa? Los dos mayores asintieron.

—Entonces, levanten el campamento —dijo el coronel, quemando las órdenes en la palma de su mano.

Era mejor no decir nada en voz alta, estos días. Más de un comandante había perdido su regimiento ante el enemigo por creer que los insectos metálicos que zumbaban sobre su lámina de metal no eran transmisores en miniatura astutamente diseñados. Demasiada fe ciega en los dioses, ése era el problema de la mayoría, pensó el coronel. El sólo confiaba en su propia capacidad. Si triunfaba, no alabaría a los dioses; si fracasaba, no los censuraría.

Pasó por la abertura mientras la tienda era desmantelada y sus hombres lo vitorearon. El coronel 607 era un líder popular. Notó

que 96, el primer mayor, guardaba silencio. ¿Qué habría detrás de esa cara de latón inexpresiva que tantas veces había deseado golpear como si fuera un gong? El mismo 607 era apenas un soldado raso en otro regimiento cuando 96 ya se había graduado como oficial, pero el mayor era un mal soldado; su cerebro era demasiado débil.

La magnífica capa escarlata de 607 flotaba a su alrededor mientras se dirigía a su jeep aéreo con la pistola de calor colgando junto a su cadera. La apariencia lo era todo en el ejército. Era necesario tener el aspecto adecuado para desempeñar su papel. Subió junto a su chófer, se volvió y gritó:

—¡Nos marchamos!

El regimiento de robots comenzó su lenta y ruidosa marcha.

Era de noche cuando llegaron a la línea Finback. Construyeron sus defensas en la oscuridad, levantando barreras de aislamiento luminoso en puntos estratégicos del desfiladero de Finback. Eran una protección inadecuada contra los rayos eléctricos del enemigo, pero un buen aislamiento era pesado e incómodo y un regimiento de infantería ligera debía moverse con rapidez. Se pusieron en funcionamiento proyectores de infrarrojos pero el paisaje era tan llano y vacío como la superficie de un lago. Obviamente, los Robots Plásticos estaban bien camuflados. Probablemente habrían excavado pozos y cubierto las aberturas con láminas metálicas cargadas, pensó el coronel. Dio órdenes de que la mitad del regimiento descansara y la otra mitad permaneciera alerta. Mañana presentaría batalla: esta noche haría compañía a sus cantaradas.

—¿Qué hará cuando termine la guerra?

La antigua pregunta le fue hecha por 2003, su segundo mayor. 2003 era un nuevo modelo de aleación y aunque 607 había sido reacondicionado recientemente, —conservaba su antiguo armazón de pesado acero.

—Viajaré a las estrellas —respondió 607— y preguntaré a los dioses cuánto tiempo de paz nos será permitido antes de que nos exhorten a volver a la guerra.

2003 cambió de postura, sintiéndose incómodo. Estaba acostumbrado a las blasfemias de su comandante, pero esto era un poco demasiado fuerte.

Después, el joven mayor dijo:

—Este no es el momento adecuado para discusiones serias. Mañana habrá tiempo para eso. Ahora es el momento del humor. Y lanzó una carcajada fuerte y falsa a la atmósfera.

—Sí —respondió 607— todo debe hacerse de acuerdo con la programación.

Había amargura en su voz, y eso parecía extraño en un robot. No siempre se había sentido como ahora.

La aurora trepó hasta el horizonte con sus dedos blancos y comenzó a trepar por el cielo. Los rayos de sol pasaron entre las montañas lejanas y se deslizaron sobre la arena roja como serpientes con un propósito definido. Un árbol artificial susurró metálicamente en la brisa matutina. 607 se sintió bien cuando el sol comenzó a recargar sus células solares. Me pregunto cómo se sentirán los dioses hoy, pensó. Quizás excitados, quizás eufóricos. Aparentemente, siempre disfrutaban una gran batalla. Aumentó la potencia de sus circuitos visuales y pudo distinguir los movimientos de los Robots Plásticos en sus pozos. Se preguntó qué le harían los Plásticos si lo atrapaban. El dolor no significaba nada para él; la muerte era sólo un temor, pero la humillación era su principal temor. El orgullo herido. Pensaba que no podría soportar las burlas y las humillaciones a que sería sometido si lo atrapaban.

El coronel se preguntó qué sentirían sus hombres. Sabía que experimentaban cierto temor, pero no de la magnitud del suyo propio. Y entonces, ¿por qué no atacaban en grandes oleadas suicidas, hasta que el último hombre cayera rechinando al suelo? Él, el coronel, era capaz de otros sentimientos que sus compatriotas no compartían, que ni siquiera conocían, pero los mantenía bien ocultos. No era bueno que un líder mostrara debilidades, y así las consideraba, aunque ocasionalmente sus temores habían provocado una gran cautela en sus movimientos, que luego, se demostró que era la estrategia adecuada. Supuso que sus hombres poseían circuitos diferentes a los suyos, circuitos que les impedían precipitarse sobre los cañones del enemigo como seres irracionales, pero que eran mucho más débiles que los suyos. No eran irracionales, podían pensar por sí mismos y actuar según su propia iniciativa, pero eran acciones mecánicas, carentes de cualquier clase de emoción hacia el enemigo, vacías de amor por sus compatriotas u horror por la destrucción. Era algo que habían pensado lógica y

fríamente y habían decidido que era la acción correcta. Sin duda conocían el camino más corto para obtener un ascenso, pensó con amargura. Un toque de heroísmo, atemperado por la precaución. Había otra diferencia entre él y sus hombres. Ellos creían en los dioses. Era cierto que existían unas cosas, máquinas orgánicas que se llamaban dioses a sí mismas, pero 607 no estaba preparado para creer en sus afirmaciones por las buenas. Primero tenían que demostrarlo, y hasta ahora lo único que hacían era hablar.

Tocó el conmutador de la bomba secreta que había construido en su interior. Nadie sabía que la tenía; los explosivos estaban prohibidos. Si alguna vez estuviera a punto de ser derrotado, la usaría. Una mínima presión en el conmutador y sería un arma andante; quienquiera lo tocara después de eso, volaría convertido en átomos. Era una idea consoladora. Había construido muchas modificaciones dentro de sí mismo después de haber sido reacondicionado. Los dioses le habían dado un cerebro mejor y estaba dispuesto a usarlo en provecho propio, les gustara o no.

Los Plásticos iniciaron un cauteloso avance y los hombres de 96, adelantándose a la orden de disparar, comenzaron a quemar el terreno frente al enemigo. 607 les ordenó que aguardaran. 96 era incompetente. Su programa de entrenamiento había sido muy laxo, pensó el coronel, y ¿dónde diablos estaba ahora? Luego vio al mayor, aproximándose sin ser visto con unos pocos hombres al flanco izquierdo de los Plásticos. Como se encontraba en uno de los extremos de la sierra, 96 se las había arreglado para conducir a sus hombres a través de los sistemas de alarma del enemigo. ¿De modo que por eso disparaban sus hombres? Para distraer a los Plásticos.

Una bomba líquida estalló cerca del coronel, que se arrojó al suelo buscando protección. Vio que uno de sus hombres caía, despidiendo vapor.

—¡Rompan esa línea azul! —gritó a los cañoneros, que abrieron fuego con rayos de calor ligero-pesado sobre la patrulla de Robots Plásticos de guerrera azul que avanzaba zigzagueando hacia ellos.

Varios de los Plásticos se derretieron, formando charcos. Uno o dos más cayeron con sus miembros deformados o llenos de burbujas. Otra bomba líquida explotó cerca de allí, justo encima de un Robot Metálico. El soldado perdió el control: gritaba, balanceaba los brazos rígidamente y se movía vacilante de un lado para otro,

como un borracho descontrolado. Una descarga eléctrica le golpeó en la cabeza y cayó al suelo haciendo ruido de lata. 96 y sus hombres penetraron por el flanco izquierdo de los Plásticos, cortándolo como una guadaña. Los soldados enemigos caían por docenas; el estólido 96 avanzaba con su habitual estilo decidido. Luego, 96 cayó a causa de una descarga eléctrica perdida que inmovilizó la articulación de su rodilla. El campo de batalla estaba casi Ubre de Plásticos y, viendo esto, 2003 saltó sobre las semidestruidas barreras de aislamiento y corrió a buscar a 96. Cuando volvió a la trinchera el coronel se acercó y dijo secamente:

—Bien hecho.

—Lo sé —respondió 2003, mirándolo directamente.

Una oleada tras otra de Plásticos avanzaba hacia la sierra y antes de mediodía más de la mitad de los hombres del coronel estaban fuera de combate. Su regimiento había diezmado al enemigo, pero los Plásticos parecían inacabables. No podía imaginar de dónde salían. Dos días antes, en el cuartel general, el general le había dicho claramente (a él y a varios cientos más de oficiales) que los Plásticos estaban casi liquidados. ¿Dónde estarían los refuerzos? Miró hacia el cielo, detrás del frente. ¿Lluvia? Seguramente no. Los dioses, o por lo menos uno de ellos, le había prometido que no llovería.

Fue la primera vez que 607 veía a uno de los dioses: una figura pálida, de piel suave, de andar ágil, casi líquido. En aquel momento, el coronel se había preguntado cómo una criatura tan insípida podía designarse a sí misma dios de la guerra. Pero si un solo golpe de puño de acero de 607 era suficiente para que se derrumbara. Lo que 607 había envidiado era la seguridad del dios. La exhibía en cada gesto, cada brillante sonrisa, y las palabras surgían de sus labios como aceite, fluidas e inspiradas. Si pudiera hablar así, había pensado 607, yo también sería un dios.

El coronel se dio cuenta de que habría que hacer algo drástico para detener a los Plásticos hasta que llegaran sus refuerzos. Garabateó algunas palabras en un trozo de pizarra y llamó a uno de sus soldados.

—Lleva esto al oficial Plástico más cercano —dijo el coronel.

Luego disparó la bengala que indicaba que un soldado cruzaría las líneas y confió en que los Plásticos no matarían al soldado antes

de que llegara hasta el oficial.

El Robot Metálico llegó sin inconvenientes a las trincheras del enemigo y volvió prontamente con la respuesta. Era afirmativa. 607 sabía que sería así, por supuesto; los Plásticos, como los Robots Metálicos, no podían resistir un desafío, especialmente uno que daría algo de variedad a la batalla. Se enfrentaría con un mayor Plástico, en un combate sin armas, en el terreno que eligiera el desafiado. Si el coronel perdía, tendría que rendir lo que quedaba de su regimiento al triunfador. Si ganaba, no conseguiría nada, ya que los otros sabían que trataba de ganar tiempo y, de todos modos, la pelea sería dentro de las líneas enemigas, lo que reduciría a cero sus posibilidades de huida. Sólo podía esperar que, mientras tenía lugar la contienda, la línea Finback fuera reforzada por otro regimiento de Robots Metálicos.

Muy por encima de la atmósfera del planeta, los dioses observaban el combate en una pantalla, cómodamente sentados en sillones. El satélite donde celebraban sus reuniones era un club celestial para los socios del Club de Juego de la Guerra. La pared recta que cerraba la habitación semicircular adonde se encontraban estaba completamente dominada por la pantalla. La pared curva estaba cubierta de fotografías: los grandes momentos de antiguas batallas y retratos de grandes guerreros.

Flek, el dueño de los Robots Plásticos, estaba hablando.

—Debe sentirse muy deprimido, Smith —dijo. No trataba de disimular la satisfacción que sentía.

—Usted hizo trampa —dijo rápidamente Smith.

—Oh, vamos, vamos. No sea mal perdedor —dijo Flek con una sonrisa torcida—. Tómelo como un hombre. No hay pruebas de que haya infringido las reglas. Debe rendirse ante una artesanía y una estrategia superiores. Nosotros, los Gretes, siempre hemos tenido mucho olfato para lo militar. Ha sido superado, y ahora tendrá que pagar.

El Grete, gordo e impecablemente vestido, se recostó en su sillón y se sonó las narices, un hábito que irritaba a Smith y al otro copropietario de los Robots Metálicos, Linley.

—Tendrá sus créditos —dijo Linley secamente—. Si hubiésemos tenido más tiempo lo hubiésemos usado para fregar el suelo, y no hubiésemos tenido que infringir ninguna regla.

Súbitamente, Flek se sintió muy interesado.

—¿Y qué arma secreta tenían en la manga esta vez? Vamos, caballeros, esa información ya no les sirve para nada. Están liquidados y saben que puedo pagarles una buena cantidad por algo que tenga un valor real.

Sus ojos se estrecharon cuando sonrió.

Los dos coloniales guardaron silencio. Smith chupó ruidosamente de su pipa y pareció pensar intensamente. Era un hombre fornido, de cara colorada con grandes mostachos y, cuando hablaba, marcaba los puntos golpeando con su pipa. Había que ser paciente para escucharlo, porque hablaba con la lenta entonación que era lo único que quedaba de sus tiempos de campesino. Una vez había leído un libro llamado *Los dichos de Confucio* y había quedado impresionado por uno que decía: «Los grandes hombres hablan lentamente y actúan con rapidez». Linley corría por los dos. Era joven y delgado y siempre se paseaba nerviosamente, como si tuviese miedo de que, al sentarse, la silla lo aprisionara.

—Primero —respondió Smith, finalmente— observaremos esto. Flek y Linley se volvieron para mirar la pantalla y vieron el familiar círculo de robots que significaba que estaba por empezar una contienda entre dos contrincantes desarmados. Flek vio que uno de los combatientes era uno de sus mayores favoritos.

—¿Qué tal si hacemos una pequeña apuesta? —dijo a Smith.

—¿Qué tal si hacemos una gran apuesta? —respondió Linley antes de que Smith pudiera hacerlo.

—¿En qué condiciones? —dijo rápidamente Flek.

Linley miro a Smith, quien asintió.

—Si nuestro coronel gana, la batalla habrá terminado. Retiramos lo que nos queda, que será bastante ya que esa artificial...

—¡Artificial no! ¡Natural! Cambiar las condiciones atmosféricas va contra las reglas y yo nunca violo las reglas —interrumpió Flek—, tormenta —continuó Linley— no causó daños permanentes a nuestros robots de refuerzo. Sus circuitos fundidos podrán repararse y los que quedaron atascados en el lodo pueden recuperarse.

—¿Y si gana el mayor?

—Usted debe decidir qué es lo que quiere, y nosotros decidiremos si lo podemos aceptar.

El Grete pensó un momento y después dijo:

—Decidiré después de la contienda. Después de todo —continuó, sonriendo—, en este momento ustedes no tienen nada para negociar. Quizá los incorpore a los dos a mi personal, porque aunque no saben nada de estrategia militar, admito que son buenos técnicos.

Linley sabía que eso significaba trabajar gratuitamente por un período indefinido, pero tenía mucha fe en 607. El coronel era su último éxito en psico-electrónica y cuando Smith volvió a asentir, aceptó. Volvieron a sus sillones para observar la pelea.

El lugar elegido por el mayor Plástico, tal como había supuesto el coronel, estaba muy atrás de las líneas enemigas y parecía haber sido usado ya para este propósito. Habían dibujado un círculo de arena, de unas diez yardas de diámetro, en el centro del campamento de los Plásticos. El terreno había sido nivelado y cubierto con arena púrpura. Eso daría una ventaja al Robot Plástico, más ligero, porque 607 se hundiría en la arena blanda, perdiendo velocidad. Con todo, eso quedaba equilibrado por el hecho de que el cuerpo del mayor Plástico era más vulnerable que el suyo. Ambos se dirigieron a los bordes del círculo, con las manos abiertas para mostrar que no tenían armas, y aguardaron la señal. Los hombres de 607 estaban de pie detrás de él, inquietos, prontos a alentarlos. Dieron la señal.

Los dos combatientes comenzaron a girar en el sentido de las agujas del reloj por el círculo. El Plástico era grande, pero extremadamente ágil y 607 se dio cuenta de que tendría que tirarlo al suelo de un solo golpe, antes de que el Plástico pudiera acercarse y aplastar sus bobinas de visión.

—Ven aquí, hombre de lata —dijo su oponente, pero cuando 607 intentó acercarse a él, retrocedió. Por alguna razón, quiere que cruce el centro del círculo, pensó el coronel. Bueno, tendrá que esperar un buen rato. El Plástico continuó burlándose de él, pero 607 rehusó avanzar hasta el centro del círculo. El mayor se puso impaciente y comenzó a soltar su cinturón, mientras vigilaba cautelosamente los movimientos de su adversario. Los espectadores Plásticos comenzaron a aclamarlo. El cinturón que se estaba quitando el mayor era un largo alambre que estaba enroscado alrededor de su torso. Estaba formando un lazo corredizo con él y surgieron sonidos desanimados de los Robots Metálicos. Una vez se

entraba en el círculo, no se podía salir. Si uno de los combatientes se las había arreglado para introducir un arma de contrabando, sin que el otro la viera y protestara, peor para él.

La primera vez que arrojó el lazo, este cayó sobre el hombro de 607 que trató de coger el alambre, pero el Plástico consiguió liberarlo. Las manos de un Robot Metálico no están previstas para sujetar nada que sea más delgado que la culata de una pistola.

607 apretó un botón debajo de su brazo. Una de las modificaciones que había hecho en su cuerpo apareció: una lámina metálica, afilada como una navaja había aparecido a los lados de sus dos manos. Sus hombros comenzaron a alentarlos nuevamente con sus gritos y distrajeron su atención por un momento. El lazo de alambre cayó sobre su cuello y quedó apretado, tirando de él hacia el centro del anillo. Comenzó a serrar el alambre con el filo de una mano, mientras trataba de abrir el lazo con la otra, pero había perdido el equilibrio y el impulso lo llevó directamente al centro. Allí se detuvo bruscamente, manteniéndose en pie con dificultad.

El mayor Plástico había soltado el alambre y volvía a burlarse de él con voz cantarina. El coronel trató de mover los pies, pero estaban inmovilizados por alguna fuerza invisible. Por eso quería que me adelantara, pensó 607. Obviamente había un imán de alguna clase debajo de la superficie. Quizás un electroimán, controlado desde una de las tiendas. 607 puso en funcionamiento otra de sus modificaciones ocultas: un sistema de calentamiento por medio de alambres en sus brazos. Esperaba que en sus células solares hubiese la energía suficiente para darle el calor necesario y la fuerza para el golpe definitivo. Su brazo se puso al rojo blanco y el mayor Plástico comenzó a acercarse con las manos abiertas. Las manos del mayor se habían abierto y llevaba en ellas limaduras de hierro que se proponía tirar sobre el coronel de Metal. El metal pulverizado entraría por las hendeduras de su cuerpo y provocaría un cortocircuito en 607. Soplaban una fuerte brisa y el Plástico tendría que acercarse mucho para que las limaduras fueran eficaces. No tenía sentido acercarse a 607 por detrás, porque los torsos de los Robots Metálicos se apoyaban en pivotes capaces de girar 360 grados y el coronel volvería a quedar de frente.

607 sintió que sus fuerzas disminuían y se inclinó hacia adelante cuando el mayor Plástico se acercó. El mayor se detuvo, justo fuera

del alcance de sus brazos y estaba a punto de arrojarle las limaduras cuando, en un rápido movimiento, 607 separó su brazo izquierdo de su articulación y gracias al alcance que esto le permitía, cortó el cuello del mayor. La cabeza separada cayó al suelo y 607 cayó también, exhausto, junto a ella, con los cables desnudos de la articulación de su brazo izquierdo chisporroteando. Había ganado.

Casi inmediatamente después del final de la contienda, se vio una bengala roja sobre el planeta, que quedó suspendida allí. Era una señal de los dioses: la batalla debía terminar y tanto los Robots Plásticos como los Metálicos, arrojaron sus armas. Unos Robots Metálicos levantaron a 607 en andas y llevaron a su héroe hacia una ciudad temporal, detrás de la línea Finback, donde los Robots de reparaciones volverían a colocarle el brazo y recargarían sus baterías.

Flek estaba asombrado.

—¡Qué robot! —dijo—. ¿Quién hizo todo ese trabajo en él, ustedes?

—Debe haberlo hecho él mismo —respondió Smith—. Seguro que nosotros no.

Linley lo interrumpió.

—Fue un pequeño proyecto mío, privado. ¿Sabe por qué es tan bueno? Se lo diré. Puede odiar, amar, temer y sentir cualquier emoción que pueda sentir usted. Aunque no creo que usted sea capaz de amar...

Flek ignoró la observación y dijo, con los ojos brillantes:

—¿Quiere decir que tiene emociones? ¿Emociones auténticas? ¿Algo más que circuitos de precaución?

—Eso es lo que le han dicho —replicó Smith.

—¿Por qué no? —preguntó Linley—. De un circuito estabilizador a un circuito emocional, en realidad no hay más que un paso.

Smith estaba llenando el cheque que los dejaría a ambos en la bancarrota. Aunque 607 había ganado su pelea, habían perdido la guerra ante Flek. También estaba calculando mentalmente, tratando de averiguar cuántos créditos necesitarían para iniciar un nuevo negocio. Este era demasiado canallesco para él. Básicamente, era un hombre honesto y la gente como Flek le disgustaba.

Flek se levantó pesadamente de su sillón y aceptó el cheque.

—Y ahora —dijo doblando el trozo de papel y guardándolo en el bolsillo del chaleco—, ¿qué tal si me venden los diagramas de esos circuitos?

—No hay diagramas, Flek —respondió Linley—. Está todo aquí. Y se golpeó la frente.

—Bueno; ¿cuánto quiere por su cabeza, entonces? —dijo el Grete, riendo a carcajadas—. Tengo que enfrentarme con Blake, dentro de tres meses, y me gustaría reacondicionar a todos mis robots.

—Tendrá que comprar lo que queda de nuestro ejército si quiere a ese coronel —dijo Smith. Calló, mientras golpeaba su antigua pipa para quitarle la ceniza—. En cuanto a mí, estoy cansado de este juego. Además, ahora que son humanos en todo menos en el físico, ya no es un juego, ¿no?

Linley estaba de acuerdo con él y empezaron a discutir el precio, aunque Flek insistía en que no deseaba hacerse cargo de un montón de soldados de plomo para obtener ese robot. Finalmente se rindió y compró todo el lote.

607 yacía cuán largo era en su tienda, incapaz de moverse. La aurora se deslizaba sobre la llanura, con una belleza extraña, casi sagrada. Inclino la cabeza, para poder verla a través de la abertura de la tienda. La luz del sol se reflejaba en las hojas metálicas de los árboles, dándoles una vida propia. 96 entró en la tienda y se quedó de pie junto a él.

—¿Por qué sigo aquí? —preguntó el coronel.

—La corte marcial juzgó que es culpable de blasfemia. ¿Recuerda la noche anterior a la batalla? Al general no le gusta que sus hombres hablen en contra de los dioses.

—¿Y supongo que decidieron que usted es el hombre adecuado para ocupar mi lugar? —contestó 607.

—Yo no —dijo 96—. 2003 fue quien lo acusó. Le dieron el regimiento.

Tendría que haberlo sabido, pensó el coronel. 2003, el robot de la nueva alineación. El astuto. Tenía que haber calado al pequeño adulón.

—¿Qué me sucederá ahora? —preguntó a 96.

—Se dice que uno de los dioses, uno gordo y grande, vendrá a desarmarlo, para saber cómo funciona. Lo siento.

Qué humillación, pensó 607. ¿Cómo podían hacerle eso? Había mostrado su valor en la batalla y se lo pagaban así, degradando su cuerpo. No podía permitirlo; sería mejor morir, llevándose al gordo consigo.

—Hágame un favor, 96 —pidió—. Estoy demasiado débil. Hay una palanca en la parte inferior de mi espalda. Hágala girar, y después márchese.

96 hizo lo que se le pedía y después se volvió, para marcharse. Se detuvo en la abertura de la tienda y dijo, por encima del hombro:

—¿Somos tan tontos como creen que somos, coronel?

—No —respondió 607.

Se quedó acostado allí, tranquilamente, deseando que el primero en tocarlo fuera el dios gordo. Quizá después de eso habría paz en el planeta durante algún tiempo, pensó. Y 607, coronel de coroneles, desaparecería en una magnífica explosión de truenos, dejando la blasfemia más terrible unida para siempre a su nombre.

* * *

Flek levantó el alerón de la tienda y entró, seguido de cerca por 2003, con la insignia dorada y nueva de coronel brillando en su pecho. 607 los miró fríamente y estaba a punto de hacer un comentario cuando el alerón se abrió por tercera vez y entró otro hombre: un hombrecillo nervioso y barbudo. El hombrecillo fue quien habló primero.

—¿Es este el... o sea, el muchacho? —Señaló a 607.

—Este es el robot —respondió Flek en tono irritado, subrayando la última palabra.

El hombrecillo se arrodilló junto a 607 y miró en sus bobinas visuales.

—No lo toques, señor —dijo rápidamente 2003—. Tiene una bomba en el pecho.

—Eso me dicen —dijo el hombre y velozmente deslizó la mano hacia la espalda de 607 para desconectar el ingenio explosivo. 607 soltó un gruñido y trató de moverse, pero el hombre había sido demasiado rápido para él.

—No se preocupe. Podría haberlo lamentado, ¿sabe? —dijo el hombre.

—Lo dudo —replicó 607 a través de su rejilla vocal.

Flek sudaba a chorros.

—Dése prisa, hombre; dése prisa. Estas tiendas no están previstas para que circule aire. Me estoy sofocando aquí.

—Esto no es algo que pueda hacerse en cinco minutos, señor Flek. Si le molesta el calor, váyase.

—¿Qué significa esto? —preguntó 607—. Creí que iban a desmantelarme.

—Permítame explicárselo —respondió el hombrecillo, instalándose cómodamente en cucullas—. Usted es un robot, diseñado y construido por dos hombres llamados Smith y Linley...

—Dioses de la guerra —interrumpió 607.

—Hombres —dijo el hombrecillo con firmeza—. Humanos del planeta Talos.

—El hombre gordo que está en la puerta —Flek gruñó una objeción, pero el hombrecillo no le hizo caso— también es un humano. Viene del planeta Grete. En otros tiempos, todos los humanos venían de un pequeño planeta llamado Tierra, pero colonizaron el espacio, encontrando otros mundos en que instalarse. Durante esa época, se descubrió que no éramos los únicos seres inteligentes que había en nuestro rincón del universo, pero rápidamente averiguamos que éramos la forma de vida más avanzada. Por lo tanto, se hizo necesario distinguir entre los animales, o los órdenes más bajos de criaturas vivientes, y los seres como nosotros. No estoy hablando de semejanzas físicas, sino de equivalencias espirituales y mentales. Una criatura podía parecer estúpida, pero podía poseer el potencial para volverse tan sabia como nosotros... después de todo, una vez fuimos ignorantes y vivimos como animales, hace mucho, en las edades oscuras. Cuando encontramos seres así, los tratamos como iguales, tratamos sus territorios como suyos y nos fuimos a otra parte. La colonización de un territorio donde hay nativos inteligentes sólo conduce al derramamiento de sangre, como descubrieron muy pronto nuestros antepasados, en los comienzos de la historia de la Tierra.

El detalle relevante, en lo que a usted concierne, es que los colonizadores teníamos grupos de hombres que juzgaban la inteligencia y el potencial espiritual de los nativos. No siempre acertábamos al cien por cien, debe comprenderlo, pero no

liquidábamos las formas de vida nativas. No matamos a nadie, pero nos instalamos en uno o dos mundos donde después se descubrió que había vida inteligente. En el primero, los nativos eran criaturas nocturnas, que vivían debajo de la superficie durante el ciclo de la luz diurna del año, y sólo salían durante los meses oscuros. No fue un error porque los hayamos juzgado equivocadamente, sino porque, durante los dos primeros años, a causa de su estructura celular traslúcida, nadie se apercibió de que estaban allí. Cuando descubrimos su presencia, intentamos acercarnos y comunicarnos con ellos, pero no teníamos medios de comunicación comunes. Les concedimos el beneficio de la duda y nos marchamos. Para acortar lo más posible esta conferencia, 607, hace mucho que decidimos que para ser equivalente a un ser humano, un ser debe poseer inteligencia, emociones y un alma. Nunca hemos hallado un ser que posea la primera sin tener también las otras dos. Desgraciadamente, la última es la más difícil de evaluar, mientras es relativamente fácil descubrir si una criatura tiene emociones e intelecto.

El Grete lo interrumpió.

—Esto no es una criatura —dijo con voz silbante—. Es un robot, con un cerebro artificial, construido por manos humanas. ¡Nosotros lo construimos, por los Cielos!... lo formamos con chatarra. No es más que... —buscó una palabra en el aire y terminó exasperado—: no es más que un Juguete.

EL hombrecillo habló.

—Puede haber empezado como un juguete, señor Flek, pero ustedes se han dejado llevar por su entusiasmo. Lo que empezó como un juego con marionetas ha terminado, quizá, con un nuevo monstruo de Frankenstein.

Sonrió rápidamente a 607.

—La palabra «monstruo» no es un insulto, desde luego. La usé simplemente como una metáfora.

607 preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué es usted?

—Soy el Protector de los Simil-Humanos. Por lo menos, ese era mi título hasta que agotamos los mundos por colonizar. Me retiré hace cinco años, pero nunca me privaron de mi función ni de mi título, y su caso me interesa. Si decido —y seré justo con el señor Flek y con usted— que usted es un Simil-Humano, será libre de

hacer lo que le parezca. No será propiedad de nadie. Si descubro que es un robot tendrá que obedecer las órdenes del señor Flek. ¿Me ha entendido?

—Plenamente —respondió 607—. Y ahora, ¿obtendré atención médica o esta farsa debe continuar conmigo acostado, una posición muy poco digna para un militar?

El Protector sonrió.

—De todos modos, me parece que su inteligencia no tiene muchos problemas.

Se volvió hacia Flek.

—¿Cuándo podrá estar reparado, si esa es la palabra que se usa hablando de estos seres?

Flek gruñó a 2003:

—¡Que lo remienden! —después, el gordo se alejó andando con aire petulante.

El hombrecillo del título largo siguió a Flek por la puerta de la tienda. Afuera, largas hileras de tiendas de hoja de aluminio lucían las espirales resplandecientes que las coronaban. En los espacios entre las tiendas se movían los robots, ocupándose de sus diversas tareas, ignorando las tiendas de los Robots Plásticos, situadas a un cuarto de milla. Un día antes, habían sido enemigos mortales; ahora eran otros robots acampados. Por un tiempo, la paz había llegado al planeta estéril.

—Me gustaría discutir con usted en su satélite, señor Flek, si le resulta conveniente.

Flek dijo:

—No; no es nada conveniente, pero no puedo hacer nada para detenerle. Llevaré el robot hasta allí; no se preocupe.

—No estropee su cerebro —advirtió el Protector.

—¿Cerebro? —gruñó Flek—. Creí que era su alma lo que le preocupaba.

Varios días más tarde un coronel de aspecto confiado, trepó a la pequeña nave para dos personas y se sentó torpemente junto a Flek. El nuevo brazo del coronel brillaba un poco en la oscuridad y aunque no se lo demostró a Flek, sentía mucho miedo. Nunca se había alejado de la superficie de su planeta. Flek apretó un botón y una abrazadera de metal surgió de un lado del asiento de 607, rodeándolo y sujetándolo con fuerza. El robot se sobresaltó y Flek

sonrió al notarlo.

—Tranquilo. Es sólo una precaución de seguridad, para evitar que salga despedido dentro del módulo. ¿Ve aquella delgada aguja de metal, allá lejos? Esa es mi nave espacial. Esa sí que es una nave. Puede saltar de una estrella a otra llevando cien hombres. Vaya nave, ¿eh?

607 no dijo nada y relajó su cuerpo.

Con todo, el viaje hasta el satélite fue tranquilo y el asombro de 607 ante el espectáculo creció a cada milla. Las estrellas eran como racimos de balones plateados, colgando de un telón negro; el sol..., ¡qué brillante era! La escena produjo una sensación peculiar en su pecho... una suave sensación de deseo que nunca había sentido antes.

El Protector de los Simil-Humanos estaba sentado frente al coronel en un pequeño escritorio exagonal. Habló:

—Aunque esta entrevista es informal, la decisión que se tome al final será oficial y definitiva... por lo menos, en su caso. Si esta gente continúa haciendo experimentos, inmorales en mi opinión, con otros robots, quizá veamos a otros compañeros suyos en la misma situación en que está usted ahora. Si yo decido que usted es un Simil-Humano, se les prohibirá usar el circuito emocional en otros robots.

—Lo que está diciendo es que seré condenado a una vida solitaria. Que mis camaradas nunca sentirán lo que yo siento, y que seguirán siendo siempre meros juguetes de los hombres. El Protector replicó en voz baja.

—Me avergüenza decir que no se me había ocurrido nada de eso, pero tiene razón. Pero si decido que usted no está a la altura de los criterios que dictaminó el consejo, entonces tendrá muchos amigos o ninguno, según lo que el señor Flek decida hacer con usted. ¿Quiere que sigamos?

607 guardó silencio un momento y después replicó:

—Sí, quiero.

—¿Porqué?

El coronel respondió:

—Mis camaradas no tienen sentimientos y son felices, de forma negativa. Por lo menos no son infelices, mientras que yo soy desgraciado de forma muy positiva. ¿Cree que deseo que se sientan

así de miserables? Sé que también es posible sentir euforia y felicidad, pero son momentos muy breves. La mayor parte del tiempo, me siento deprimido y abatido. De todos modos, como raza no tenemos futuro. ¿De dónde sacaríamos aceite? ¿Piezas de recambio? No conocemos los métodos de manufactura y nuestro planeta tiene pocos recursos minerales. Con toda seguridad, Flek no se cuidaría de nosotros.

"Supongo que podríamos aceptar limosnas, pero... señor, estos hombres son soldados. Déles un circuito emocional y lo primero que sentirán será orgullo. La caridad no serviría. Tal como son, no conocen otra cosa y nada los hiere. Pero yo me siento herido todo el tiempo... la visión de las estrellas me hiere. Quiero estirarme y recogerlas de su parra; quiero poseerlas. Sentí envidia de la enorme nave espacial de Flek. La quería. Cuando no tenía emociones, los objetos materiales y la poesía de la noche no significaban nada para mí. Si necesitaba usar algo, lo cogía y lo usaba; no deseaba poseerlo. Ahora sí. Me siento muy celoso cuando ascienden a otro robot. Hasta cometí el error de pensar que ellos sentían lo mismo. Pensé que 96 envidiaba mi puesto de mando, pero, por supuesto, no era así. 96 no siente nada. Pensé que 2003 disfrutaría de mi incómoda situación, pero 2003 no distingue una situación de un zapato. No sufren como yo; el sufrimiento del odio que siento por Flek; el sufrimiento del amor que siento por la vida; el sufrimiento de deseos, esperanzas, desilusiones, embarazos, desconfianzas; ¡esos sentimientos!

El Protector dijo en voz baja:

—Lo comprendo y creo que no tendré que retenerlo mucho más tiempo aquí.

607 preguntó:

—Usted mencionó el alma. ¿Qué es eso?

El Protector sonrió.

—¿El alma? Es algo intangible, similar a un sentimiento, pero mucho más difícil de describir. Es el espíritu que hay dentro del hombre. Se supone que sigue viviendo cuando morimos, y su destino después de la muerte es un misterio desde que el tiempo creó la primera célula viva. El alma es casi indefinible. Uno tiene que adivinar su existencia, pero si yo tengo alma, coronel, permítame asegurarle que usted también tiene una. No sé de donde

la sacó, pero esos dos técnicos que conocí tendrán que dar muchas explicaciones. Por cierto que cuando los llama «dioses» no está muy equivocado. Hicieron en usted algo que no puede hacerse.

—¿Quizá la desarrollé yo? Quizá creció dentro de mí.

—Quizá. ¿Cree en un ser todopoderoso? ¿Omnipotente y omnisciente? ¿Que nos vigila y espera que algún día estemos a su lado?

—Ahora está hablando de Flek —dijo 607 con humor irónico. Y después, con más seriedad—: Si no creo, ¿eso significa que no tengo alma?

—No necesariamente. Algunos hombres afirman ser ateos. O sea personas que no creen en ningún Dios. Otros difieren en sus creencias y cada uno cree que su Dios es el único Dios.

—Parece muy confuso y complejo —dijo el coronel—. No sé si lo entiendo.

—¿Quién lo entiende? —respondió el hombrecito—. No conozco a nadie que lo entienda. Y ahora, ocupémonos de los detalles.

Su voz adoptó un tono oficial y pomposo.

—Yo, Protector de los Simil-Humanos, usando del poder investido por el Gran Consejo, declaro que usted es un ser inteligente, emocional y dotado de alma. —Su voz se modificó ligeramente—. Ahora puede elegir. ¿Qué decidirá? ¿Desea venir conmigo a mi mundo o ir a algún otro planeta habitado por humanos?

—¿Me tratarían como a un monstruo? ¿Habría prejuicios?

—Como usted es uno solo y es difícil que haya más, dudo mucho que encuentre hostilidad, pero en cuanto a ser tratado como una rareza... le mentiría si lo negara. Sin embargo, se sentirá cómodo. Podrá leer muchos libros, aprender filosofía, estudiar a los maestros. Usted parece tener un buen cerebro, capaz de entender la música y la poesía. ¿Le gustaría?

607 guardó silencio durante algunos minutos. Sus bobinas de visión despedían resplandores rojos en dirección al Protector; parecía meditar profundamente. Justo cuando el Protector empezaba a sentirse un poco desconcertado por su silencio, la voz del coronel fluyó suavemente por la parrilla de su cara.

—Sí; me gustaría. Me gustaría muchísimo; pero volveré con los míos.

El Protector pareció sobresaltado.

—¿Volver? ¿Volver? Pero ¿para qué? Allí no hay nada para usted.

El coronel respondió amargamente:

—Allí están mis robots. Podrán ser pugilistas metálicos con sistemas inferiores, pero yo soy un soldado. Servir es lo único que sé. Táctica, estrategia, lucha, muerte, victoria. Esas son las cosas que hago mejor y mis hombres me están aguardando. Habrá, cambios cuando vuelva. Depondré al general y ocuparé su lugar. Soy el justo propietario de ese lugar y me propongo obtenerlo. Cuando sea el comandante supremo, se acabarán las guerras entre robots; tendremos un nuevo enemigo que nos unirá.

El coronel se puso de pie e hizo la venia.

—Adiós, señor; nuestra conversación ha sido muy interesante. Como amigo, le aconsejo que abandone este lugar lo antes posible.

Los ojos humanos reflejaban comprensión.

—¿Y las materias primas? ¿Y el aceite y los otros lubricantes?

—Piratería, mi querido señor. Tendremos la nave espacial de Flek. Creo que estará a nuestro alcance intelectual el aprender a utilizarla.

—Sería muy difícil.

—Quizá los robots no tengan alma, Protector, pero son ingenieros extremadamente hábiles. Le aseguro que no nos dará mucho trabajo. En efecto, confío en que podré conducir la nave pequeña de Flek, gracias a lo que observé cuando veníamos hacia aquí. De otro modo, no le hubiera dicho todo esto.

El Protector sonrió.

—La nave de Flek es una nave de pasajeros.

—La armaremos. Ahora, adiós, señor. No trate de detenerme o tendré que recurrir a la violencia. Usted no está hecho para la violencia, señor.

—Tiene razón, así es. Sin embargo, me permitirá que lo acompañe hasta la navecilla.

Pasaron al bar donde Flek quedó inmóvil en medio del gesto de llevarse un vaso a la boca.

—¿Veredicto? —inquirió.

—No culpable —replicó 607 y entró en el módulo de caída.

—¡Eh, espere! —gritó Flek.

El Protector le cortó el paso.

—Déjelo marchar —dijo en voz baja.

—Pero...

—¿Quiere que le deshaga la cabeza? Déjelo marchar.

Pocos minutos después, oyeron los cohetes de la nave encendiéndose y luego el lento sonido deslizante, cuando salió del módulo de caída. 607 volvía a casa.

—¿Cuál fue su veredicto? —preguntó Flek.

—Oh, es uno de nosotros —respondió el Protector—. Desgraciadamente, es demasiado parecido a nosotros. Está muy cerca de ser un ser humano y su alma existe con tanta seguridad como ese escritorio. Es muy triste, pero cuando uno piensa en lo que dijo, es evidente que tenía razón. La lealtad primordial es para con el prójimo de uno. Cuando tu propia raza está amenazada, tienes que hacer algo, por mucho que te duela.

Y con una lágrima en el ángulo de un ojo, el Protector de los Simil-Humanos oprimió el botón que haría detonar la bomba que, siguiendo sus órdenes, había sido implantada en lo más profundo del pecho de 607.

Unos segundos después, una nueva alma entró en el Reino del Espacio.

ALMACENAJE EN FRÍO

Daphne Castell

Cold Storage

Era una nevera vieja y no muy buena, pero eso no importaba.

En realidad, era una especie de símbolo. Simbolizaba el ascenso de George al rango de profesor subalterno en una universidad subalterna, y el consecuente ascenso de Sally a ocasional anfitriona de otros profesores y sus esposas y de un gran número de estudiantes.

Por lo tanto, en su pequeña, triste y maloliente cocina, la nevera, comprada de ocasión a un viejo de ojos legañosos y pañuelo rojo en el cuello que era chamarilero, dos puertas más allá de la suya, reinaba triunfante. No mantenía muy frías las cosas, ni hacía mucho hielo, pero se podían dejar gelatinas, para que cuajaran, si no había mucha prisa. Por supuesto, era muy útil para almacenar. Olía un poco a la comida de otra gente, que había desaparecido hacía mucho, y zumbaba de forma intermitente y ruidosa. Pero ni siquiera esto era muy grave; los olores olían como si la comida hubiese sido rara, un poco exótica, y el ronroneo cambiaba mucho de tono.

George, que acostumbraba hacer chistes complejos, solía observar que la canción de las sirenas se la podían imaginar ellos, mientras tuvieran esa nevera. Era un hombre bajo, gordo y pulcro, barbudo y con una cara deliciosamente sonrosada; se fijaba mucho en las camisas y la ropa interior. A Sally eso le molestaba, cuando tenía tiempo; en general estaba demasiado ocupada haciendo experimentos. Era una chica agreste, de cabellos flotantes; la antítesis de George. Y un considerable cortejo de jóvenes celosos

que adoraban su originalidad se habían preguntado con frecuencia, y en voz alta, qué había visto en George.

Un húmedo y bochornoso domingo por la mañana, Sally apareció con los ojos legañosos y envuelta en una manta celular en el momento en que George estaba sacando un huevo y zumo de naranja de la nevera.

La noche anterior se había prolongado hasta tarde y había estado llena de recriminaciones, a causa de un candoroso estudiante antillano, a quien Sally había estado explicando los principios de la experimentación. George había tenido la audacia de observar que si los experimentos continuaban, su puesto de trabajo peligraría, y Sally había levantado los ojos al cielo, preguntándole:

—¿Cuán materialista se puede ser?

En consecuencia, no se hablaban, o no se hubieran hablado si George no hubiera encontrado un nuevo motivo de queja.

—En nombre del cielo, Sally, ¿por qué tienes que ponerlo todo en la parte delantera de la nevera? Los huevos casi se me cayeron, y el zumo de naranja estaba apoyado contra la puerta. Hay muchísimo lugar en el fondo.

Sally paseó la mirada alrededor de él.

—No sabía que lo hacía así —dijo lánguidamente—. Supongo que pongo las cosas en el primer lugar que veo.

—Bueno, ¿qué haces cuando el frente está lleno? ¿No lo mueves todo un poco hacia atrás?

—¿Hum? —Sally se estaba preparando café en el hornillo.

—Dije que...

—Sí, de acuerdo, te oí. Supongo que lo hago. Nunca había pensado en eso.

—Voy a arreglar los estantes. Con las cosas como están ahora, es imposible encontrar nada.

—Hazlo —murmuró Sally, cerrando los ojos y bebiendo febrilmente tragos de café muy negro y muy caliente.

George se zambulló en el interior de la nevera, murmurando, enfurruñado. Extrajo montones de comida y los acomodó ordenadamente en el suelo. Dijo:

—Son estos malditos paquetitos tuyos. ¿Cómo se te ocurrió guardar especias en la nevera?

La cocina era la única zona de actividad doméstica a la que Sally

trasladaba su tendencia a la experimentación. Despreciaba a sus amigas que ponían pasas en el curry y anunciaba con frecuencia que el culandro, el cerafolio, la pimienta inglesa, la cúrcuma y demás, en este o aquel plato, eran «la verdad», importada a precio muy alto de su país de origen. A veces, sus platos hasta podían comerse.

—No hay mucho sitio en el armario de la cocina —explicó ahora — y uno de tus amigos ingenieros me dijo que una nevera mantiene las cosas secas, además de frías. Explicó por qué, pero no me fijé. Las cosas se ponen gomosas en la cocina cuando son en polvo.

—¡Gomosas! ¡Por el amor de Dios, qué palabra! —dijo George.

—Una palabra estupenda —dijo Sally—. Termina tu limpieza o todo seguirá en el suelo a la hora del almuerzo.

—Dios bendiga a nuestra nevera —dijo amargamente George.

Resultó ser un verano muy caliente. Sally y George, algo cortos de dinero, no podían permitirse el lujo de alejarse de las calles de la ciudad y el calor les molestaba mucho. También parecía molestar a la nevera. Sudaba con frecuencia; había momentos en que sus variados ruidos se convertían en jadeos y otros momentos en que casi llegaban a ser quejidos desentonados. Sin embargo, funcionaba mucho mejor cuando hacía mucho calor y George tuvo frecuentes ocasiones de repetir su bendición. Pero le irritaba que las especias de Sally continuaran ocupando tanto espacio. Con frecuencia las empujaba y derramaba parte de su contenido en los estantes. Se comprobó que era completamente imposible persuadir a la comida para que se quedara en el fondo de la nevera. Sally negó haberla movido hacia adelante después de que George ordenara los alimentos en el fondo y tuvieron una discusión helada, elevada e intelectual sobre el tema. Sally hizo la maleta y fue a pasar el fin de semana a casa de su madre. El viernes, George ordenó la nevera y el sábado volvió a encontrar su contenido en la parte de adelante. Una llamada agitada y penitente trajo a Sally de vuelta, en un exasperante estado de ánimo misericordioso, y convinieron en que el suelo de su casa debía estar muy inclinado. George pidió prestado un nivel y demostró, a satisfacción de ambos, que el suelo estaba tan nivelado como cualquier otra parte de la casa. También midió el sendero del jardín y la calle; para asegurarse; llegaron a la conclusión de que los estantes de la nevera debían estar torcidos.

George inclinó la nevera hacia atrás deslizado una cuña de madera debajo de la parte delantera el sábado por la noche. El domingo por la mañana la mantequilla, una caja de huevos, un paquete de cardamomos y una cantidad de canela cayeron en las faldas de Sally cuando se arrodilló frente a ella.

Volvieron a ponerse de acuerdo: debía ser algo debido a la vibración, y era imposible remediarlo. Esa noche fueron a la cama llenos de lágrimas y afecto.

George se despertó de madrugada, saliendo de un sueño en el que le habían metido en un saco y le arrojaban al Bosforo, junto con la esclava circasiana que había sido objeto de su pasajero capricho.

Hacía más calor que nunca. La noche lo envolvía en un abrazo sofocante y sintió intensos deseos de beber una cerveza muy fría.

Se levantó y miró por la ventana. El cielo estaba empezando a clarear por un lado. Eso resaltaba el efecto de las nubes oscuras que parecían colgar, muy bajas y pesadas, sobre las casas apenas visibles. George distinguió las gigantescas gafas que había abajo, señalando que un óptico residía allí. En esa media luz misteriosa parecían mirarlo fijamente. El alféizar de madera crujió secamente y él retiró su cabeza dolorida y bajó tropezando las escaleras, en busca de su cerveza. La alfombra de la escalera, áspera y dura, lastimó las plantas de sus pies y sintió las baldosas frescas de la cocina con alivio. La nevera se quejaba suavemente en un rincón y él se golpeó la cadera con la mesa de la cocina. Se agachó frente a la nevera, sintiendo agradecido el frío de la manija y, abriéndola, metió la mano dentro, buscando una cerveza. La luz se encendió como siempre, aunque enseguida la notó más azul y brillante... un efecto de la oscuridad, sin duda. No se había molestado en encender las luces. El aire frío golpeó deliciosamente sus mejillas. Cogió la botella más próxima y ya se alejaba en busca de un vaso cuando una cosa pequeña en la parte de atrás de la nevera llamó su atención. Había pasado tanto tiempo sin ver nada en la parte de atrás que se sorprendió un poco. Quizá, pensó esperanzado, la vibración estaba disminuyendo. O algo.

Metió la mano, pero no pudo coger la cosa pequeña. Torció la cabeza y trató de mirarla. Había una especie de bruma en la parte de atrás de los estantes. George se preguntó si la estaría exhalando alguna clase de vapor y esperó, algo inquieto, no haberlo respirado.

El pequeño objeto era azul... un azul apagado y polvoriento, como las alas de un escarabajo muerto. Desde donde estaba parecía un fragmento de hueso... una parte del hueso largo de algún animal. Salvo que los huesos no son azules... ¿o sí? George era profesor, no biólogo o fisiólogo. Se sentía mucho más cómodo criticando sin piedad el ensayo de un estudiante acerca de «Las relaciones entre los Papas y los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, haciendo hincapié en Carlos, el de las piernas débiles», que con huesos no identificados, fueran azules o no.

Estiró una mano hacia el hueso. La nevera crujió y el motor dejó de zumbar. La zona neblinosa de la parte posterior de los estantes se desvaneció y con ella, el trozo de hueso azul. Algo cuadrado y muy coloreado, como lo que se ve por el visor de una cámara, hizo un breve guiño a George. Luego, sólo quedó el tabique blanco del fondo, perlado de humedad.

El ruido que despertó a Sally fue el de la botella de cerveza que se deslizó de la mano flácida de George. También persuadió a George de que, en realidad, estaba despierto y en la cocina y no en la cama, padeciendo una pesadilla singularmente vivida. Cerró de un golpe la puerta de la nevera y descubriendo que sus piernas no eran mucho más fuertes que las de Carlos, el Emperador Romano Germánico, se apoyó en la mesa de la cocina.

Desde la puerta, Sally comprobó los daños con expresión de omnisciente disgusto. Dijo:

—¿Cuántas tomaste antes de romper ésta?

—Te... te juro —tartamudeó George— que no... yo... ¡mira!

Volvió a abrir la puerta de la nevera para mostrar a su mujer que las botellas estaban allí y se podían contar.

El trozo de hueso azul había vuelto y parecía haberse propagado. A su alrededor había otros trozos, de diferentes formas y tamaños, pero todos azules. La bruma ya no estaba, pero la posición de los trocitos de hueso era un poco imprecisa. No parecían estar exactamente sobre el estante de la nevera. Más bien se cernían unos centímetros por encima de él y a su alrededor parecía haber un marco. Era un poco como esas imágenes trucadas, parte de las cuales han sido pintadas con una técnica que las hace sobresalir de un fondo totalmente plano, o como las ilustraciones de cartulina recortada de los libros para niños, que adquieren relieve al

abrir las páginas.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Sally.

—¿Lo ves? —preguntó George esperanzado.

—¡Claro que lo veo! —dijo su mujer con voz cortante—. Supongo que es una broma. Yo bajaría por la mañana y estaría allí, ¡sorpresa, sorpresa! ¡Qué niñería! Debo decir que es muy realista... ¿cómo lo hiciste? Alguien debe haberte ayudado. Es...

Se agachó y miró más de cerca.

—Es casi como una vista a algún lugar, con muros alrededor. Como «Lo que vio el mayordomo» o algo así. ¿Lo hizo Terence? Tú eres demasiado torpe para hacer una cosa así.

Terence era un amigo físico. Dejando pasar el menosprecio de su capacidad, George explicó que no era responsable de los efectos de cámara oscura en el fondo de su nevera.

—La primera vez que miré sólo había un trozo de hueso azul. Pensé que era algo que habías dejado tú, sin darte cuenta.

Sally resopló.

—Luego traté de cogerlo... y desapareció.

—¿Desapareció? ¿Cómo puede ser? Eso es ridículo.

—Eso fue lo que pensé. Pero en un momento estaba allí y tenía una especie de niebla alrededor y luego la nevera dejó de zumbar y justo cuando iba a agarrarlo, ya no estaba.

—¿La nevera dejó de zumbar?

—Sí. No estoy seguro —agregó George, porque era un hombre escrupulosamente exacto— de si calló antes o después de que yo metiera la mano.

—Creo que eso no supone diferencia ninguna —decidió Sally—. Es obvio que la nevera está de broma otra vez. Deben ser las vibraciones de que hablabas. Habrán... habrán creado algún efecto hipnótico y sólo creemos que hemos visto eso... si es que estás seguro de que no fue Terence quien arregló esto.

Evidentemente, no estaba dispuesta a ser demasiado crédula, y George dijo con tono digno:

—Tu misma podrás preguntárselo mañana, cuando venga a cenar.

—¡Oh, mira! —exclamó Sally, divertida— ¡Se marchó!

El diminuto cuadrado brillante que había en el fondo de la nevera había desaparecido tan silenciosamente como había llegado.

Los estantes estaban vacíos... salvo por un trocito de hueso azul que había estado un poco más adelante que los otros. George extendió cautelosamente una mano hacia él. El hueso, sin embargo, continuó visible e inanimado. Controlando un fuerte estremecimiento, lo levantó y lo miró.

—¡Dios mío! —Sally estaba perpleja—. Los huesos no son azules, ¿no? ¿O sí?

—Es lo que me estaba preguntando —dijo George—. Quizá Terence lo sepa.

Observaron juntos el trocito de hueso. Tenía marcas de dientes pequeños y muy afilados y algunos fragmentos malolientes y rescos de una desagradable carne gris pizarra adheridos a él.

—¡Puf! —dijo Sally y se volvió, como si se sintiera mal.

—Es una alucinación muy fuerte —dijo George y lo deslizó con despreocupación masculina, casi totalmente fingida, en el bolsillo. Encendieron todas las luces de la casa y se volvieron a la cama. Generalmente dormían separados, en higiénicas camas gemelas, pero en esta ocasión Sally confesó que sentía algo de frío y George dijo generosamente que no le importaría mantener caliente su espalda.

Las cosas parecieron mucho más alegres y absurdas a la luz del día, especialmente después de que George abriera la nevera dos o tres veces, a petición de Sally, sin descubrir nada extraño. Cuando Terence llegó a cenar, sin embargo, y le fue enseñado el desagradable trocito de hueso azul su cara sorprendida e incrédula hizo que les pareciera una cuestión de honor demostrar que en la cocina de un profesor subalterno pueden pasar cosas raras.

La nevera les complugo casi inmediatamente. Zumbaba con vigor cuando George abrió la puerta y comentó a Terence que se habían preguntado si todo se debería a las vibraciones. Terence, como era un joven bien educado, no respondió nada. El cuadrado del fondo estaba lleno de color y movimiento; George retrocedió bruscamente. Varios pedazos de hueso y algo que parecía una piel escamosa y olía igualmente mal, salieron del cuadrado mientras miraban. La pequeña imagen se volvía nítida si te agachabas en un ángulo incomodísimo y mirabas con mucha fijeza. Había muros, como había dicho Sally, que parecían los muros de una caverna. Había cosas que se movían como sombras, mucho más atrás en la

imagen, y un asomo de lo que podía ser vegetación amarillo verdosa, parecida al caucho. Las cosas que se movían eran difíciles de ver porque estaban contra la pared y eran de color marrón oscuro. George pensó que esta noche el cuadrado parecía más grande. Terence se puso en cuclillas observando, con la boca abierta y murmuró una o dos veces:

—¡Es increíble! No comprendo cómo...

Entonces, algo que parecía un delgado brazo muy largo con dos garras, salió por el cuadrado, agarró un trozo de hueso con un movimiento rápido que hizo retroceder a Sally y lo retiró. Una llama que producía mucho humo se levantó casi inmediatamente en los muros y el brazo o zarpa o lo que fuera proyectaba una sombra que subía y bajaba en la media luz. Parecía que estuviera comiéndose el hueso.

—¿Estará afilándolo? —dijo Terence, en voz no muy alta—. ¿Para hacer una herramienta, quizás? Si tienen herramientas y fuego...

—¿Tienen? —dijo secamente Sally—. Allí no hay nadie. ¿Cómo podría ser? Mira, puedes ver la parte de atrás de la nevera y la pared. Es una alucinación, nada más; una alucinación masiva.

—Creo que no —dijo Terence. Sus ojos brillaban con el fervor del investigador que ha entrado en contacto con lo desconocido—. Mira, no se lo digas a nadie todavía, por favor, y no interfieras. ¿Tenéis... oh, prismáticos o una lupa grande? Tengo que ver más de lo que pasa allí dentro. No quiero acercarme todavía.

—Yo tampoco —dijo George, recordando el brazo largo y musculoso, y las dos garras.

Terence lo miró un poco sorprendido.

—No quiero sobresaltarlos —explicó—. Lo más posible es que ellos también puedan vernos y debemos parecerles gigantes.

—Qué triste para ellos —dijo Sally y la velada terminó en un tono ligeramente helado, aunque Terence obtuvo autorización para volver al día siguiente, trayendo una lupa.

—El... ha... Gedühntete Hühne estaba delicioso, Sally —comentó George, tratando débilmente de compensar una velada estropeada.

—Que te aproveche —replicó secamente su mujer—. Desde mañana seremos vegetarianos. Si crees que pienso tocar algo que

haya tenido que guardar en esa nevera...

Finalmente, se apiadó hasta el punto de conceder que alguna vez podrían comer carne fresca si George la compraba, la dejaba empaquetada en la mesa del vestíbulo y la comían el mismo día. Sally dijo que prefería no ir a la cocina hasta el momento de tener que guisarla. No estaba segura de que esa cosa que se había apoderado de su nevera no pudiera llegar de alguna manera a la carne.

Sus relaciones se hicieron más tensas que nunca, a causa de la continua presencia de Terence en su cocina. Estaba muy bien dispuesto, y pedía disculpas, pero era implacable. Tenía que observar la vida en la nevera, que anotar todas sus variaciones y que influir sobre ella en detalles triviales, si podía.

—Cualquiera creería que va a escribir un ensayo sobre esto —dijo Sally con tono burlón y malicioso. George nunca había escrito un Ensayo.

Dos o tres días después, en efecto, Terence comentó que estaba contemplando la posibilidad de escribir unas notas para *Nova Scientia*, acerca de «Posibles correlaciones tangenciales entre continuos alternativos».

—Sabes, George —explicó—, he estado tratando de descubrir la razón de esto y he llegado a la única conclusión que se ajusta a todos los datos conocidos.

Golpeó con el dedo unos papeles que tenía en las rodillas.

—El contacto parece ocurrir entre las ocho de la tarde y las cinco de la mañana; nunca durante el día. Sólo dura mientras la nevera zumba... quizás haya algo en tus vibraciones, después de todo.

Ofreció una sonrisa condescendiente a George.

—La vista es más clara cuando el zumbido es más fuerte y agudo. Pienso que, de alguna manera, esas condiciones consiguen duplicar con mucha exactitud las condiciones de otro sitio, en otro mundo, que son idénticas en realidad. Por lo tanto existe en dos lugares al mismo tiempo.

—¿Quieres decir que nuestra nevera es una especie de puerta trasera del planeta de otras gentes? —preguntó Sally, incrédula.

—Eso mismo —asintió Terence—. Un planeta muy frío, por supuesto, para que se parezca a tu nevera. Están cubiertos por una

gruesa capa de espeso pelaje y su metabolismo es muy lento. Su vida vegetal y animal es muy fuerte y resistente, ya que buena parte de la superficie está congelada. No parecen reproducirse con facilidad... no es sorprendente. Debe ser un mundo muy poco poblado. Además está el hecho de la analogía en el almacenaje de alimentos. Tu nevera sirve para guardar comida. La entrada al otro mundo es en apariencia un estante en la parte trasera de una de sus cavernas, que usan para almacenar sobras. La carne la guardan más abajo. En mi última observación vi varios trozos grandes.

Sally se estremeció.

—Tus especias también pueden haber tenido consecuencias, Sally, por imposible que te parezca.

—¿Mis especias?

Terence se pasó la mano por sus escasos cabellos e intentó sonreír con juvenil picardía. Sonrojándose ligeramente, carraspeó y dijo:

—Bueno; hay que recordar que la enorme cantidad de literatura y creencias referentes a las invocaciones mágicas no puede carecer completamente de fundamentos, por débiles que sean. Siempre me pareció que, en el pasado, algunas personas, mediante coincidencias, deben haber reconciliado de algún modo las dificultades físicas, aproximando universos contiguos. Por medio de signos, sonidos, olores y el uso de ciertas sustancias deben haber creado las condiciones adecuadas para... ¿podría llamarlo la penetración?

Irradiaba un encanto forzado, poco convincente.

Ese fue un golpe que conmovió las raíces de los hábitos de la vida cotidiana de Sally. Si se le pedía que creyera que los magos que trataban de conjurar a Satanás podían haber establecido contacto con otros mundos, tendría que renunciar a su forma de pensar, estrictamente apoyada en los hechos.

—¿Le has hablado al profesor Darlsworth de tus ideas, Terence?

—inquirió—. Yo carezco de conocimientos científicos —su tono implicaba «gracias a Dios»—, pero me parece obvio que le interesarían. Aparte de su originalidad, me parece que el Comité Financiero de la universidad probablemente disminuiría vuestros fondos a la mitad si descubriera que uno de sus jóvenes profesores más distinguidos quema hígados de tritón en un mechero Bunsen y

recita conjuros de un Grimorio encuadernado en piel, mientras se mantiene sentado dentro de un pentagrama.

Terence enseñó los dientes.

—Darlsworth es un reaccionario típico, que sufre de atrofia en el cerebro. George, no debemos permitir que esto llegue a sus oídos. ¡Se arruinaría todo mi trabajo! George, querido amigo —dijo suplicante—, hace años que nos conocemos. Esto significa muchísimo para mí. Es una investigación *mía*. No está exactamente dentro de mi línea, pero va a ser lo más grande del mundo y todavía no puedo permitir que alguien me lo quite.

George parecía indeciso y murmuró:

—Me parece que habrá expertos que...

—Sí, sí —dijo Terence, muy excitado—, claro que los hay, pero todos son reaccionarios y obtusos como el profesor Darlsworth. Dirán: «Es maravilloso, maravilloso, pero sólo debemos observar; no hay que interferir». ¡Eso está mal, George! Quiero hacerles conocer la rueda; es obvio que están en el nivel de los salvajes del final de la Edad de Piedra. Tienen fuego, herramientas primitivas y armas. La rueda les hará adelantar miles de años... ahora sólo tienen una especie de trineo, de los que los indios norteamericanos usaban hasta hace poco. Pero tienen potencialidades; hay inteligencia allí. Tengo enormes esperanzas en su desarrollo. No se han dejado vencer por el complicado problema de sobrevivir en semejante medio.

—No he podido echar una buena mirada desde que empezaste a ocuparte de ellos —dijo George, un poco resentido.

—Lo sé, lo sé; he sido un tremendo egoísta. Pero ha sido tan fascinante. Ven, te mostraré su primitiva despensa.

Sally, mientras salía silenciosamente de la habitación oyó decir a Terence:

—Tendrás que prepararte para su aspecto. Parecen combinar las características más desagradables de animales e insectos. Tienen la mitad del cuerpo cubierta de piel y la otra mitad de capas de grueso cuero. Tienen dientes y mandíbulas... la carne debe ser muy dura allí, y ojos facetados que abarcan buena parte de sus caras. Y tres pares de brazos, o bien de piernas, o lo que quieras llamarlos...

Sally pensó que sería necesaria la presencia del profesor Darlsworth y todo el Comité de Finanzas de la universidad para

arrastrarla nuevamente hasta las proximidades de la nevera.

El seductor Terence hipnotizó a George durante las semanas subsiguientes, hasta que quedó tan absorto con los Polos (un chiste de Terence: «Porque son helados, ¿comprendes?») como él. La rueda fue examinada, pero aparentemente no gustó. Terence había fijado dos ruedecitas a un eje y la había pasado con cuidado a los Polos. Había revisado su opinión acerca de sus tamaños relativos.

—Aparentemente, a medida que uno se acerca al cuadrado nulo, uno se achica... o el cuadrado se agranda. No estoy seguro. Será mejor no acercarse demasiado, aunque, por supuesto, sería interesante... mejor dejarlo tranquilo por ahora. Han tirado las ruedas en el fondo de la caverna, con el resto de su basura. Me equivoqué en el tamaño; ahora lo comprendo. Cuando entraron, a los Polos les parecieron juguetes. Dudo de que puedan haber encontrado los procesos mentales necesarios para agrandarlas y utilizarlas.

George dijo, pensativo:

—Sabes, Terence; estoy casi seguro de que nos ven. Una de las hembras, una vieja, creemos... —Se dirigía a Sally, fascinada contra su voluntad—. Va hasta el fondo de la caverna y nos observa y hace gestos... por lo menos, creemos que los hace. Es difícil saberlo, son tan feos. La llamamos Abuela.

—Debemos parecerles dioses —supuso Terence, riendo.

—Si ellos también tienen un sistema privado de conjuros pueden pensar que sois demonios —sugirió Sally.

Terence pareció ofendido.

—¡Tonterías! —dijo en tono cortante—. Somos bondadosos... no pueden confundirnos con demonios. Les di las ruedas, y el otro día les pasé una especie de alfombra de fibras de amianto. No podrán obtener amianto, pero se les podrá ocurrir tejer sus propias fibras.

—No me gustaría acercarme mucho a esas garras. Parece como si pudieran arrancarte una mano como si fuese mantequilla —observó George.

—Sí; supongo que a ellos les pareceríamos carne muy tierna —asintió Terence—, después de las cosas que deben roer allí.

De muy mala gana, Terence se marchó a una sesión inevitable en la actual sede de la British Association. Hizo toda clase de recomendaciones a George y lo exhortó, sobre todo, a no

proporcionar nada a los Polos mientras él no estuviera presente para registrar la secuencia exacta de los hechos.

—Todo eso está muy bien —le dijo George a Sally la tarde en que Terence se marchó—, pero estoy empezando a estar un poco harto de que Terence tenga completa autoridad sobre nuestra nevera.

—Pues yo me alegro —dijo Sally—. Lo único que deseo es que se lleve a esa maldita cosa.

—¿Qué? ¿Y que estropee las condiciones de contacto? —George la miró con reprobación—. Sólo estamos en contacto durante doce horas. No sabemos qué podría pasar si la moviéramos. ¿Sabes, Sally? Les hemos pasado un montón de cosas a los Polos, pero nunca hemos obtenido nada de ellos, salvo aquel trocito de hueso.

Terence dice que hay que adelantar despacio, pero así nunca llegaremos a ninguna parte. Voy a conseguir unas pinzas largas y veré si puedo sacar algo más interesante.

—Mientras no sea uno de ellos...

—No lo será. Ya sabemos mucho acerca de sus movimientos. Elegiré el momento en que los machos salen a cazar y las hembras están puliendo huesos o piedras en la puerta, para hacer herramientas.

Hizo varias expediciones de pesca abortadas en el territorio de los Polos antes de extraer un trozo de piedra toscamente labrado, previsto evidentemente para una cabeza de hacha. Mientras pasaba por la nevera empezó a humear y cuando George, alarmado, la dejó caer, la mitad de la superficie hirvió, desapareciendo y el trozo restante quemó el suelo de baldosas antes de alcanzar lo que era, aparentemente, una temperatura normal.

George se sentía triunfante.

—¡Esto le enseñará un par de cosas a Terence! ¡El primer espécimen geológico de un mundo nuevo! ¡Se lo llevaré a Phillips, al Departamento de Geología y miraré la cara de desconcierto que pondrá!

Sintiéndose audaz aceitó sus pinzas (se oxidaban inmediatamente en los pocos instantes que estaban en el mundo de los Polos) y al día siguiente volvió a intentarlo. Logró otra cabeza de hacha de piedra, la mitad del esqueleto putrefacto de un animal pequeño, que se desintegró íntegramente en pocos minutos y dos

toscos cuencos de —aparentemente— madera que no sufrieron ningún cambio visible en la atmósfera de la Tierra. Los Polos parecían notar que estaba sucediendo algo raro. George, observándolos, notó varios desacuerdos familiares del tipo «Papá perdió su pipa y dice que uno de vosotros la tiene» que terminaron con cabezas doloridas y brazos rotos.

Al día siguiente perdió sus pinzas. Las había insertado cuidadosamente en lo que Terence llamaba el cuadrado nulo y había visto cómo la punta se hacía borrosa. Estaba tanteando cuidadosamente en la semioscuridad cuando sintió un tirón salvaje y la nativa a quien había bautizado Abuela entró danzando en su campo visual, sujetando las pinzas con un par de piernas. Estaba mordisqueándolas furiosamente con sus mandíbulas y George palideció al ver que unas profundas marcas estaban apareciendo en el duro metal. Uno de los machos de la tribu le quitó las pinzas y un grupo de cabezas se inclinó sobre el nuevo tesoro.

A esa altura George se sintió mareado y se dejó caer al suelo. Los Polos se habían vuelto mucho más reales... en realidad, se habían situado incómodamente cerca. Cuando apareció Sally y dejó escapar una exclamación por la palidez de su cara, se limitó a decirle que le habían quitado las pinzas. No quería que ella comprendiera que los Polos eran mucho más inteligentes de lo que habían supuesto, en especial para tender trampas. Ella pareció aliviada.

—Bueno; gracias a Dios, eso termina con tu pesca. Estabas empezando a ponerte avaricioso, me parece. Recuerdo cómo estabas cuando te dedicaste a sacar copias de bronces antiguos. Si el doctor Symons conseguía más copias que tú en una expedición, pasabas varios días de mal humor.

George no había olvidado por completo ese injusto ataque la vez siguiente que echó una cautelosa mirada al refrigerador. Lo había dejado en paz durante algunos días, pero Terence volvería mañana y George quería que su informe estuviera al día.

En el centro del cuadrado brillante, mirándolo, había un extraño objeto. Cuando cogió la lupa, vio que parecía ser una esfinge de madera.

—¡Lo saben!— susurró—. Las pinzas deben haberlos convencido. Piensan que somos dioses, realmente, y esta es su ofrenda. ¡Tengo que cogerla!

Estaba bastante cerca. ¿Quizá con las tenacillas del carbón...? La cueva estaba totalmente desierta y silenciosa. Si quitaba un estante y se acercaba un poquitín más...

Sally, que había salido de compras y luego había ido a tomar el té con una amiga, dejó su bolsa de compras en el vestíbulo y llamó:

—¡George!

Le respondió un sonido apagado, algo parecido a unos talones golpeando un suelo de baldosas. Corrió hacia la cocina y contempló horrorizada a un George estirado y escorzado, metido en la nevera hasta la cintura. La cocina estaba oscura, pero la luz del refrigerador parecía más azul y más alegre que nunca. Se arrodilló a su lado.

—George —dijo jadeante—. ¿Qué estás haciendo? ¡Me prometiste que no volverías a meterte con ellos! ¡Sal enseguida!

—No puedo—. La voz de George sonó horriblemente distante—. Aguardaban encima del estante, con las pinzas. Cogieron mi brazo. Hace frío allí. No siento nada. ¿Puedes sacarme, Sally?

Pero Sally no pudo tirar con tanta fuerza como la indignada tribu de los Polos, alentados, desde el otro lado por una Abuela que hacía muecas.

—Después de todo no creen que seamos dioses —dijo George lúgubrementemente, mientras era arrastrado—; sólo comestibles. No hagas caso a Terence, Sally; tira la nevera.

Después de eso, su progresión fue rápida. Sally, espiando inquieta el mundo de los Polos con la lupa, se descubrió pensando que Terence estaría contento al saber que los Polos arrastraban a George, atado e indefenso, en una pequeña mesilla de ruedas.

LOS HIBBYS

James Alexander

The Hibbie

Cuando Jack Cass vio por primera vez un hibby, se quedó mirándolo, asombrado y un poco preocupado. En ese momento, no supo que era un hibby; si siquiera conocía su existencia. En realidad, estaba en aquella parte de la ciudad buscando a su esposa. Se habían separado unos años antes, sobre todo porque ella no podía soportar sus largas ausencias en el espacio y se había ido a vivir con uno de sus mejores amigos. Él había vuelto a enrolarse en el Servicio Espacial casi inmediatamente, y se había presentado voluntario para una larga misión extraterrestre. Ahora, durante su primer permiso en más de dos años, quería volver a verla. Sabía que era una debilidad y que dos años de separación debían haberlo curado de su afecto por ella. Pero igual quería encontrarla. Había examinado sus motivos y se había convencido de que quería volver a verla para exorcizar un fantasma, y no para recuperar el pasado.

Su búsqueda le alejó del próspero centro de la ciudad, hacia una serie de direcciones, cada una más sórdida que la anterior, hasta que, finalmente, el rastro se desvaneció.

Fue durante una de esas misiones cuando vio al hibby y, al principio, no supo qué era. Estaba de pie junto a la calle, aparentemente inerte, enfrentando a un grupo de adolescentes que se burlaban de él. Ocasionalmente, uno de los chicos lo empujaba o tiraba de su ropa.

Cass comprendió que el hibby no estaba totalmente inmóvil sino que reaccionaba ante sus torturadores y trataba, sin éxito, de mantenerlos a distancia, pero sus movimientos eran terriblemente

lentos. Cuando uno de los muchachos arremetió contra su cara le llevó dos o tres segundos levantar el brazo para atajar el golpe y, cuando lo hizo, lo golpearon en el pecho. De forma lenta, casi imperceptible, su cara adquirió una expresión dolorida y comenzó a agacharse. Los chicos, alentados por su éxito, se acercaron más y uno de ellos comenzó a golpearlo en la cara.

Eso fue demasiado para Cass. Gritó a los chicos que se detuvieran; cuando lo ignoraron se acercó y empezó a repartir golpes. Era un hombre alto y fuerte y cuando comprendieron que su diversión podía volverse dolorosa, los chicos se alejaron corriendo calle abajo.

Entonces, Cass se volvió para mirar con más atención al vapuleado hombre que estaba en cuclillas sobre la calle. Su boca se abrió y un sonido largo y bajo salió de ella. El ruido carecía de significado y no tenía ninguna semejanza con el habla humana.

Se volvió hacia un viandante.

—Parece enfermo. ¿Sabe dónde puedo encontrar un médico?

—Es un hibby. Tienen sus propios médicos.

—¿Qué es un hibby?

—Un hibby. Un torp. Un zombi —dijo el desconocido y, viendo que no percibía respuesta, continuó—: Debe haber estado mucho tiempo fuera si no sabe qué es un hibby. De todos modos, no le pasa nada. ¡Olvídelo!

Y siguió andando.

Cass echó otra mirada al hombre que en ese momento estaba dándole la espalda y en una torpe imitación de la marcha lenta se alejaba por la acera, tardando diez segundos en dar cada paso, arrastrando los pies, sin levantarlos del suelo.

Esa noche, en casa de un amigo, preguntó:

—Hoy vi a un hombre que se comportaba de forma muy rara. Alguien me dijo que era un hibby y le dio otros nombres que no recuerdo. Supongo que soy la única persona de la ciudad que no sabe qué es un hibby. ¿Alguien puede explicármelo, antes de que vuelva a hacer el tonto?

—¿De veras no lo sabes? Bueno, hibby es la abreviatura de hibernado. Hubo una gran discusión en el Parlamento cuando propusieron la idea. No entiendo cómo no lo leíste en los diarios.

—Cuando estás tan lejos, los periódicos no parecen muy

importantes. De todos modos no lo sé, así que, por favor, explícamelo.

—Bueno —dijo su amigo—. Como la mayor parte de las investigaciones científicas, comenzó con una finalidad y terminó con otra muy diferente. Al principio, la Comisión Espacial instaló un laboratorio para examinar el mecanismo de hibernación de los animales. Como sabes, existen algunos animales muy evolucionados que hibernan durante el invierno. Cuando lo hacen, todo su metabolismo se vuelve más lento, producen menos energía y disminuye su necesidad de alimentos, de modo que pueden vivir hasta seis meses de su propia grasa. En realidad es una especie de animación suspendida. La idea era que, si podíamos descubrir cómo lo hacían los animales, podríamos inducir la hibernación en seres humanos. Si se pudiera hacer eso en una nave espacial, durante un viaje largo, la tripulación no se aburriría tanto, estaría descansada al llegar y, además, y mucho más importante, la nave espacial no tendría que llevar tanta comida, lo que, como sabes, es un grave problema.

—Vaya, recuerdo vagamente esas investigaciones. ¿No se habló del congelamiento?

—Sí; en un momento se consideró esa posibilidad, pero causaba cambios irreversibles en los tejidos. La línea más prometedora de la investigación consistía en examinar a los animales, para ver cómo lo lograban. Después de dos o tres años de trabajo se identificó el proceso y pudieron sintetizar las hormonas necesarias.

—Muy interesante, por ahora —dijo Cass—. Pero todavía no entiendo qué tiene que ver con el pobre tipo que vi hoy.

—Paciencia —respondió su anfitrión—. Ya llegaré a eso. La hormona, que por cierto se llama Torpex, funcionó muy bien en los mamíferos inferiores —ratones, ratas, hasta monos—, pero cuando la inyectaron a seres humanos no los hizo dormir.

—¿Quieres decir que no surtía efecto?

—Oh, sí. Pero provocaba lo que viste hoy. Retarda el metabolismo a la décima parte de lo normal, pero no duerme al sujeto. Y sujeto vuelve a la normalidad sólo cuando cesa la acción del Torpex. No se ha encontrado un antídoto.

—Sería muy útil en el espacio, si hiciera parecer el viaje diez veces más corto de lo que es en realidad.

—Sí. El problema es que sus efectos desaparecen muy lentamente, de modo que cualquiera que haya sido tratado con Torpex sería completamente inútil en una situación de emergencia... un choque con un meteorito, por ejemplo. Y de todos modos, tendrían que pasar buena parte del viaje recuperándose. De modo que la idea original no sirvió y archivaron esa línea de investigación.

—Y entonces, ¿cómo le dieron Torpex al hombre que vi hoy?

—Ya estamos llegando a eso. Como sabes, estamos viviendo una ola de criminalidad. Dicen que se debe al aumento de la población, o alguna otra tontería de ese tipo. Yo no lo creo, pero, sea cual sea la razón, la población carcelaria ha crecido con rapidez, igual que el coste de manutención de las prisiones. Culminó el año pasado. La mayor parte de las prisiones estaban llenas y casi el diez por ciento del presupuesto nacional se gastaba en mantener a esa gente. Al haberse abolido la pena capital, cuando un hombre estaba en prisión ya no tenía nada que perder y eso significaba que trataban de huir constantemente; la vida de un guardián no significaba mucho para ellos. Debes saber toda esto, porque siempre salía en los periódicos.

—Sí; se hablaba muchísimo del aumento de la tasa de criminalidad la última vez que estuve aquí.

—Bueno; alguien tuvo la brillante idea de que sería más fácil controlar a esos criminales si se les administraba Torpex, y por supuesto, así fue. Nadie puede ser violento si se mueve a un décimo de la velocidad normal, a menos que pueda apoderarse de un revolver y, aun con revólver, necesita tanto tiempo para apuntar que no es difícil desarmarlo o dispararle antes. La gente de las libertades civiles hizo ruido como siempre y se debatió mucho acerca de si se podía inyectar una droga a una persona en contra de sus deseos. Finalmente, triunfó el movimiento reformista. Pronto se comprendió que ni siquiera era necesario tener prisiones, siempre que se reuniera a esa gente una vez al mes y se le inyectara otra dosis de Torpex. Son totalmente inofensivos; no hace falta reprimirlos. De modo que el hombre que viste hoy —continuó diciendo su amigo— era un criminal violento, puesto en penitencia por el Estado por medio del inofensivo pinchazo de una aguja hipodérmica. Come dos o tres veces por semana. Se le proporciona

un dormitorio. Y eso es todo lo que cuesta a la sociedad.

Cass estaba intrigado.

—¿Es un castigo muy duro? ¿Qué significa para quien lo sufre?

—Como viste hoy, es un poco como estar en la picota. No pueden evitar el ridículo en público, ni la violencia del público, aunque no aprobamos eso. Por lo demás, el único problema real es que el sujeto envejece a su propio ritmo subjetivo, o sea la décima parte de lo que envejecería normalmente. En un sentido, en realidad, le estamos haciendo un favor conservándolo joven. Si le corresponde una sentencia de diez años, saldrá sólo un año más viejo, a causa del efecto relantizador del Torpex; el problema es que su mujer, sus hijos y todos sus amigos serán diez años mayores. Bueno; para decir la verdad, eso es una suposición, por ahora, ya que nadie ha cumplido una pena de diez años, pero estamos bastante seguros de que eso es lo que sucederá.

—¿Y todos los criminales reciben ese trato?

—Todos no... Sólo los violentos. Para los demás, siguen existiendo las multas y el servicio comunitario. —Cass se marchó muy pensativo.

Continuó buscando a su mujer. En realidad no tenía idea de cómo hallarla; sólo sabía que los pocos fragmentos de información real que había obtenido presentaban un feo problema de pobreza creciente y peleas cada vez más violentas con su compañero, hasta que fueron echados de una y otra pensión barata. Finalmente, todas las pistas se borraron. Temiendo que hubiera sufrido un accidente, revisó archivos de hospitales y fichas de la policía, pero no encontró nada.

Casi se rindió, entonces, pero decidió que siguiera la búsqueda, alguien más capacitado que él. A los cuatro días de contratar a un detective privado, el hombre presentó su informe.

—Puedo llevarlo hasta ella.

—¿Está bien?

—Lo llevaré hasta ella. Podrá juzgar por sí mismo. Hablaremos después.

La encontraron sentada en el banco de un parque. No había cambiado, aparentemente. Cass se apresuró a saludarla, llamándola nervioso.

—¡Nicola! ¡Por fin te encuentro! Podríamos...

Se detuvo. Ella se movía con tanta lentitud. Súbitamente se sintió como si le hubiesen dado un golpe en el estómago. Se quedó quieto un rato, inerte, mientras la terrible idea echaba raíces en su mente. Ella era una hibby.

Ella le hablaba. Su voz era un zumbido bajo; cada vibración era apenas audible. El ruido carecía de sentido. Mientras la miraba vio como se formaban dos lágrimas en sus ojos, pero no pudo soportarlo más; dio la vuelta y se alejó.

Anduvo un rato en silencio y después dijo:

—¿No quería decírmelo?

—Tenía que verla usted mismo. No estaba seguro de que fuera ella, en realidad, porque se había cambiado el nombre, pero todo lo demás coincidía. Siento que haya resultado así. Confiaba en haberme equivocado.

—¿Cómo sucedió?

—Mató a su amante. Él iba a dejarla. Nunca se había quedado mucho con ninguna mujer. Ella descubrió que había otras. Al principio intentó exigir que no lo hiciera; después suplicó. Al final, él la dejó sin dinero ni casa. Seis meses después, ella fue a su casa y le disparó. En el juicio no hubo discusión. Si lo hubiera hecho en cuanto la dejó, hubiera podido lograr una sentencia clemente, a causa de la provocación. Pero, tal como fue, con seis meses de premeditación, le dieron diez años.

—Que horrible. Era tan alegre. ¿Cómo pudo destruirse así?

—¿Quiere decir que no lo sabe? Era drogadicta. Él la inició. Quizá recuerde que hace dos años se pusieron de moda los románticos años setenta. Todo el mundo llevaba ropa de mil novecientos setenta y bebía alcohol; algunos hasta fumaban cigarrillos y, peor aún, tomaban las drogas que eran populares en esa época. Algunos lo llevaron demasiado lejos. Él era de esos y la convenció para que hiciera lo mismo. Por eso le dejó a usted... no podía vivir sin la droga. Heroína, creo que la llamaban. Hace mucho que no se fabrica. Es demasiado peligrosa. Aparentemente él consiguió sintetizar un poco, pero juzgaba sus efectos por la literatura popular de la época, en vez de investigar científicamente. Cualquier farmacéutico competente podría haberle advertido. De cualquier modo, su estupidez los destruyó a los dos.

—¿Se puede hacer algo por ella?

—Está bien cuidada, y ahora ya no toma drogas, salvo Torpex, por supuesto. —Sonrió, irónicamente—. Debe recordar que aunque la sentenciaron a diez años para ella es sólo un año. Lo soportará bien.

Hizo una pausa y después dijo:

—Bueno, eso en líneas generales. Le enviaré mi informe completo. Cuando lo haya leído, le sugiero que olvide todo el asunto. Váyase a alguna parte, tómese unas vacaciones. Entonces verá las cosas con otra perspectiva.

Cass tomó las vacaciones recomendadas, pero cuando volvió su perspectiva era la misma. Todavía deseaba volver a verla, hablar con ella, descubrir qué la había impulsado por el terrible camino que había tomado. Quizá, también, quería exonerarse, probarse que no era por culpa suya que ésa chica encantadora con quien se había casado había terminado convirtiéndose en una criminal drogada, que se sentaba en el banco de un parque. Volvió con un plan para volver a verla.

Para su sorpresa, descubrió que era muy fácil obtener Torpex. La producción de droga estaba controlada, pero el estigma que pesaba sobre su uso era tan poderoso que no parecía necesario penar los abusos. Cass lo consiguió a través de un amigo, Bill Sayers, que había servido en el servicio espacial con él y que, incapacitado por una herida para seguir trabajando en el espacio, había elegido el servicio de prisiones. Uno de los trabajos de Bill era administrar Torpex cada diez semanas a los penados que estaban a su cargo.

Esa tarde, Cass se preparó para su aventura. Guardó su uniforme espacial y su equipo. Se vistió con el más viejo de sus trajes y preparó un equipo de supervivencia compuesto por raciones secas, saco de dormir, una mochila ligera y ropa de abrigo. Después preparó cuidadosamente una dosis de Torpex, suficiente para dos meses.

Se acostó, desnudó su brazo, clavó la aguja, vació la jeringa y esperó los acontecimientos.

Se sentía bien, totalmente normal. Hasta había empezado a pensar que no le habían proporcionado la droga correcta cuando, súbitamente, percibió el reloj. La aguja de los minutos se movía visiblemente. Empezó a contar los segundos y cuando llegó a treinta la manecilla se había desplazado cinco minutos. Seguía sintiéndose

normal.

Se puso de costado, apoyó los pies en el suelo y se puso de pie. No tuvo ningún problema. Luego, dio un paso en dirección a la puerta. En cuanto su pie se movió cayó, haciendo mucho ruido, al suelo. Se sentó lentamente; luego, agarrándose con fuerza de un pesado armario, se puso de pie. La próxima vez que intentó moverse lo hizo con más cautela, deslizándolo un pie hacia adelante y transfiriendo lentamente su peso hacia él. Después de varias dolorosas caídas más descubrió que podía desplazarse por el cuarto. También comprendió que estaba realizando una tolerable imitación de la forma de andar del primer hibby que había visto.

La razón de las dificultades se volvió súbitamente obvia: el equilibrio, al andar, depende de una fina coordinación instintiva entre el control muscular y la aceleración debida a la gravedad. Bajo los efectos del Torpex, la gravedad era igualmente fuerte, pero los pies no podían moverse a una velocidad suficiente para permitir un andar normal. También comprendió que correr era totalmente imposible.

Trató de saltar con los pies juntos, pero aunque lo intentó con mucho empeño, sus pies parecían estar pegados al suelo. Era el mismo problema... la fuerza de sus músculos no podía proporcionarle el impulso necesario para vencer a la fuerza de la gravedad. Como experimento, cogió un libro de la mesa y lo tiró hacia una silla, al otro lado de la habitación. Cayó a sus pies, con tanta rapidez que sus ojos no pudieron seguirlo. Y cuando golpeó el suelo, escuchó un ruido metálico.

Fue entonces cuando notó por primera vez que los ruidos que oía eran extraños. El reloj no hacía tic tac; zumbaba. La caída del libro había causado un ruido metálico. Además, oía ruidos nuevos y se dio cuenta de que debían ser sonidos que, normalmente, poseían una frecuencia demasiado baja para penetrar en el sistema auditivo humano.

Comenzó a inquietarse al descubrir cuán diferente era el mundo en él que había entrado. La primera regla parecía ser que todo, incluyéndose a sí mismo, caía diez veces más rápido de lo normal, de modo que cualquier movimiento casual podía tener consecuencias dolorosas.

Miró el reloj y se dio cuenta de que eran las tres de la tarde, casi

cinco horas después de haberse puesto la inyección. No le había parecido ni media hora.

Cass reunió sus pertenencias y se dirigió a la puerta con el andar deslizante que simbolizaba tan bien la degradada situación de los hobbys en la sociedad. Salió sin dificultades por el portal y se dirigió hacia la parte de la ciudad donde había visto a Nicola. Estaba a unas cinco millas, pero no tenía más remedio que andar; los hobbys no podían utilizar los medios de transporte públicos y eran incapaces de reaccionar con la suficiente celeridad para conducir ellos mismos un vehículo.

Se detuvo en el primer cruce; no venían vehículos por ninguno de los dos lados y comenzó a cruzar. Cuando lo hizo las luces de un auto brillaron en la distancia y produciendo un agudo silbido un coche se precipitó hacia él, a una velocidad increíble, giró noventa grados y se alejó silbando en un registro poco menos alto por una de las calles laterales. Supuso que, en realidad, sólo iba a unas treinta millas por hora; sin embargo, su mente rehusaba aceptar un hecho que suponía cierto. Esperó un rato antes de aventurarse a cruzar. Sabía que si uno de esos monstruos sibilantes volvía, no podría esquivarlo. Tendría que confiar en que el monstruo lo esquivaría a él.

Todavía no había avanzado una milla cuando se hizo de día entonces empezaron sus verdaderos problemas. Había figuras que se precipitaban sobre él desde todas las direcciones; movían sus brazos y sus piernas tan velozmente que eran como un borrón continuo. Era como estar en el centro de una nube de mosquitos monstruosos que bailaran frenéticamente al sol del verano mientras emitían sonidos agudos, gorjeos.

Más allá del bordillo de la acera había una pared, continua de borrosos destellos metálicos, mientras la turbulenta estampida de la hora punta pasaba a su lado. La violencia de la agresión visual golpeaba sus ojos con tal fuerza que se vio obligado a refugiarse en un portal y cerrar los ojos para anularla, antes de poder pensar con la suficiente claridad como para entender su difícil situación.

Comprendió que estaba atrapado en esa manzana hasta que volviera la noche, cuando sería posible cruzar algunas calles más y acercarse un poco a su objetivo. Entonces supo por qué los hobbys raramente eran vistos durante el día y también por qué era fácil

controlarlos.

Llegó la noche; a él le pareció que sólo había pasado una hora desde el amanecer. El crepúsculo sólo duró unos minutos y luego se encontró en un mundo aún más terrible de brillantes luces de colores y proyectiles apenas visibles que se acercaban a él y lo esquivaban milagrosamente, cuando la colisión parecía inevitable. Poco después las calles se volvieron silenciosas, el tránsito disminuyó y pudo continuar su viaje.

El recorrido de cinco millas le llevó dos noches, cada una de las cuales pareció durar menos de una hora. Durante el día buscaba algún banco adecuado, se sentaba y aguardaba el final de la agitación, para poder volver a cruzar las calles.

La halló, tal como esperaba, en el parque donde se habían encontrado antes. Ella lloró. Él intentó consolarla, torpemente, y luego se besaron brevemente, olvidando a la masa movediza de humanidad normal que pasaba frente a ellos como una flecha.

Luego él se dio cuenta de que algunos viandantes se habían separado de la multitud y se habían reunido a su alrededor. Como respuesta, se humanizaron, momentáneamente. Pero no lo suficiente, sin embargo, para añadir dignidad al nombre. Durante un momento, Cass observó al grupo de rufianes adolescentes que le rodeaba y recordó al hibby a quien había rescatado de una situación parecida. Pero estos parecían satisfechos gorjeando sus ruidos incomprensibles y cuando un hombre de uniforme se acercó y gorjeó a su vez, se dispersaron rápidamente.

El incidente llenó a Cass de una vaga inquietud y de la certidumbre de que llamar la atención era buscarse problemas.

Dijo:

—¿Dónde podemos ir a hablar con tranquilidad?

—No sé si quiero hablar... como tú te lo propones. Hay muchas cosas que no quiero recordar. —Después cedió un poco—. Ya que has venido aquí, supongo que será mejor enseñarte cómo sobrevivir conservando la cordura. Ya debes saber que no es fácil. ¿Cuál fue tu sentencia?

—Ninguna. Vine por mi voluntad, a verte. Nicola comenzó a llorar nuevamente y él volvió a sentir el impulso protector que siempre lo había atraído hacia ella. Sin desearlo ni proponérselo realmente trató de consolarla con un gesto. Ella levantó la mano

para detenerlo.

—Habla, si quieres, pero no me toques. Es demasiado peligroso atraer la atención. ¿Es cierto que te convertiste en hibby sólo por mí?

—No del todo. También fue por mí. Quería averiguar algo acerca mí mismo.

—Algo relacionado conmigo —dijo ella. Él asintió.

—Siempre pensé que era un hombre racional, pero ahora sé que dentro de mí hay un tonto tratando de manifestarse. —Nicola sonrió y él siguió hablando—. Te marchaste tan de golpe que no tuve tiempo de desconectar. Vine a exorcizar tu fantasma viéndote como eres, en vez de la imagen romántica que recordaba.

—Bueno, eso no es muy halagador. ¿Tanto he cambiado?

—No —dijo él—. Tendrías que estar muy diferente, pero eres misma.

—¿Quieres decir —dijo ella en tono burlón— que después de un año tomando drogas fuertes, un abandono, un asesinato, un juicio y tres semanas en este mundo loco, tendría que ser diferente?

No podía responder nada a eso, de modo que dijo:

—¿Tres semanas? Creí que eran unos seis meses.

—Tres semanas de mi tiempo. Aquí tenemos nuestros propios relojes. Tenemos que regular nuestro tiempo de alguna manera; como ya debes saber, el tiempo normal no significa nada para nosotros.

Le cogió la mano.

—Eres más vulnerable de lo que crees en este mundo. Fue una tontería venir aquí. Tendré que enseñarte a sobrevivir.

Ella le enseñó que los delincuentes disponían de unos dormitorios especiales donde eran alimentados cada tres días. Se les permitía vagabundear libremente, siempre que no salieran de la ciudad y siempre que se presentaran para recibir sus inyecciones de Torpex. Si no se presentaban, se organizaba una búsqueda que en la mayoría de los casos tenía éxito rápidamente, porque la presa era al mismo tiempo llamativa y poco móvil; después venía un período de prisión cerrada. La mayoría se presentaba regularmente.

Casi todos los hibbys dormían en los dormitorios que les proporcionaban. Estos eran ruidosos y estaban llenos, porque no había una separación definida del día y la noche y siempre había

gente que entraba y salía. Pero un dormitorio era el lugar donde los hibbys sabían que no serían perseguidos. Había un guardia en la entrada y las personas normales no podían entrar sin un permiso especial. En otros lugares, los incidentes desagradables eran bastante corrientes. La ley prohibía molestar a un hibby, pero nadie se preocupaba por hacer que se cumpliera. Un refuerzo contra las fugas, descubrió Cass, era el hecho de que era casi imposible conseguir comida, salvo en los dormitorios. Había pocas posibilidades de supervivencia fuera de allí, a menos que a uno le ocultaran en una casa segura amigos bien dispuestos. Y aun así, la inmovilidad de un hibby hacía muy difícil mantenerlo oculto hasta que la droga desapareciera de su sistema.

Al principio pensó que el castigo consistía sobre todo en el aburrimiento de vivir en una pequeña comunidad cerrada, sin ninguna forma de entretenimiento más que la lectura o las actividades comunales. Pero pronto descubrió que el castigo más terrible era la certeza de que todas las personas a quienes querían serían viejas antes de que terminara el tratamiento y el hibby volviera a ser normal: los niños crecerían, los padres morirían, las esposas ya no podrían tener hijos, y todo eso en lo que parecían unos pocos meses.

Había algunas compensaciones. Los hibbys enfermaban poco, porque las drogas actuaban tan rápidamente en sus metabolismos lentos que la curación se producía antes de que la enfermedad pudiera agravarse. Y si un hombre y una mujer querían vivir juntos, nada los detenía, salvo la dificultad de tener algo de intimidad. El Torpex los hacía estériles y no había niños en este mundo crepuscular.

Cass fue bienvenido a la comunidad; nadie sabía que se había unido a ellos voluntariamente y no vio razones para decir que existía alguien tan excéntrico entre ellos. Comía con los demás y encontró una cama en uno de los dormitorios.

La mayor parte de los días iba a buscar a Nicola. Sabía que le quedaba poco tiempo antes de que los efectos de la droga desaparecieran y tuviera que volver al mundo de la gente normal; quería que su encuentro tuviera como consecuencia alguna conclusión. No estaba seguro de la forma que tendría.

Un día le dijo.

—No parece una vida muy mala. Es mejor que la cárcel, en los viejos tiempos.

Nicola reaccionó con amargura.

—Has estado muy poco tiempo aquí. No sabes lo malo que puede ser. Primero, la monotonía. Todas las formas normales de actividad son imposibles. Las peculiaridades de nuestro estado hacen prácticamente imposibles las actividades físicas. Quienes lo prefieren, pueden leer, pero después de un tiempo te aburre. Aparte de eso no hay nada que hacer, salvo dormir en dormitorios repletos y comer una comida sosa. Después están las palizas. No te imaginas cuanto odiamos a los normales.

—¿Palizas? —dijo Cass.

—Tienes que haberlo visto. Todos las hemos recibido. Saben que no podemos defendernos, pero aún así, generalmente cazan en grupo.

—Pero esos son una pequeña minoría.

—Será una pequeña minoría, pero la mayoría no hace gran cosa por detenerla. En los viejos tiempos, cuando un hombre estaba en la picota eran unos pocos los que le tiraban piedras; los demás se limitaban a insultarlo. Bueno, así son las cosas para nosotros. Odiamos a los normales.

—¿Tan malo es? —dijo Cass.

—Peor aún. No tienes idea de lo que puede ser esta situación para una mujer. Cuando uno de esos animales mugrientos que ladran y fingen ser seres humanos bebe demasiado y se siente cariñoso, ¿qué crees que hace?

—¡No! —dijo Cass incrédulo.

—¡Sí! Y no estoy hablando de casos excepcionales.

Cass sintió una rabia impotente ante lo que le había dicho. Eran rabia contra la misma humanidad y pena, no sólo por ella, sino por todas las víctimas de la crueldad humana.

Ella le había dicho cuál era la fecha de la próxima inyección. Ese día todos los hibbys debían presentarse en su dormitorio, y recibían la siguiente dosis de Torpex. Cass había supuesto que, como no estaba en la lista de prisioneros, no tendría problemas.

Cuando llegó el día, las calles se vaciaron de hibbys, aun en las zonas donde su presencia era habitual. Cass eligió un lugar tranquilo en el parque, donde pensó que podría pasar desapercibido

durante las pocas horas que, para él, constituían el día de la inyección.

Tomaba el sol, estirado cuán largo era y fingiendo dormir cuando súbitamente notó que una figura de pie lo observaba. El hombre dijo algo en el agudo gorjeo de los normales, algo que Cass no pudo comprender. Un momento después llegaron otros hombres. Cass fue recogido y lo metieron en un vehículo; poco después lo metieron en uno de los dormitorios. Segundos más tarde sintió el frío de la jeringa contra su brazo. Después, lo arrojaron en una celda.

Estaba atrapado. Cuando se había planteado esta situación ni siquiera había pensado en la posibilidad de que le inyectaran la droga por la fuerza. Por primera vez comprendió cómo sería pasar toda la vida en este estado. Por primera vez en su vida, se sintió desesperado.

Estuvo en prisión hasta que llegó la fecha de la siguiente inyección. Entonces lo liberaron y pudo reunirse con los demás. Durante su detención, planeó la fuga. Podía ser rescatado. Tenía amigos que lo ayudarían. Sólo debía escribirles. Podían recogerlo en un lugar prefijado y cuidarlo hasta que los efectos de la droga desaparecieran; la pesadilla terminaría. Luego pensó en Nicola y fue a buscarla.

—Tengo un plan —le dijo—. Conseguiré que uno de mis amigos nos rescate. Lo único que tendrá que hacer es encontrarse con nosotros una noche, llevarnos a un lugar seguro y cuidar de nosotros hasta que pase el efecto. Luego te llevaré lejos, a algún lugar donde puedas empezar una nueva vida, y...

—¿Y tú volverás a tu nave?

—Ya es tarde para eso, pero puedo volver a enrolarme.

—Entonces vete —dijo Nicola con tono urgente—. Si puedes ser rescatado de este infierno, hazlo, pero no trates de llevarme contigo. No es posible.

—¿No es posible?

—No. Cada uno de nosotros, cuando es sentenciado, recibe una implantación quirúrgica. Está graduada según la duración de la senda y emite una señal que puede oírse a una milla de distancia.

Un hibby puede ser seguido hasta que cumple su pena.

—Podemos hacer que te la quiten. Estoy seguro de que podría

encontrar a alguien que lo hiciera.

—Está en el cerebro —dijo Nicola—. Lo implantan con una aguja hueca; cualquier operación para quitarla sería fatal. Así que ya ves continuó diciendo—; no podrás salvarme. Estaré aquí durante toda mi pena, hagas lo que hagas. No pongas esa cara tan triste... ya estoy resignada. Te traeré papel para que escribas tu carta.

Al día siguiente le trajo un poco de papel de carta y una pluma, tesoros inapreciables en su mundo. Él se sentó a escribir a Bill Sayers, el amigo que le había proporcionado el Torpex.

Mientras escribía, levantó los ojos y vio que Nicola estaba llorando. La abrazó y ella dijo sollozando:

—No quería volver a verte. No quería complicarte en esto. No es justo para ninguno de los dos.

Esta vez no estoy complicado, pensó él. Me das pena, pero no estoy complicado.

—Te ayudaré, si puedo —dijo en voz alta.

No recibió respuesta a su carta y no la esperaba, pero cuando volvió a llegar el día de la inyección formó fila con los demás. Tal o suponía, el hombre que daba las inyecciones era su amigo.

Había orado para que cuando Bill recibiera su carta se las arreglara de algún modo para darle personalmente su próxima inyección de Torpex... o más bien, no dársela. Los movimientos de los normales eran demasiado rápidos para distinguirlos, pero en un momento de descanso de Bill, Cass creyó leer en sus ojos que lo reconocía, aunque no hizo ninguna demostración. Recorría la fila con la pistola de inyecciones. En cualquier momento Cass confiaba en ser separado de la fila y llevado a casa de su amigo para recuperarse. Bill se acercó, llegó al prisionero que lo precedía y, finalmente, Cass volvió a sentir contra su brazo a la fría jeringa. Trató de apartarla pero estaba allí y se separó antes de que su brazo iniciara el movimiento.

Los días siguientes fueron el momento de la desesperación. Había, tratado de huir y había fracasado. No podía decir si Bill lo había reconocido o no pero, si era así, ¿por qué había rechazado su petición de ayuda? ¿Por qué había decidido dejar a Cass en la trampa que él mismo había fabricado? ¿Era demasiado peligroso para un normal ayudar a un hibby?

Amargado, fue a contarle su fracaso a Nicola. Después de escucharlo ella calló, como si estuviera indecisa. Después dijo:

—Quizá pueda ayudarte. No estoy segura... pero puede haber una forma.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —replicó él ansioso.

—No me apures. Quiero pensarlo.

Pocos días después le dijo.

—Voy a decirte un secreto. Nadie más lo sabe. Es la única cosa que tengo que es verdaderamente mía. Si te lo cuento, debes prometerme que nunca se lo dirás a nadie.

—Claro.

—Es muy privado. No voy allí con frecuencia, sólo cuando estoy muy deprimida.

—¿Un escondite?

Nicola asintió y él sintió renacer sus esperanzas.

Ella lo llevó a una casa en la zona antigua de la ciudad. Hacía mucho que estaba abandonada. Las ventanas estaban rotas, el techo se hundía, crecían hierbas en los desagües y en los muros y había musgo donde se había depositado el agua de las tuberías rotas. Cuando se acercaban, ella dijo:

—Cuando sea de noche te haré entrar.

Le contó que la casa había sido de uno de los presos que había muerto mientras cumplía su sentencia. Nicola había logrado que uno de sus amigos de fuera comprara la casa para ella. Mirándola, Cass pensó que no era una buena inversión. Sin embargo, cambió de idea cuando volvieron al anochecer. La entrada no estaba vigilada, de modo que, con gran cautela, lograron acercarse sin que nadie les viera.

Ella, le susurró:

—Los otros hibbys no deben saber que esto es mío. Si vienes alguna vez, hazlo por la noche y no permitas que nadie te vea.

Cuando cerró la puerta principal exhaló un suspiro y algo de la tensión la abandonó. Le condujo por un tramo de escaleras hacia el sótano. Allí, siguiendo sus instrucciones, la ayudó a desplazar un viejo armario, poniendo al descubierto una puerta metálica en la pared. Ella la abrió con una llave y entraron. Volvió a cerrar la puerta tras ellos. Más allá había una pequeña habitación, con dos paredes cubiertas de libros, algunos sillones y una cama en el

rincón.

Había otra puerta en la pared más lejana; llevaba a una cocina y a un baño.

—En una época formaba parte de un piso —explicó Nicola—. Aquí es donde vengo cuando quiero estar tranquila.

—¿Por qué no te ocultas aquí hasta que pase el efecto del Torpex y después te mezclas con la multitud y huyes? —dijo él.

—Porque sé que me encontrarían. Te lo dije... tienen una forma infalible de localizarnos. En todo caso, seguramente las autoridades saben de la existencia de este lugar, pero no hago nada prohibido siempre que me presente el día de la inyección. Es un lugar para esconderte de los normales, no de las autoridades.

En la habitación secreta le dijo que había llegado a aceptar su sentencia, pero que él podía escapar. Podía quedarse en la habitación y aguardar que la droga se debilitara. No había nada implantado en su cerebro y si no se presentaba el día de la inyección, nadie avisaría a los detectives para que le buscaran. Podía quedarse allí y a salvo. Había agua y alimentos en abundancia. No correría riesgo.

Feliz ante la perspectiva de la liberación la tomó en sus brazos y besó. Ella temblaba y estaba a punto de llorar; él sabía cuánto debía haberle costado proporcionarle los medios de volver a un mundo que seguía siendo inaccesible para ella. Después de un rato sus caricias tranquilizadoras se hicieron más urgentes y en el cuarto secreto hicieron el amor. Después, ella dijo:

—Esto no debe cambiar nada; tienes que huir.

Durante el siguiente día de inyecciones se quedó allí, escuchando cada paso que se acercaba, pero nadie vino. Cuando Nicola volvió parecía más distante, como si el renovado vínculo que los unía se hubiese roto. Él se sentía incómodo con ella, casi como se había sentido con un amigo que, aunque estaba aparentemente bien, sufría una enfermedad incurable.

Debió haber sido un mes después, en el tiempo real, pero unos pocos días para ellos, cuando él notó los primeros síntomas de su vuelta a la normalidad. Estaban acostados, juntos, y ella hablaba tristemente acerca de la posibilidad de volver a verlo cuando hubiese cumplido su sentencia, cuando ella siguiera siendo joven y él fuera ya un hombre mayor. Súbitamente, él notó que su voz

parecía más grave, casi una octava más baja, pensó. Supo que su tiempo juntos estaba terminando.

Pronto, los días parecieron más largos. Una semana después, ya no podía hablar con Nicola. Ella había vuelto a ser la criatura patética y vacilante que había encontrado al principio. Sabía que para ella él era un «normal», uno de los «animales que ladraban» que tanto odiaba.

Un día, cuando salió del sótano oyó el canto de los pájaros; supo que había vuelto a vivir en el tiempo normal. La dejó mientras dormía. Le parecía difícil creer que la criatura inerte que estaba en la cama fuera la mujer apasionada con quien había compartido esta habitación durante las últimas semanas.

* * *

Durante las semanas siguientes se zambulló en la vida social de la ciudad y sus diversiones. Fue al teatro, a conciertos, a partidos de fútbol, a clubs nocturnos, y hasta a conferencias y reuniones políticas. Fue a tiestas, se emborrachó, riñó con sus amigos y, a veces, hasta se pegó con ellos.

No disfrutó de nada. Maldijo a su mujer por interferir en su felicidad, por estropear todos sus placeres, por estar metida en su cabeza, justo cuando estaba considerando una nueva y apasionada amistad.

Implacable, inevitablemente se sentía atraído por la pequeña habitación del sótano. Fue a hurtadillas, por la noche; la habitación estaba vacía. Durante una semana, volvió todas las noches hasta que empezó a creer que ella estaba enferma o que, por alguna razón, la habían encerrado. La séptima noche la encontró allí, dormida. La despertó, muy lentamente, le indicó que guardara silencio, la cogió en brazos y la llevó por las escaleras hasta su coche que aguardaba fuera. Allí la colocó suavemente sobre el asiento, la cubrió con una manta y los dos se alejaron a toda velocidad en medio de la noche.

Cuando ella despertó se encontró en una pequeña habitación cuadrada, alfombrada, bien arreglada pero sin ventanas y con un pequeño baño adyacente. Encontró un trozo de papel en el que escribió:

«¡Me buscarán y me encontrarán! ¡Recuerda la implantación!».

Cuando él vino se sentó a su lado, leyó la nota y la dejó a un lado. Ella la empujó insistentemente frente a él, que escribió deba o de sus palabras: «Aquí no te encontrarán, pero no salgas del cuarto y cierra siempre la puerta con llave».

Ella trató de decírselo nuevamente pero supo que él no podía comprender sus palabras.

Cuando creyó llegado el momento de su próxima inyección de Torpex, imaginó la cola en el dormitorio sin su presencia y el desbarajuste que se armaría ante el descubrimiento de su ausencia. Durante varios días vivió temiendo el golpe en la puerta que podía significar su retorno forzado. No sentía demasiado temor por sí misma, porque era poco lo que podían hacer para herirla más, sino por él. Dar cobijo a un hibby era delito; el culpable era sentenciado al mismo tiempo de pena que quedaba pendiente a la persona a quien había ocultado y eso era un castigo grave. Pero no vino nadie y un día despertó y notó que el resto del mundo se movía con más lentitud. Después de unos cuantos días, descubrió que podía escuchar la música de la radio que había en la habitación. La idea de que podría volver a hablar con Cass la llenó de júbilo. Descubrió que podía andar normalmente y hasta correr algunos pasos. Comenzó a bailar por la habitación, como si fuera una niña.

Cuando él vino, ella corrió y apretó el rostro contra su hombro; él pudo sentir la humedad de sus lágrimas. Después dijo:

—Nunca lo conseguiremos. Tienen detectives especiales y estemos donde estemos me encontrarán. Él sonrió.

—Me gusta tu voz grave. Tendré que mantenerte un poquillo bajo los efectos retardadores del Torpex, así como una especie de semi hibby.

—Habla con seriedad —dijo ella, ansiosa—. No hay en la Tierra un solo lugar donde pueda ocultarme de ellos. Y a ti también te castigarán cuando me encuentren.

—Quizá tengas razón —dijo él—. No hay un solo lugar en la Tierra donde puedas ocultarte.

Luego, sintiéndose culpable ante el aspecto desvalido de la chica, continuó:

—Creo que ya estás suficientemente normal como para dejar este cuarto. Nadie se daría cuenta de que tu recuperación no es completa. Ven conmigo; te mostraré algo que te tranquilizará.

La hizo salir de la habitación por un largo corredor, al final del cual había unas puertas dobles. Cuando llegaron a ellas, las abrió garbosamente.

Entraron en un gran salón amueblado con mesillas y sillas donde algunos grupos jugaban a las cartas. Nadie notó su presencia. En una de las paredes había una hilera de ojos de buey a través de los cuales se veían brillar estrellas.

—¿Una nave espacial? —dijo ella.

—Sí. ¿Ves aquella estrellita amarilla junto a la azul más grande?

Ella asintió y él continuó.

—Es el Sol. Estoy trabajando para pagar nuestro pasaje a Nuevo Mundo II. Espero que soportes la vida como esposa de un colono.

Mientras lo decía, ella supo cuál sería su respuesta y pensó: «No sé a qué me estoy comprometiendo, pero nunca le abandonaré».

NOS AFERRAMOS ORGULLOSAMENTE

Chris Morgan

So proudly we cling

Nueve campanadas... diez campanadas. Mejor salir ahora. (Es la hora de nuestro paseo, Rusty, chico. La hora de nuestro paseo). Baja el gas, pero déjalo encendido para que este sitio no se hiele. Así. (Rusty. Ven aquí, chico). ¿Dónde puse el...? Ah... aquí. (Ya estamos, Rusty). Hebillas duras, dedos duros. (Quédate quieto, ahora. Quietos). Ya está. Tira, tira... ácala. Ahora la otra. Ahora estira los calcetines por encima. Levántate despacio (Ooh, es una noche húmeda, chico. Se te mete en las articulaciones. Ninguno de nosotros es tan joven como... ninguno es tan joven. No. Nada joven). Abrigo... grueso, negro, pesado, forrado; hay hebras de tabaco en los bolsillos. Debo recordar eso... llenarían un par de pipas, esas hebras. Bufanda. (Ajústala bien... asegúrate de que te cubre la boca, ella decía eso todas las veces. Tienes que mantener el aire frío fuera de tus bronquios. Siempre te preocupabas por eso, Marta). Gorra... tweed grisiento, mantiene el cráneo caliente. Guantes. ¿Guantes? Ah. Es la otra mano. Así. Llave de la puerta. Y dos sacos... mételos en los bolsillos del abrigo, junto con las hebras de tabaco. Nada más. Retira el cerrojo. Puerta... (Oh, qué frío hace esta noche. A pesar de la bufanda, Rusty. A pesar de la bufanda. ¿Está despejado allí? ¿Sí? De acuerdo). El cerrojo... y cierra rápidamente. Ahora, calle arriba.

Humedad. La siento en las mejillas. Tentáculos húmedos que tocan mi piel. Sólo humedad... niebla. (Vale, Rusty. No tan rápido). Noviembre neblinoso. Lo recuerdo... como hojas de cristal opaco, como montones de humo ocultándose en las esquinas... farolas con

halos. ¿Habrán llegado los que las encienden? ¿Quedará alguno? (¿Cuando fue la última vez que viste a un farolero, chico? ¿Hum?). Silencio. Nada hace ruido, ni siquiera mis botas. Pasos suaves, jadeos suaves de Rusty. Un manto de niebla... absorbe todos los sonidos. Aísla a la gente. La oculta. Todos hacen lo que quieren y nadie ve ni oye. Jack el Destripador, Mister Hyde, Bela Lugosi, Boris Karloff. (¿Recuerdas a Boris Karloff, Rusty?). Todos escondidos en la niebla... protegidos. Embota los sentidos de sus perseguidores. (Pero no el olfato. ¿Tú puedes oler en la niebla, verdad?). Igual hueles las calles mojadas, la basura pudriéndose en las alcantarillas, otros perros, otros viejos de abrigo negro.

Detente en el bordillo. Cruza. Adoquines, ahora... tendrían que ser adoquines... cúpulas resbaladizas, como un campo de duras setas, empujando a través de los escombros, empujando a través de mis suelas. Resbaladizos... disparejos. (Tranquilo, chico; no te apresures). No hay tránsito que pueda atropellarme, como solía haber. No hay peligro de eso. (¿Por qué te detienes, Rusty? ¿Oyes algo? ¿Sí? Yo también, ahora. Pasos). ¿Dos? Más de dos. Cada vez más fuertes. (Salgamos de su vista, chico). Ojos que no ven... No supondrán que pueden encontrar a alguien en la calle. Rápido, en silencio. (¿Has encontrado un lugar? ¿Estaremos a salvo?). Callejón. Ecos. Blando debajo de mis pies... ¿hojas? ¡Uf! Hiede. Portal... dos escalones... no hay puerta. Dentro. (Buen chico). Apóyate contra la pared tambaleante. Por favor, Dios, que no me encuentren. Los pasos suenan con más fuerza... cuatro personas... no se oyen voces. Pasos crujientes sobre los adoquines sucios. Botas con refuerzos metálicos. Su policía amigo, haciendo la ronda... una amistosa linterna azul... una amistosa porra de goma.

Un grito. Lejano, débil, amortiguado por la niebla, rápidamente interrumpido. Los pasos se detienen. Murmullo de voces. Pégate contra la pared. Rusty... tibio contra mi pierna. Mantén las patas cruzadas, chico. Mantenías cruzadas. Los murmullos cesan. No hay más gritos. ¡Marchaos, hijos de perra! No os quedéis ahí eternamente.

Crujidos, muy cerca. Una sola voz... palabras casi ininteligibles. Todos comienzan a moverse... caminan. Los pasos se alejan. Manchas húmedas debajo de mis brazos. Gracias, Dios. Gracias. Los sonidos se desvanecen. (Los engañamos, ¿eh, Rusty? De acuerdo.

Bueno, ahora nos marchamos). Con cuidado por esos dos escalones y la porquería del callejón. No se oyen más ecos. (A la derecha. Gira a la derecha, chico). Tuvimos suerte, allí. No hay muchas pandillas por la noche. ¿Bandas? Ahora todos son bandidos. No estás seguro con nadie. Nunca se sabe. Además... podrían preguntar qué estoy haciendo. Todos tienen sus propias leyes, ahora... ordenanzas nuevas en la radio. Nunca sabes quién los controla. Ni qué quieren. (¿El bordillo? Ahora a la izquierda). Todos iguales. Arbitrarios. Cazando.

Por aquí, a la izquierda. Pasando frente a todos los grandes almacenes. Iluminados, llenos de gente. Despidiendo calor. Abrigos gruesos y paquetes incómodos. Árboles de Navidad de plástico. Rojo, barba blanca. Renos pegados en los escaparates. (¿Recuerdas la Navidad, Rusty, chico? Hace años). Iluminados, resplandecientes, luminosos. Irradiando calor. Humo espeso. Ardiendo al rojo... Resplandecientes. (Ten cuidado con los trozos de vidrio, ¿eh? Ten cuidado).

Crujen, como si fueran apios. Demasiado ruido. Casi estamos allí. (Cruza aquí, chico. Eso. Aquí mismo). Recto. Sobre el asfalto, sigue. Palpa para encontrar el candado. Ábrelo. El portal es pesado, tengo que aceitar esos goznes... alguien va a oírme. No. Estoy demasiado nervioso. No hay nadie en dos millas a la redonda. El portal cerrado de nuevo. Bajar los escalones hasta el patio. Muy sucio, cubierto de escombros. Pero tengo que ensuciar un poco más. Cubrir mis huellas.

Montón de basura. Levantar el encerado. Entrar por la puerta. Detenerme y escuchar. (¿Oyes algo, Rusty? ¿Eh?). Todo despejado, aúllan las sirenas. Despejado y frío. No; todavía hay niebla. Humedad, que me empapa. Desliza las cajas hacia un lado. Inclínate, arrodíllate. Dolor en la espalda. Frota el linimento, Marta. Quítame el dolor. ¿Dónde estás, Marta? Tira de la anilla. La trampa se abre. Baja las piernas... busca los escalones. (Quédate ahí, chico. Sentado. Sentado y quieto, ahora). Abajo, abajo. Veinte brazas abajo. Moho. Más húmedo que arriba. «Según la Ordenanza Contra la Acumulación, es un crimen castigado con la pena de muerte obtener, acumular o traficar en cantidades excesivas de...». Dos de carne enlatada. No, cuatro. Puede pasar una semana antes de que vuelva. Al saco. «... cantidades excesivas que se definen como más

de tres latas pequeñas de comida por persona o equivalente, más de una botella de...». Alubias estofadas... seis, creo. Y cuatro de verduras, al azar. «El intento de acumular, o colaborar, o instigar o dejar de informar acerca de una acumulación sufrirá la misma pena... Seis de ensalada de frutas y una lata de café. Perfecto». Todas las latas están ásperas, manchadas de óxido. Envuélvelas para que no hagan ruido al golpear. Cierra el saco. Súbelo por la escalera, «... esta ordenanza incluye todos los tipos de alimentos, alcohol, tabaco; hidrocarburos combustibles, medicamentos y cualquier otro...». Cuida esto, chico. Ahora, vuelta a bajar, por una bombona de gas. Me mantendrá vivo unos días más.

Los peldaños crujen. Las juntas ceden. Otro saco. Métela dentro y átaló. Súbelo. Arriba, arriba. (Ya estoy aquí, Rusty). Ponlo todo de nuevo como estaba: trampa, cajas, encerado, basura, escombros. Escucha si se oye algo. En alguna parte, un disparo... una ráfaga de disparos. No tan cerca. Y un zumbido. Seguramente, no es un coche. Un tanque. Haría falta un tanque para andar por la calle, ahora. Todo suena muy lejano. A salvo. A salvo. El portal... tengo que recordar el aceite, cerrar el candado.

Retroceder por el pavimento lleno de escombros, hacia... ¿qué era? Boots. ¿Dónde estáis ahora, Boots, Woolworth, las dos zapaterías, Marks? Montones de escombros ennegrecidos. ¿Y dónde estás tú, Marta? Enterrada abajo. Te saqué de allí y te enterré. Excavé para alcanzarte con las manos desnudas, entre las llamas; estoy seguro de que miraste hacia abajo y me viste. Nunca podría haber otra guerra como la última, decían.

(Gira a la derecha en la esquina. Pero conoces el camino tan bien como yo. Mejor que yo, ¿eh?). Pero ¿sabes que te matarían si te vieran? Ordenanza para la Conservación de los Alimentos. Nada de animales domésticos. Y nada de viejos, tampoco. No viejos como yo, de todos modos. Lo oí en la radio. Son pesados, estos sacos. (Detente un momento, chico. Estás muy enérgico hoy). Deben ser más de las once, ahora. Once y media, quizá. No queda nada que suene en las torres de las iglesias. No hay torres de iglesias. ¿Cuán grande es la devastación? (No podemos creer en la radio, ¿verdad Rusty?). Propaganda. Todo bajo control. Ahora están desbaratando pequeñas bandas de insurgentes. Si no te rindes, después te tocará a ti. Pero nunca dicen quiénes son ellos. Los nombres elegantes no

significan nada. Ya no puedes creer lo que oyes en la radio. La tía tiene una lengua venenosa.

Ya casi hemos llegado. (Casi en casa, chico. Casi). ¿Por qué se derrumbó todo? Fue la cosa más estúpida. No era necesario. Pero *nosotros* debemos haberles golpeado a ellos con mucha fuerza. Y al resto del mundo. Ninguna noticia. Ningún rescate. Ninguna autoridad. Sólo las bandas y sus ordenanzas.

No era necesario. Nunca es necesario. Pero los motivos no son necesarios. Si tu enemigo te ofende, acaba con él. Si tu mujer te ofende, entiérrala bajo las llamas. Si tus ojos te ofenden, quémalos, embargo, seguimos viviendo. Mira cuán precariamente nos aferramos. Mira. O aferramos el arnés de nuestro guía. Baja los peldaños. No, no hay nadie. (Estamos en casa, Rusty. Hogar, dulce hogar).

¡VAMOS AL GÓLGOTA!

Garry Kilworth

Let's go to Golgotha

La Agencia de Viajes Espaciales estaba en la tercera habitación a lo largo de uno de los brazos de un edificio Banyan, Estaba muy arriba y Simón Falk necesitó mucho tiempo para llegar a las puertas de cristal rosa. Fuera, había un anuncio que decía: ¡LOS TODO TIEMPO TOURS LE OFRECEN LO MÁS NOTABLE! ESTA ES SU OPORTUNIDAD DE VER LA BATALLA DE MARATÓN, LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS, EL PRIMER VUELO ESPACIAL TRIPULADO. NINGÚN RIESGO PERSONAL EN ABSOLUTO. Simón miró con fijeza hacia el interior y luego entró, no muy decidido en apariencia. Un empleado se colocó silenciosamente a su lado en cuanto estuvo dentro de la habitación, con las manos unidas sobre el pecho, como signo de deferencia ante el cliente. Quizá, pensó Simón, está pidiendo la ayuda del cielo para concretar esta venta potencial.

—¿En qué puedo servirle, señor?

Simón unió sus propios dedos detrás de la espalda, para equilibrar la situación y sugerir gentilmente que todavía no estaba dispuesto a comprar.

—Sólo unos folletos, por favor. ¿Puedo llevarme algunos para... o sea... para estudiarlos con tiempo?

—Ciertamente, señor. —Los dedos se desenredaron y comenzaron a recoger hábilmente hojas de papel multicolor de los estantes, con la agilidad de un cosechador de fruta con mucha experiencia.

—Cuando usted y su...

—Familia —terminó Simón por él.

—¡Exactamente!

Las palabras eran netas y cuidadosas. Cada una tenía la longitud correcta y cada una estaba separada por una pausa adecuada para lograr el efecto deseado.

—Cuando hayan tomado una decisión —continuó—, quizá puedan llamarnos por teléfono y veremos qué se puede arreglar. No es necesario venir en persona para hacer la reserva.

Simón se retorció, nervioso.

—Voy para mi casa... Ya sé que podría haberlos pedido por correo, pero mi mujer está impaciente.

—Sí. —El vendedor sonrió sedosamente—. Hum, la Coronación de Isabel Primera ya se ha llenado, me temo, y en la Revolución de Marte sólo quedan unas pocas plazas.

—No creo que estemos muy interesados en esos hechos —dijo Simón.

—¿Es la primera vez, señor?

—Sí; en efecto, así es.

—En ese caso, ¿podría recomendarle el Saqueo de Cartago? Nos mezclamos con los seguidores de las tropas en una colina cercana. Con todo, debo añadir que no es para los remilgados.

Simón preguntó:

—¿No es un poco peligroso?

—Esto... no; no si siguen nuestras pequeñas instrucciones. —El empleado meneó un dedo jugueteón—. Todavía no hemos perdido ni un cliente.

Simón murmuró sus gracias y salió casi corriendo de la habitación. Odiaba esas correrías de pre-vacaciones, pero se las debía a su familia e iban a tenerlas. Tenía que ser una de esas excursiones en el tiempo; no podía pagar un viaje espacial. Era imposible hacer otra cosa. La Tierra era un sólido bloque de ladrillos y cemento, lleno de edificios Banyan y los viajes por mar enfermaban a sus hijos. Salió del edificio y llamó un flotador, evitando el escape de los purificadores de aire mientras atravesaba el techo de tejas en dirección a él.

Mandy le estaba aguardando en la puerta de su casa con la misma expresión de mantis religiosa que utilizaban los agentes de viajes.

—¿Tienes los folletos?

Él suspiró, resignado.

—Sí, los tengo.

Ella cogió el rollo.

—Estupendo, deja que los vea. Oh, no te deprimas; sabes que cuando nos vamos siempre lo disfrutas. ¡Un viaje por el tiempo! —Apretó los folletos contra su corazón—. Voy a disfrutar cada minuto del viaje.

—Bueno, deseo que no te desilusiones —dijo Simón secamente—. Nos va a costar bastante, y mi negocio no va tan bien como debiera.

Terminó su frase junto al bar y se preparó una copa.

—Oh, pamplinas —replicó ella—. Unas vacaciones te harán bien. Volverás lleno de nuevas ideas y muy descansado.

Miró algunos de los folletos que tenía en la mano.

—No quiero nada demasiado violento; podría inquietar a los niños.

Simón gruñó.

—Los niños se revolcarían en la violencia. A James nada le gusta más que ver sangre y Julie prefiere cualquier película de guerras espaciales a un ballet en vivo.

—No seas cínico, querido. Y de todos modos, ésa es otra buena razón para llevarlos —protestó Mandy—. Lo único que pueden hacer actualmente es jugar en las azoteas.

—¡Lo único que pueden hacer! —exclamó él, exagerando su tono de incredulidad— ¿Acaso yo tenía jardines gratuitos para jugar cuando era niño? ¿Acaso tú tuviste...?

—Oh, no empieces de nuevo con eso. ¿Cuándo entenderás que los niños no aprecian lo que han tenido siempre? Que vean cómo vivían los niños en otras épocas, en otros países.

Mandy hizo una pausa. Después continuó.

—Ya tendríamos que habérselo mostrado. Quizá tendríamos que llevarlos a Esparta. ¿Sabías que los niños espartanos entraban en las academias militares a los ocho años y se les decía que si no sabían robar su comida se morirían de hambre? El crimen era que te cogieran. Me pregunto qué pensarían nuestros hijos del chico que dejó que un zorro robara sus entrañas antes de que sus mayores descubrieran que lo había robado y escondido en su túnica.

Sus ojos azules buscaron signos de aprobación en la cara de él.

—Probablemente pensarían que era un imbécil, como pienso yo —replicó Simón.

Ella lo intentó de nuevo.

—Quizá tendríamos que llevarlos a Roma...

—O a Pompeya, el día antes de la erupción... y dejarlos allí.

—No seas odioso. ¿Qué te parece Tierra Santa...?

—... en la época de las Cruzadas —terminó James, el varón de doce años que había entrado comiendo a la cocina.

—Antes de la cena no, James —se quejó su madre—. Tu padre y yo decidiremos dónde vamos a ir. Ve y lávate las manos. ¿Dónde está Julie?

—Ya viene.

Esa noche, Simón y Mandy Falk se quedaron sentados en la mesa, leyendo folletos y discutiendo lugares hasta que la puerta principal cantó suavemente, comunicándoles que habían llegado sus más íntimos amigos. Simón apretó un botón y poco después Harry y Sarah Tolbutt entraron en la habitación.

—Hola, hola. ¿De nuevo discutiendo las vacaciones? —gorjeó: Harry, abriendo la cremallera de su traje de calle.

Simón sonrió y se rascó el puente de la nariz.

—Sí. No podemos decidir adónde ir. ¿O tendría que decir cuándo ir? Es un poco confuso.

—Si estáis hablando de tours en el tiempo, ¿por qué no venís con nosotros? Iremos a ver la Crucifixión —dijo Sarah, inclinando un poco la cabeza.

—¿La qué? —gritaron simultáneamente los Falk.

—La Crucifixión de Cristo —dijo Harry con aire indiferente. Después se puso serio—. ¿Sabes? Pensamos que los niños tenían que ver exactamente lo que sucedió, para que pudieran comprender bien la religión y su significado. Ya sabes cómo son los niños.

—Lo sabemos —dijo Simón, con tono hueco.

Sarah continuó.

—Si pudieran ver exactamente cómo murió Jesús para salvarnos... o a nuestras almas, o lo que fuera que salvó... podría tener un efecto profundo sobre ellos. Por lo menos, confiamos en que lo tenga.

Simón empezó a preparar las copas.

—¿No es un poco sacrílego? —dijo en voz baja—. Quiero decir

que, después de todo...

Harry volvió a hablar.

—Bueno, supongo que superficialmente puede parecer un poco sádico y sangriento, pero si vamos con la actitud correcta estará bien. Siempre que tengamos presente para qué hemos ido.

Mandy dijo:

—¿Sabes que eso es exactamente lo que estaba pensando cuando llegásteis? ¿Verdad, Simón?

—Sí. Yo leo los pensamientos.

Hizo un guiño a Harry. Mandy lo ignoró.

—Nos estamos alejando demasiado de las cosas importantes de la vida, como la religión —dijo.

—Hace diez años que ni siquiera hablas de ir a la iglesia —se burló Simón.

Mandy ignoró esa observación haciendo un gesto ambiguo con la mano.

—Eso no es importante —respondió—. Un grupo de viejos leyendo las escrituras no son la religión. Quiero ver la cosa auténtica... creo que deberíamos ir, Simón.

Y así lo decidieron Mandy y Sarah. Simón, su familia y sus amigos iban a ver la Crucifixión, a precios de viaje charter, por supuesto.

Todo tiempo Tours, Limitada, tenía las oficinas en la plaza de Southend High. Los Falk y los Tolbutt compartieron un flotador para ir a la conferencia preparatoria, para economizar precio. El día era muy luminoso para la época y en el flotador, protegidos de la fresca brisa del mar, estaban abrigados y nerviosos. Simón siempre se sentía bien los días en que el sol se las arreglaba para abrirse camino entre las capas de nubes y vio cómo se reflejaba en la plataforma flotante gigante de donde despegaban las naves estelares. Nunca había estado en el espacio. Simón Falk era —secretamente— una persona muy casera.

Llegaron a la pequeña sala de conferencias y se sentaron. Simón miró a su alrededor.

—Hay bastante gente —susurró a Harry—. ¿Crees que todos irán en nuestra excursión?

—Seguramente —dijo Harry—, No hay ninguna otra conferencia fijada para hoy.

—Por favor... présteme atención. —Un clérigo joven de aspecto serio estaba en el pequeño podio, frente a ellos.

Los murmullos murieron. El vicario era un hombre bajo, con gafas de cristal, antiguas. Era un hábito de los eclesiásticos. Los cristales reflejaban como discos de metal los rayos del sol que entraban por la pared este del salón.

—En primer lugar, bienvenidos a Todo Tiempo Tours. Soy uno de los Funcionarios de Preparación y estoy aquí para advertirles qué deben esperar y cómo deben conducirse. —Sonrió—. No tenemos reglas fijas, pero es importante que sepan cómo deben actuar ya que en esta excursión, como en otras, tendrán que mezclarse con los nativos. No deben ser conspicuos... esa es la regla más importante.

Se levantaron una o dos manos pero el clérigo las ignoró.

—Ya sé que muchos de ustedes desean hacer preguntas, pero debo pedirles que tengan paciencia. Al final de esta conferencia tendrán la oportunidad de que se les responda. Muchas de ellas quedarán resueltas durante la conferencia. Ya hemos hecho esto muchas veces.

Levantó los ojos y sonrió nuevamente. El sol, qué entraba por la ventana golpeó su mejilla izquierda, manchándola de oro sagrado y el público se instaló confortablemente en sus butacas.

—Se les entregarán ropas apropiadas a todos antes de embarcar, y todos pasarán por la oficina de tratamiento, para asegurarse de que su apariencia exterior no desentonará con la de los nativos. Es un proceso totalmente inofensivo y fácilmente reversible al regreso. No podemos llevar gigantescos rubios nórdicos que parezcan vikingos mal disfrazados a la fiesta del Ramadán. Unos días antes del viaje les invitaremos a visitar nuestro laboratorio de lenguajes, donde se les enseñará hebreo mediante el principio de conocimiento inyectable, durante una tarde. Como probablemente sabrán ya, el conocimiento sólo dura alrededor de un mes; después desaparece totalmente del cerebro. No podemos meterlo allí en un par de horas y esperar que dure; si no, todos seríamos brillantes.

Rió discretamente.

—¿Puedo ser un soldado romano? —gritó un chico pecoso que estaba sentado detrás de Simón.

El clérigo amonestó al gritón con un dedo severo y dijo con gravedad:

—Señor, les advertí que no debían hacer preguntas hasta el final. Entonces tendrán amplia oportunidad de hacerlo. Pese a eso, le responderé porque estaba llegando a la importancia de ser hebreos. La excursión tiene que mantenerse unida. Uno o dos soldados romanos, marchando detrás de un grupo de paisanos no tendrían buen aspecto y, además, las tropas de ocupación tienen tareas asignadas... podrían ser llamadas al cuartel en cualquier momento. Podría ser detenido porque sus botones no brillaban lo suficiente, o por cualquier otra razón... un soldado es demasiado vulnerable. Además de eso, los soldados actúan de forma muy particular y usan frases y gestos que forman parte de su profesión... seguramente nos descubrirían. Créanme, tenemos que ir como paisanos.

—Yo no quiero ser judío —murmuró James. Simón le dio un codazo para que se callara.

El orador continuó.

—Ahora: la última parte es la más importante y lo comprenderé si alguno de ustedes desea retirarse. Si lo hacen, sólo en este momento, por cierto, les será reintegrado el dinero del depósito. Si alguno de ustedes es encarcelado, por cualquier razón, es posible que no podamos sacarle de allí a tiempo... quiero decir, antes de que desaparezca en la bodega de una galera o en el fondo de un pozo.

Muchos pies se movieron ruidosamente y hubo murmullos en el público; él aguardó con la cabeza baja hasta que cesaron.

—No hay peligro —continuó—, siempre que hagan exactamente lo que se les diga. No puedo subrayar suficientemente la importancia de esto. Ustedes saben qué pasó y cómo pasó. Llegaremos el día en que Pilatos pregunta a los habitantes de Jerusalén a quién deben liberar, ya que los ciudadanos tienen derecho a conceder una amnistía con motivo de la fiesta de la Pascua judía. Cuando la multitud empiece a gritar «Barrabás», como sabemos que hará, ustedes también deberán gritar. No deben aparecer diferentes, en ningún sentido, del resto de los ciudadanos. Eso es vitalmente importante.

Tienen que aparentar estar de acuerdo con el resto de la multitud. Deben insultar a Cristo y amenazarlo con el puño mientras arrastra la cruz por las calles. Deben recordar que en

aquellos tiempos las comunidades eran pequeñas y si un grupo de gente guarda silencio, los demás se preguntarán porqué y los interrogarán. Y seguramente ustedes se descubrirán en un momento de nerviosismo... no porque sean tontos sino porque son inteligentes. En aquellos tiempos, la gente era simple. Seguían a sus líderes y cualquiera que no lo haga les parecerá sospechoso. Es mucho más difícil pensar y hablar con simplicidad en un momento difícil que lo contrario, de modo que hagan lo que digo y estarán perfectamente a salvo. Puede ser desagradable y hasta repugnante para su naturaleza, pero es una necesidad. Cuando claven el papel «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos», deben reírse. Quienes se queden inmóviles mientras el resto de la multitud canta y baila y grita sólo lograrán atraer la atención con su silencio. Se lo repito; es por su seguridad. Y ahora, ¿hay alguna otra pregunta?

El sermón había terminado. Sólo dos parejas sin hijos pidieron que se les devolviera su depósito.

—¿Cómo pudieron hacer eso? —preguntó Julie como por quinta vez justo antes de partir hacia Jerusalén—. ¿Cómo pudieron crucificarle? Su propio pueblo. El mismo pueblo que le aclamó y tiró hojas de palma a sus pies poco tiempo antes. Es como recibir a alguien con una gran fiesta y después ahorcarlo.

—No creo que eso sea muy poco frecuente —replicó Simón.

Los chicos, después de su resistencia inicial a disfrutar de los planes para las vacaciones, habían aceptado la idea y habían estado leyendo sus Biblias.

—No olvides lo que dijo aquel hombre; eran un pueblo muy simple.

Simón estaba contento con Julie. Viajaba con las metas correctas: estudiar al pueblo que había ejecutado a Cristo e intentar analizar sus motivos.

Julie siguió.

—No puedo creer que *tuvieran* que hacerlo. Ya sé que Cristo tenía que morir para salvarnos a todos del pecado, pero...

—Es la humanidad la que tuvo la culpa. Debes pensar en términos generales. No puedes culpar a naciones individuales, como los romanos o los judíos.

—Bueno. Pero sigo pensando que le trataron de una forma terrible.

Sí. Simón estaba contento con Julie. Pero no estaba muy seguro con James, todavía. James era más complicado que Julie, y debía ser sondeado durante un período de tiempo más prolongado del que disponía.

El tratamiento, como habían prometido, fue indoloro y el viaje en sí mismo una delicia. Te dejaba ligeramente mareado, pero si mantenías los ojos cerrados la sensación era la de deslizarse por un tobogán aparentemente interminable. En realidad no era nada.

Cuando Simón abrió los ojos se encontró sentado sobre la arena caliente, junto a un estrecho sendero de cabras. Los otros estaban en las mismas posiciones que tenían en la habitación temporal.

—Todos se pusieron de pie y echaron a andar por el sendero hacia la ciudad que parecía temblar a lo lejos, a causa del calor. El sol golpeaba con fuerza en sus nuca y Simón rodeó a James con el brazo, para evitar que tropezara. Ninguno de ellos estaba habituado a andar por un terreno desigual, cubierto de piedras. Simón sintió pena por los miembros más ancianos de la excursión.

El correo fue el primero en entrar en la ciudad. Era reconocible por sus cabellos enmarañados, sus harapos y su antiguo cayado, pero nadie debía hablarle, salvo en caso de emergencia. La caminata fue larga y las toscas túnicas no eran cómodas. Varios niños empezaron a quejarse del calor y de que tenían la piel irritada donde rozaba la tela, pero entre los adultos prevalecía un ambiente de excitación. Por lo menos, nuestro aspecto es muy auténtico, pensó Simón. Las túnicas y las sandalias eran genuinas, compradas en un viaje anterior, por un funcionario de Preparación de Excursiones. Algunos de los excursionistas habían elegido ir descalzos, a solicitud de la agencia. Sus pies habían sido endurecidos durante el proceso en la habitación de tratamiento. Pese a eso, pensó Simón, tendrán llagas cuando vuelvan. Presumiblemente, Todo Tiempo Tours confiaba en que los sufrimientos de Cristo abrumarían a los visitantes y harían que sus propios problemas les parecieran triviales. Un perro corrió entre sus piernas, ladrando, mientras avanzaban por un callejón estrecho y polvoriento. Era su primer encuentro con un local. Simón miró a Mandy. Sus nuevos ojos marrones brillaban y estaba muy bella, con su aspecto de gitana.

—¿Contento de haber venido? —preguntó ella en hebreo.

—Todavía no lo sé —respondió él con seriedad.

Finalmente, pasaron entre algunas casas de barro y entraron en la plaza del centro de la ciudad.

—Justo a tiempo —dijo el correo—. Dispérsense todos.

La multitud era densa pero Harry consiguió un lugar en la periferia de la muchedumbre. Un hombre alto y delgado, de expresión inteligente, se dirigía al pueblo desde la escalinata de un edificio de piedra gris. Parecía bastante fatigado y un poco enfermo. Hablaba en latín.

—¿Qué dice? —preguntó Simón a Harry, que había estudiado a los clásicos en su juventud.

—Nos pide que decidamos a quién liberará —respondió Harry—. Ya lo sabes, leíste el libro.

—Oh —dijo Simón.

La multitud se removió, pero guardó silencio. Una mosca se posó en la punta de la sudorosa nariz de Simón y la espantó con impaciencia. Dios mío, qué calor, pensó. El romano repitió su última frase. Súbitamente, como si sólo entonces hubiese entendido la pregunta, James gritó:

—¡Barrabás! —con voz aguda. Había estado distraído y la pregunta, como tantas preguntas en latín en la escuela, le había tomado desprevenido. El sonido resonó en la plaza calcinada y James pareció un poco asustado ante su impulso. Luego la multitud comenzó a murmurar y pronto todos gritaron:

—¡Barrabás! ¡Barrabás!

Simón se sintió aliviado cuando empezó el griterío. El grito de su hijo le había sobresaltado y temía que hubiera llamado la atención. Sin embargo, nadie los miraba.

—¿Por qué hiciste eso? —susurró en medio del barullo.

James estaba nervioso y tenso.

—Lo siento. Creí que teníamos que hacerlo. Él preguntaba y aquel hombre dijo... no lo sé.

—No importa —intervino Harry—. Hubiese sucedido de todas maneras. Simplemente, diste el primer impulso. Pero no lo hagas de nuevo; nos meterías en líos.

James parecía muy desgraciado y Simón no insistió. No tenía sentido provocar una escena, y lo que estaba hecho, hecho estaba. Se quedaron cerca de una hora en la plaza, sin que nadie supiera

muy bien qué estaba pasando y después Julie se sintió mal. Simón y Mandy la llevaron detrás de una de las chozas de paja, dejando a James con Harry, Sarán y sus hijos.

—Debe ser el calor —dijo Mandy después de un rato—. Yo tampoco estoy bien. ¿No podríamos sentarnos en algún sitio, a la sombra?

Miró el callejón, buscando un lugar para descansar, pero no había nada a la vista. Después tuvo una idea, se acercó a una de las casas y miró hacia adentro por la puerta abierta. Una familia hebrea estaba sentada en taburetes en el centro de la habitación, con las manos unidas frente a sí. El más anciano del grupo levantó los ojos con gesto de interrogación. Se estaba fresco, en el umbral, pero era obvio que Mandy estaba entrometiéndose en algo muy privado.

—Lo siento —dijo Mandy, volviendo a la calle. El calor de la tierra volvió a subir por las suelas de sus sandalias y fue hasta la casa contigua. También estaba ocupada, como la otra, y la siguiente. Volvió donde estaban Simón y Julie.

—Aquí pasa algo raro —susurró a Simón cuando estuvo junto a él—. Hay gente dentro de las casas.

—¿Y qué? —dijo Simón irritado.

—Bueno; uno pensaría que en un día como hoy habrían salido. ¿Por qué no están mirando cómo Cristo lleva su cruz por la calle? Todos los demás están allí.

—Quizá sean... Bueno, no lo sé. ¿Qué importa?

Se quedó pensando.

—Oye, hay algo raro en eso. Vamos a ver otras casas.

Fueron de casa en casa, por docenas de calles, espiando por los portales, atisbando por las cortinas, hasta que supieron que habían cubierto una buena parte de la ciudad. La suficiente para saber que algo estaba horriblemente mal. La comprensión de lo que estaba mal comenzó a producirse rápidamente y por mucho que la mente de Simón quisiera rechazarlo, o inventara excusas para disimularlo, el horrible pensamiento seguía allí. Julie seguía a sus agitados padres, sin entender qué sucedía y sintiéndose mal.

—Tengo sed —se quejó finalmente.

—Pues no puedes beber —dijo secamente Mandy—. El agua no es buena. Contiene toda clase de gérmenes.

—Toda esta gente está bien —gimoteó Julie sin que le prestaran

atención.

Simón sintió una ráfaga de aire caliente en la cara. Tenía los ojos inflamados, la boca seca y el polvo se pegaba en el sudor de sus pies, formando una especie de barro entre sus dedos. Pero las incomodidades físicas no eran nada comparadas con su tensión mental. Estaba muy atemorizado.

—¿No te parece raro que la multitud fuera tan grande? —preguntó, secándose el sudor de la frente con una manga.

La voz de Mandy era tensa.

—Bueno, fue aumentada por las excursiones del futuro. No olvides que hay muchas agencias.

Ahora, Simón temblaba visiblemente.

—Hay docenas de agencias —gritó— Y todos los habitantes de esta ciudad están en sus casas, rezando. Rápido, tenemos que encontrar a Harry y los demás.

Simón agarró a Julie y la puso sobre sus hombros. Corrieron por las calles con el sudor goteando desde sus cejas y los ojos doloridos por la sal y el polvo. A la distancia oían a la multitud cantando y gritando; oían las carcajadas y los burlones insultos. Era un sonido feo y aterrador, como el grito de los monos cuando un león pasa debajo del árbol en que están. Era la risa forzada de las hienas que rodean el cubil del león a una distancia prudente mientras el señor yace, despreocupado, tomando el sol. Luego, súbitamente, se hizo el silencio.

Simón anduvo más lentamente, jadeando. Vio el signo que hacía el extremo de la cruz en la calle, tambaleándose y desapareciendo en la distancia. Se estremeció.

—Dios mío —dijo sollozando a su mujer—. Lo hemos matado.

Una sandalia se deslizó de su pie mientras corría, pero no le hizo caso. Ni sintió ninguna de las piedras afiladas que lastimaban las plantas de sus pies.

Los dos siguieron tropezando, siguiendo la significativa marca que había quedado en el polvo hasta que alcanzaron a la multitud. Todos los rostros estaban vueltos en la misma dirección y tenían expresiones de simpatía y horror. Simón no se atrevió a mirar hacia las cruces. Sabía que perdería el sentido si lo hacía, y había visto sus sombras por el rabillo del ojo. Era suficiente. Encontraron a Harry, Sarah y los niños en un extremo de la multitud, tan

silenciosos y vigilantes como los demás. Las mejillas de Sarah mostraban manchas blancas y Harry tenía la boca entreabierta.

—Harry —tartamudeó Simón, con tanta rapidez como le permitieron sus emociones—. Harry, tenemos que bajarlo de allí.

El aturdido cerebro de Harry tardó en registrar el hecho de que Simón estaba nuevamente con ellos. No apartaba la vista del hombre que estaba en la cruz central.

Humedeciéndose los labios, replicó, desvalido:

—No podemos hacerlo, Simón. Tiene que suceder, ¿sabes? Tiene que ser así pero, por Dios, ojalá no hubiésemos venido. Me miró, ¿sabes? No olvidaré esos ojos mientras viva. Eran tan... —calló, buscando la palabra—... tan profundos.

Simón estaba frenético.

—Harry, Harry. ¡Mira a la multitud! Aquí no hay judíos. ¡No hay nativos! Sólo estamos nosotros, los excursionistas. ¿Comprendes la enormidad de lo que hemos hecho? ¡Toda la culpa de la humanidad descansa en nuestros hombros!

Ahora sollozaba.

—Hemos crucificado al Hijo de Dios, y lo haremos en la próxima excursión, y en la siguiente, y en la siguiente...

—Por todos los siglos de los siglos, amén —terminó Harry, humildemente.

DANUBIO AZUL

Vic Norris

Blue Danube

Yacía de espaldas, mirando hacia arriba, en la oscuridad. El dolor que comenzaba en su pecho subió por su garganta y se esparció por sus mejillas, arrancando lágrimas a sus ojos. Pensó en llorar. No había razones para no llorar; quizás, hasta se sintiera mejor si lo hacía. Temblando, respiró hondo. Dios mío, pensó, no volvería a dormirse esta noche. ¿Cuánto tiempo le llevaría liberarse de ella?

Era ahora cuando más la echaba de menos, en las horas huecas de la noche, cuando el tiempo se detiene. Suspiró audiblemente y trató de alejar sus recuerdos, dando vueltas en la cama para eludirlos. Lo perseguían como sabuesos, sacudiéndole de un lado a otro con su fuerte mordedura. Recordó un paseo con ella, junto al río, una tibia noche de verano, el agua fría y oscura que corría a su lado, su largo abrazo en la playa de duros guijarros y después el dolor en sus rodillas. Recordó una plaza desierta con juegos para niños y él empujándola locamente en un columpio, más arriba, más arriba, más arriba. Recordó la persecución en el bosque otoñal. Recordó estar abrazándola a la luz incierta de la mañana siguiente. En las horas que preceden al amanecer, cuando sorprendía a sus pensamientos con la guardia baja, el sueño llegaba deslizándose.

En cuanto la luz del día se filtró en la habitación, despertó, sintiéndose muy mal, con la cabeza pesada y los ojos pegajosos. Yacía inquieto, con los ojos perdidos en el espacio. Eventualmente, reunió la energía necesaria para moverse. Lanzando un gruñido, se tiró de la cama y se arrastró hasta el baño contiguo. Se apoyó en el lavabo y se inspeccionó en el espejo. Sus músculos faciales estaban

flojos y tenía la sensación de que la cara le colgaba, suspendida de la cabeza; los ojos, normalmente hundidos, desaparecían dentro de su cráneo. Siempre había considerado que sus pómulos prominentes y sus mejillas hundidas eran bastante atractivos, pero ahora aparecía macilento y su fina nariz ganchuda era más de gallina que de águila. Sacó la lengua, como si hubiera bebido de más la noche antes, e hizo una mueca al espejo, que rehusó romperse.

Después de lavarse y afeitarse, Anthony Martinet decidió desayunar en su propio apartamento. No quería soportar en la cantina la alegría matutina de sus colegas. Aunque en el Ministerio todos tenían su pequeña cocina la mayoría prefería comer en los restaurantes sorprendentemente buenos, y era poco corriente que alguien cocinara.

Tony Martinet era un funcionario científico, asignado al Ministerio de Asuntos Extraterrestres de las Naciones Unidas. El Ministerio se había creado cuatro años atrás, cuando los extraterrestres habían establecido el primer contacto, pero Tony sólo había estado siete meses en él. Tuvo suerte de que le nombrasen para ese puesto ya que, comparado con el resto de los funcionarios, era muy joven; sólo tenía veinticuatro años. Su buena suerte había consistido en ser nombrado auxiliar de investigaciones del profesor Bracht, en Carteen. Cuando Bracht fue nombrado jefe del departamento de Investigaciones Físicas del Ministerio había llevado a Martinet consigo, ostensiblemente para que se encargara de la Espectroscopia, pero en realidad para continuar juntos sus anteriores investigaciones.

La nave extraterrestre había aterrizado la primera vez en el norte de Inglaterra, en un campo de tiro del ejército, cerca de un pueblo llamado Brough. Allí había hecho un enorme socavón abrasado en el triste páramo. Momentos más tarde, había anunciado su presencia por todas las emisoras radiales del mundo, aclarando que era «socio de la Federación Galáctica». Luego los extraterrestres habían transmitido su intención de partir inmediatamente y regresar al mismo sitio, al cabo de cuatro años exactamente. Los cuatro años se habían cumplido una semana antes. Hacía una semana que los extraterrestres estaban en la Tierra.

Como desayuno bebió una taza de café negro; no quería comer nada. Luego, asegurándose cuidadosamente de que tenía el pase en

el bolsillo, se puso la chaqueta. Eran sólo las siete y media y no tenía mucho sentido ir a trabajar tan temprano, pero no deseaba quedarse en casa a meditar. Tampoco tenía mucho que hacer en el departamento. El estudio en el que había estado ayudando a Bracht estaba terminado y esperando la publicación. Quizá continuara ayudando a Uruguchi a escuchar las emisiones de la nave extraterrestre.

Fue hasta la ventana y observó el pardo páramo. Hacia el norte, el terreno se elevaba, cubierto de brezos secos y aulagas marchitas, que de cuando en cuando dejaban al descubierto estériles montículos de piedra gris. Triste, vacío, azotado por el viento; un paisaje poco amistoso. ¡Dios, qué solo estaba! Era como vagabundear, perdido en una niebla fría, sin ver, sin oír, sin guía ninguna. Si hubiese alguien con él. Imaginó a Jenny despertando, sus revueltos cabellos color miel cubriéndole la cara, su suave sonrisa, sus ojos desconcertados y adormilados. La vio apoyada en un codo, sacudiendo la cabeza y parpadeando para alejar los sueños y mirar afectuosamente a su pareja. Pero ya no era él.

Gruñó para disipar sus sensibleras fantasías. Sería mejor aceptar la situación. No tenía sentido chapotear en la autocompasión; esas cosas pasaban, ya le habían pasado antes... le pasaban a todo el mundo. Algún día, terminaría. Ya encontraría a alguien. Y, probablemente, ella estaba mejor sin él. Se había marchado cinco días antes, a trabajar a Jamaica. Su partida no había tenido nada que ver con él, absolutamente nada. Él era irrelevante. Quizás esa palabra resumía su relación. Irrelevante. Objetivamente, ella no era especialmente atractiva. Había tenido chicas mucho más bellas. Y hasta había estado más enamorado otras veces. Pero con Jenny había sido diferente. No había sido su inteligencia ni su humor lo que le había cautivado... había sido su suavidad y su ternura. Ella había penetrado totalmente su cáscara emocional.

Antes, nunca había sido tan franco acerca de lo mucho que le gustaba alguien. Siempre había tratado de ocultar sus emociones a sus novias... pero también era cierto que antes nunca había sentido atracción y confianza instantáneas. Era irónico que se hubiese equivocado; irónico que, en realidad, sus sentimientos no hubieran sido correspondidos... quizá porque había sido demasiado franco y honesto. A la vista de los hechos, toda la relación había sido

humillante desde su punto de vista; siempre había sido él quien mendigaba mendrugos emocionales.

Apoyó la cabeza en las manos y se sentó encorvado en el sillón, deprimido y amargado. Súbitamente sintió que surgía en él un odio violento, un salvaje desprecio hacia sus complacientes introspecciones y toda la jodida situación. Se puso en pie de un salto, con el rostro contraído.

—¡Mierda! —exclamó y salió rápidamente del apartamento, golpeando la puerta tras de sí con controlado furor.

Anduvo velozmente por la calle que bordeaba los dormitorios. El fuerte viento de octubre hizo rechinar sus dientes. El Ministerio estaba justo enfrente. Era una colosal estructura de cemento gris. Un gigantesco anillo de cuatrocientos metros de diámetro, con diez pisos sobre la superficie y tres más subterráneos. Dentro del anillo anidaba la nave extraterrestre, como la mermelada dentro de un donut. Los dos primeros pisos no tenían ventanas a la fachada exterior del edificio. El edificio tenía cuatro puertas —aunque, por lo que él sabía, sólo se utilizaba una— y todas estaban metidas dentro de la pared y tenían una profunda zanja enfrente. Se entraba a través de un puente levadizo hidráulico. El lugar estaba diseñado como un castillo actualizado, pensó.

Pasó entre los dos guardias que había ante la puerta. Ambos llevaban uniformes de color rojo oscuro. También llevaban pistolas debajo del brazo. Después de entrar giró a la izquierda y se acercó a un escritorio circular donde varios guardias estaban sentados rígidamente. Presentó su pase. Parecía un billete de banco, exótico y multicolor, con los números «1» y «2» tejidos en él. En el escritorio había una máquina pintada de rojo, del tamaño de una cocinilla, que en la parte delantera tenía una hendidura. Metió la mano, en la hendidura, con la palma hacia abajo. A veces imaginaba que dentro podía haber una trampa para ratones. La máquina zumbó y crujió mientras examinaba su palma y la comparaba con las huellas palmares que guardaba en su memoria. Finalmente emitió un crujido más fuerte y él retiró la mano.

Hacía calor en el vestíbulo de entrada y súbitamente se dio cuenta de que tenía mucho frío. Se estremeció violentamente. Después anduvo a buen paso hacia los ascensores. Antes de poder entrar en el Nivel Dos, donde estaba su departamento, tuvo que

insertar la mano en otro «buzón», pero después de hacerlo quedó libre para desplazarse por donde quisiera en el segundo nivel.

Hartmann inspiró lenta y deliberadamente. Colocó sus dedos gruesos y carnosos en el borde del escritorio y volvió a sentarse. Era un hombre bajo y robusto de cabeza redondeada y cabellos muy cortos; hubiese quedado muy bien en una obra de construcción. Con su complexión rubicunda, su piel áspera y su mandíbula fuerte, tenía algo de ladrillo. Era el jefe del Departamento Psiquiátrico del Ministerio. Mordió la parte interna de su mejilla y reflexionó fríamente acerca del hombre que había al otro lado del escritorio.

—¿Por qué «nuestro hombre»? —repitió Granja—. ¿Por qué «hombre»? Sería absurdo apostar todo a un solo hombre. ¿Por qué no varios hombres? No entiendo por qué no... suponiendo, claro está, que usted me lo ha dicho todo... ¿Existe alguna razón para que no usemos varios, para que nos reduzcamos a uno solo?

Hartmann contempló a Granja, un pasante de notario ideal, con sus cuidadas ropas... grandes nalgas sostenidas por un esqueleto pequeño. Sus mejillas suaves y gordinflonas parecían infantiles, salvo por su palidez. Su polvorienta piel blanca contrastaba con ojos brillantes y cabellos negros cuidadosamente peinados con raya al lado.

—No tenemos tiempo, doctor Granja. Ayer supe que, aunque disponemos de seis meses para organizar todo el proyecto, este aspecto particular debe concluir satisfactoriamente dentro de un mes, no más.

—¿Qué? —dijo Granja incrédulo—. Está bromeando.

—No; no estoy «bromeando». Un mes. —La cara de Hartmann se arrugó tristemente, como si considerara algo incómodo y desagradable—. Estoy seguro de que comprenderá que en seis semanas, con una misión tan extraordinariamente difícil, que incluye tantos factores desconocidos, debemos concentrar todas nuestras fuerzas. Desgraciadamente, esto deja fuera la posibilidad de sujetos alternativos en nuestro programa de entrenamiento. Además, el Comité me ha indicado que use un solo sujeto para este intento. También he recibido instrucciones de asegurarme de que el primer intento tenga éxito. Por supuesto, traté de descubrir qué sucedería si no teníamos éxito en la primera intentona. Lo pregunté... pero nadie pudo decírmelo. Aparentemente, el Comité

se resiste a interrogar a Ello acerca de esto. Dicen que no quieren sugerir la idea de que consideran posible un fracaso. Por supuesto, puede haber otros factores... no estoy en posición de saberlo. En lo que nos concierne, todo debe ir bien en la primera ocasión.

—Ya veo —concedió Granja, de mala gana.

—Tenemos que elegir a nuestro aprendiz lo antes posible. Yo creo que tendríamos que confinarnos a la población del Ministerio. ¿Y usted?

—Si no lo hace tendrá enormes problemas de seguridad.

—No es sólo eso. Es la falta de tiempo. Tenemos a nuestra disposición mucha información acerca de la gente que trabaja aquí, y son accesibles. No podemos permitirnos el lujo de perder tiempo contratando a alguien de fuera, entrevistando, investigando... no, no, no. Ahora mismo me pondré en contacto con Personal y haré que me manden los expedientes de todos los empleados solteros de menos de treinta años. Eso nos dará material de trabajo por el momento.

—¿Quiere voluntarios? —preguntó Granja.

—Haré que las condiciones sean muy atractivas y les daré una idea de la importancia de la misión, pero, obviamente, no me atrevo a ser demasiado explícito. Tendrán que ser llevados muy dulcemente por la nariz... Sí, naturalmente, quiero voluntarios. Tienen que sentirse comprometidos.

Ayudar a Uruguchi tendría que haber sido simple para Tony: lo único que quería el físico japonés era que revisara algunos de sus cálculos, pero no podía hacer nada bien. Su mente se alejaba y tenía que tirar de ella para acercarla a sus cifras, como si fuera un perro vagabundo. A veces miraba fijamente ecuaciones que entendía perfectamente, pero que habían perdido todo sentido misteriosamente. Tenía que repetírselas lenta y furiosamente para obligarles a tener significado.

Había estado trabajando durante una hora cuando Uruguchi se acercó silenciosamente a él.

—¿Todo va bien, Tony? —preguntó.

—No muy mal. Es que no puedo concentrarme —bostezó Tony—. Estoy un poco cansado, eso es todo. ¿Cómo va la escucha?

—Me estoy ahogando en datos —replicó Uruguchi, forzando una rápida y tensa sonrisa.

Tony devolvió torpemente la sonrisa. Miró fijamente las cifras que había frente a él y trató de meterse en ellas. Su cráneo parecía estar lleno de algodón. Meneó la cabeza para sacudírselo.

El teléfono que había en su escritorio chilló y levantó el auricular.

—Por favor, ¿podría hablar con el doctor Martinet? —inquirió una suave voz femenina.

—Al habla.

—Oficina de Personal. ¿Podría venir a ver al profesor Hartmann esta mañana a las diez?

—Sí, sí, por supuesto.

—Si baja al nivel C lo arreglaremos todo con Seguridad. Le recibirá en la habitación C.S.3.

—De acuerdo. Estaré allí.

Colgó el auricular frunciendo el ceño intrigado. ¿De qué se trataría? ¿Qué quería de él Personal? Quizás era algo administrativo. Miró el reloj. Ya eran las nueve y media. Iría a arreglarse un poco. Hartmann era de Psiquiatría, ¿por qué era Personal el que le citaba? No tenía sentido.

—Tengo que ir a Personal, doctor Uruguchi.

Uruguchi esbozó una sonrisa y asintió.

En el baño, Tony observó su imagen en el espejo. Parecía horriblemente pálido y sentía la piel grasa. ¿Para qué querría verle Hartmann? Se sonrió... este año no le tocaría el premio Nobel. Entonces hizo una mueca de terror en broma... ¿no irían a despedirlo? El pensamiento se afianzó y perdió su gracia. Desde que había terminado de trabajar con Bracht en su estudio resultaba virtualmente superfluo en el departamento; tenía que reconocerlo. Pero, aun así, ¿por qué iba a querer Bracht librarse de él? Observó cómo su imagen se volvía turbia. Recordó que Bracht había estado muy distante últimamente... se había resistido a discutir un problema con él, obviamente había tratado de mantenerlo alejado. En aquel momento no le había dado importancia, pero ahora había una nueva explicación. Si Bracht estaba tratando de despedirlo... Pero no le parecía razonable. Era culpa de Bracht si no lo utilizaban... después de todo, la otra semana le había pedido que lo pusiera a hacer algo realmente útil. ¡Quizás era por eso! Había llamado la atención sobre sí mismo. ¡Qué ironía!

Qué momento para que sucediera, además. Rechazado y abandonado por Jenny y ahora le iban a echar de su trabajo. Y la física era más que un trabajo, era un interés apasionante. Se iba a quedar en la calle, desprovisto de todas las cosas importantes. Eso sí que era pegarle a un hombre caído. Todo su maldito mundo se derrumbaba. Dos meses antes todo parecía fantástico, se sentía extáticamente feliz y ahora...

—Oh, Dios —gruñó. Si existía una deidad tenía un sentido del humor muy retorcido.

El primer piso por debajo de la tierra era el «A», de modo que el «C» era el tercero y más profundo. Cuando llegó a él estaba bastante resignado. Si le despedían, no importaba... ya encontraría otra cosa. Quizá fuera mejor así. Se alegraría de poder escapar de este agujero miserable. Hasta podría intentar algo completamente diferente, empezar de nuevo.

El guardia del nivel «C» inspeccionó su pase y luego le condujo por unos corredores interminables hasta que, al fin, llegaron a una puerta de roble claro que tenía «C.S.3» pintado en letras pequeñas en el centro. Tony no se sentía nervioso sino completamente tranquilo y relajado. Miró su reloj. Había llegado con diez minutos de anticipación. El guardia golpeó cautelosamente la puerta.

—¡Entre! —respondió una voz clara y resonante.

Hartmann tomó la primera carpeta del montón. Su cara tenía una expresión malhumorada. El montón era menos alto de lo que había esperado. Abrió la carpeta y la hojeó. No estaba tan llena como era de esperar, aun concediendo que el hombre sólo había estado allí durante siete meses. Miró su currículum académico. Sí, eso estaba muy completo, pero era fácil. Lo que le interesaba eran las lecciones «Historia» y «Carácter» y eran lamentablemente escasas. Revisó la primera página:

NOMBRE: ANTHONY

APELLIDO: MARTINET

SEXO: VARÓN

FECHA DE NACIMIENTO: 7.2.56

NOMBRE DEL PADRE: CLIVE HENRY MARTINET

NOMBRE DE LA MADRE: ELIZABETH JANE COHEN

NACIONALIDAD: NORTEAMERICANA

LUGAR DE NACIMIENTO: PHOENIX, U.S.A.

ESTADO CIVIL: SOLTERO

PROFESIÓN: FÍSICO

PESO: 162 LIBRAS

SALUD: EXCELENTE

Volvió la página y miró la siguiente... CURRICULUM ACADÉMICO... ya había mirado eso con Granja; siguió mirando:

ENTRETENIMIENTOS:

AJEDREZ, PALETA. ESCUCHAR MÚSICA CLÁSICA

CARÁCTER:

Impulsivo y bastante paciente. Sensible, con tendencia a la paranoia. Inmaduro, socialmente torpe, su inseguridad y necesidad de estímulos hacen que desee agradar. A menudo se aísla y muestra una ligera tendencia a ser maniaco depresivo.

Por lo menos parece manejable, pensó Hartmann. Ya había estado en contacto con el jefe de su departamento, un tal profesor Bracht, la noche antes. Bracht había elogiado muchísimo al joven, había dicho que lo recomendaba sin reservas y estaba seguro de que sería ideal. Hartmann se había preguntado si la apología surgía del deseo de deshacerse de Martinet... especialmente porque Bracht no sabía para qué estaba recomendando a Martinet y no hizo ningún esfuerzo por averiguarlo. Su conversación había sido larga y durante su curso Hartmann había tenido la sensación de que su sujeto podía ser un poco esquizoide. Lo sabría ahora, dentro de un momento.

Sintió que llamaban a la puerta.

—Entre —gritó.

Tony entró en la habitación. En un rincón había un hombre sentado ante un pequeño escritorio de haya. Cuando Tony se acercó se puso de pie, sonrió ampliamente y le tendió la mano.

—Me llamo Hartmann. ¿Usted debe ser el doctor Martinet?

—Sí —respondió Tony asintiendo. Tomó la manaza de Hartmann y recibió un apretón de manos firme y prolongado.

—Creo que he llegado un poco temprano.

—Está muy bien. Siéntese, por favor.

Señaló una silla dura de respaldo recto que estaba junto al escritorio. Tony observó expectante los húmedos ojos azules de

Hartmann.

—¿Debe estar preguntándose para qué quiero verlo?

—Sí—. Tony se dio cuenta de que se había puesto muy tenso; había un vacío en su estómago. Hartmann estaba a punto de decírselo.

—Le explicaré las razones dentro de un momento, si puede esperar. Ahora: ¿usted es físico y trabaja con el profesor Bracht?

—Sí.

—¿Qué le parece su trabajo?

Tony vaciló. ¿Tendría que decir que estaba contento y muy ocupado? No; eso sería estúpido. Sería mejor ser honesto... quizá Hartmann se había puesto en contacto con Bracht.

—Es muy agradable. Actualmente no estoy demasiado ocupado. Trabajo con el doctor Uruguchi, ayudándolo con unos cálculos de emisiones, revisando los análisis y las conclusiones... es un trabajo estupendo.

¡Por Dios! ¡Podía retorcer su maldito pescuezo! ¡Diciendo tonterías acerca de estar «no demasiado ocupado»!

—Muy bien, muy bien —murmuró Hartmann—; aunque «cálculos de emisiones» no significa mucho para mí. Dígame, ¿alguna vez se siente un poco inquieto, aquí, quiero decir con respecto a su trabajo? ¿A veces no siente la necesidad de un cambio?

—No; en realidad no. Estoy muy satisfecho; mi trabajo significa mucho para mí. Pero ¿a qué cambio se refiere?

—Oh, estaba pensando en cambios en general. Personalmente considero que una cierta cantidad de cambio es absolutamente vital. Me aburro, me canso muy pronto. ¿Sabe? Con frecuencia pienso en marcharme, deseo haber elegido algo diferente. ¿Nunca desea haberse dedicado a otro campo, tener la oportunidad de probar algo nuevo? Quizá sea demasiado joven...

—Supongo que a veces, sueño despierto —dijo Tony de mala gana.

Hubo una pausa durante la cual Hartmann observó a Tony. Tony lo miró y después desvió los ojos, nervioso. ¿Por qué tenía que soportar este preámbulo? Miró desafiante la cara curtida de Hartmann, con sus mejillas lisas y su mandíbula fuerte.

Entonces Hartmann apoyó los codos en el escritorio, se inclinó

hacia adelante y dijo bruscamente.

—La razón de que lo haya llamado, doctor Martinet, es porque se ha creado un nuevo puesto en mi departamento. Es para una tarea muy nueva y estoy buscando a alguien para ocuparlo.

Las cejas de Tony se levantaron. Esto no era lo que esperaba. ¿Sería una forma cortés de despedirle?

—Tiene que ver con una operación que se completará en seis meses... e incluye un entrenamiento preliminar. Como usted sin duda sabe, hemos tenido contacto directo con los extraterrestres sólo los dos últimos días. Un miembro del Comité Central de la ONU ha hablado con ellos en tres oportunidades distintas, durante unos diez minutos cada vez. Estos han sido los únicos encuentros «cara a cara» —si se les puede llamar así— que hemos tenido hasta ahora. Generalmente nos limitamos a hablar por radio.

Hartmann se apoyó en el respaldo de su butaca. Tony no pudo contener una sonrisa. Después de todo, no le iban a echar. Un manantial de deleite comenzó a hervir en su interior.

Hartmann volvió a inclinarse hacia él. Apretaba los dedos contra la tapa del escritorio, como para dar más énfasis a sus palabras.

—El Comité desea delegar la comunicación directa con los Extraterrestres en un especialista, una persona que aún no ha sido nombrada. Podríamos llamarlo embajador. Tendrá que hacer de enlace entre los Extraterrestres y el Comité. Será responsable sólo ante el Comité y sólo de él recibirá instrucciones. Parte de sus funciones será llevar mensajes del Comité a los Extraterrestres y discutir esos mensajes con ellos. Asimismo, será responsable de proporcionar información acerca de los Extraterrestres y ayudar a interpretarla. A causa de su posición única, en cuanto al contacto con los Extraterrestres, este aspecto interpretativo podría volverse especialmente importante.

"Sería engañoso sugerir que actuará como una especie de negociador; creo que representante es una palabra más adecuada. Confiamos en que aprenderá a presentar de la mejor manera las solicitudes del Comité. Proporcionará la información necesaria para las decisiones que haya que tomar y el Comité, cuando formule su política, lo hará apoyándose en sus experiencias con los Extraterrestres.

Las cejas de Hartmann se alzaron interrogantes, aguardando la

respuesta de Tony.

—Parece un trabajo increíblemente importante.

—Lo es. Muy, muy importante. Obviamente, en este momento nadie tiene una cualificación que sea verdaderamente relevante para el puesto. No tenemos un grupo de «alienólogos» disponibles entre los cuales elegir. Por lo tanto, tendremos que adiestrar a alguien. Naturalmente, preferiríamos escoger a un hombre que ya trabaje en el Ministerio... y eso nos da un número considerable de personas para elegir. Lo que estoy haciendo ahora es revisar la plantilla e ir descartando a quienes no son adecuados o no están interesados.

—Yo estoy muy interesado —dijo Tony controlando su ansiedad. No quería parecer demasiado interesado y repeler a Hartmann a causa de su exceso de entusiasmo.

Hartmann movió su gran cabeza, asintiendo ponderadamente, pero no sonrió cuando siguió hablando.

—El hombre elegido se enfrentará con una tarea única y soportará una responsabilidad única. No podemos permitirnos el lujo de elegir a alguien que sea mínimamente sospechoso, alguien a cuyo respecto tengamos cualquier reserva. Es vital que nombremos a la persona ideal. —Miró ferozmente a Tony—. Creo que he aclarado que su papel no será el de un simple intermediario, sino el de un consejero. Pero hay que considerar otro aspecto. Los Extraterrestres lo someterán a un cuidadoso estudio. Lo observarán tan intensamente como él a ellos. Se lo puedo asegurar. Será una muestra de la raza humana y estarán vigilando para ver cómo se comporta con ellos. La impresión que se formen de nosotros vendrá determinada en gran medida por sus reacciones ante nuestro embajador. Lo que está en cuestión es nuestra capacidad de unirnos a la Federación Galáctica. La decisión puede depender de la forma en que los Extraterrestres reaccionen ante nuestro embajador.

Hizo una pausa y se miraron. Tony no estaba seguro de cómo debía reaccionar; no dijo nada. Le parecía claro que tenía pocas posibilidades.

—Como puede imaginar, el nombramiento incluye algunos inconvenientes. El puesto supone una tremenda responsabilidad. El trabajo puede ser abrumador y causar grandes tensiones. Ciertamente, será febril. Sería tonto que fingiera que será atractivo

y excitante. No lo será.

"El contrato es por seis meses. Durante esos seis meses, el embajador será virtualmente un prisionero aquí, en el Ministerio — ahora tendré que ser franco con usted—, y no podrá tener contacto con ninguna persona que esté fuera. Las medidas de seguridad que tendrá que tolerar serán mucho más duras que las que ha experimentado hasta hoy.

La anterior felicidad de Tony se había desvanecido. Estaba rígidamente sentado en su silla, mirando a Hartmann con los ojos entrecerrados.

—Durante ese plazo de seis meses, el embajador quedará sujeto, de hecho, a disciplina militar. Exigiré de él lealtad y obediencia absolutas a mis instrucciones durante todo el período. Algunas personas podrían considerar que eso es difícil de aceptar.

Luego, Hartmann se relajó visiblemente. Se echó hacia atrás en su butaca y sonrió.

—Pero el puesto también presenta ciertas ventajas. Cualquiera puede suponer que un nombramiento como éste incluye un sueldo excepcionalmente elevado, y para la ONU, hasta cierto punto, el dinero es irrelevante. Claro está que no se puede atraer aspirantes sin un incentivo económico. El Ministerio pagará 20.000 dólares al mes. Como no hay forma de gastar ese dinero, se ahorrarían 120.000 dólares.

—Eso compensa muchas cosas.

—Sus condiciones de vida serían mucho mejores que las actuales. Tenemos la mayoría de las instalaciones que pudiera desear... y no están tan llenas de gente como las que ha usado hasta ahora. Además de una biblioteca y una amplia colección de discos, tenemos una pequeña filmoteca y muchos elementos para hacer ejercicio... ya sabe, gimnasio, paleta, tenis de mesa y todas esas cosas.

Tony trató de controlar la excitación que burbujeaba dentro de él. Parecía fantástico... pero ¿qué posibilidades tendría? ¿Tendría alguna esperanza?

—Aunque estaría aislado del mundo exterior, habría mucha gente trabajando con usted, de modo que no le faltará compañía. Y el ritmo de trabajo excluirá el aburrimiento. El trabajo en sí mismo será absolutamente fascinante y yo haré todo lo posible para que el

adiestramiento sea lo más interesante posible.

Hartmann miró el reloj.

—¿Le gustaría tomar un café ahora? En general tomo uno a esta hora y también podré presentarle a mi colega, el doctor Granja.

—Sí; tomaré un café, por favor.

—Entonces, si me disculpa un minuto. —Se puso de pie y salió de la habitación.

Tony respiró hondo, para aliviar la tensión. Todavía no estaba seguro de cómo se sentía. Su súbito alivio al saber que no sería despedido había sido rápidamente desplazado por la excitación. Empezó a soñar despierto con ser embajador. Se imaginó discutiendo con el Comité, sentado allí, aconsejando y comunicando sus evaluaciones. Luego, el contacto con los extraterrestres. Se preguntó qué aspecto tendrían... ¿sacos informes de protoplasma, quizá? ¿Criaturas duras, crustáceos? Humanoides, quizás. Y si eran peligrosos... ¿radioactivos o salvajes? ¿Y si el contacto con ellos causaba la locura?

¿Y por qué necesitaría el Comité un embajador especial? Todavía no estaba seguro. ¿Y qué mensajes tendría que transmitir? ¿Acaso la Tierra tenía algo que ofrecer a la Federación? ¿Había algún tipo de trueque? Era un trabajo increíble. Sintió euforia; su piel se erizó.

Y además, ahorrar 120.000 dólares... podría hacer lo que quisiera e ir adónde le antojase. Podría tomarse unos años de vacaciones y viajar: ir al Lejano Oriente, ver Angkor Wat, ir a Nepal y Cachemira, quizás a la India, al Taj Mahal. ¿Y por qué no visitar Machu Pichu y las ruinas Incas?

Podía aprender a volar sin motor. Nunca lo había hecho, aunque había oído tantas descripciones. Una paz completa, sólo el silbido del aire en la carlinga, remota y distante del mundo, planeando en la soledad, una huida al aislamiento. ¿La Sierra Nevada era el mejor lugar, no? Lo averiguaría. También podía dedicarse a bucear, en aguas de brillante color turquesa. Podría dedicar su tiempo a estudiar las cosas que le interesaban. No tendría excusas para no haberlo.

Detuvo sus fantasías de un golpe. Por supuesto que no iban a ofrecerle ese puesto. Pero era bonito soñar despierto. Ni siquiera sabía qué estaban buscando. Era estúpido hacerse ilusiones.

La puerta se abrió y entró Hartmann con una bandeja. Detrás de él venía un hombre más bajo y gordo. Tony se puso de pie.

—Permítame presentarle al doctor Granja —dijo Hartmann—. El doctor Granja, Tony Martinet.

Granja tenía manos pequeñas y regordetas y aflojó rápidamente el apretón, como si el contacto le resultara embarazoso. Tony advirtió una cara sorprendentemente blanca y cabellos negros y brillantes.

—Sentémonos aquí —sugirió Hartmann, poniendo la bandeja en una mesa redonda de cristal—. El doctor Granja es paisano suyo. Es de Los Ángeles.

—¿Ah sí?

—Soy peruano de nacimiento, pero me crié en los Estados Unidos.

—¿Vuelve con frecuencia al Perú?

—No. No he vuelto nunca.

—Oh. —Quizá sería mejor no decir nada.

Guardaron silencio. Luego, Tony trató de preguntar en tono intrascendente:

—¿Usted también es psiquiatra, como el profesor Hartmann?

—No. Soy neurofisiólogo. Me interesa el funcionamiento del cerebro y la relación entre cerebro y conducta. La mayor parte de las investigaciones en este campo es comparativa, extrapolando de los animales al hombre, pero he hecho amplias investigaciones en el cerebro humano.

—¿De que clase?

—En los últimos años he estado ocupado con las técnicas neuroquirúrgicas como tales, pero estoy especialmente interesado en los estímulos intracelulares en la amígdala y las regiones vecinas, ya que...

—¡Espere! —interrumpió Hartmann—. ¿Le pone azúcar, Tony?

—Sí. Dos terrones, por favor.

Hartmann le entregó una frágil taza con su plato, adornados con una franja dorada.

—Me pareció que era justo darle oportunidad de atacarnos, Tony. Debe tener muchas preguntas que hacernos.

Este era el momento de las entrevistas que Tony odiaba. Siempre le cogía desprevenido. Buscó desesperadamente en su memoria.

—¿Qué supone exactamente este trabajo? Creo que no lo tengo del todo claro. ¿Podría darme más detalles?

—Un aspecto, como le expliqué, consiste en establecer una relación con los Extraterrestres y representar al Comité frente a ellos. —Hartmann hablaba cuidadosa y deliberadamente—. Eso puede suponer, por ejemplo, la clarificación de algún punto con los Extraterrestres, cosa que el embajador haría personalmente. Por supuesto, cuando tratas con la gente aprendes a valorar sus reacciones, y modificas tu planteo de acuerdo con ellas...

Calló y buscó en el bolsillo de su chaqueta, del que sacó una pipa pequeña.

—Si quiere fumar, Tony, hágalo, por favor. De modo que cuando tratas con extraterrestres —continuó entre las nubes de humo gris que giraban alrededor de su cabeza— es muy difícil, porque no sabes cómo están reaccionando. Puedes no tener ni idea del efecto que causas en ellos. No sabes qué signos debes buscar ni cómo interpretarlos... por lo menos, al principio. Supongo que comprenderá que el hombre que trabaje con los Extraterrestres deberá aprender a reconocer sus señales y a reaccionar diplomáticamente ante ellas.

—Usted mencionó una posible «clarificación de un punto». ¿Está eso relacionado con nuestra admisión en la Federación?

—Así es. Como en este momento la Tierra está siendo considerada como posible socio, es presumible que estén estudiando nuestra historia, el arte, la ciencia, la técnica, la religión.

—Y nuestras características biológicas —interrumpió Granja.

—Y habrá diálogo con los Extraterrestres acerca de todo eso. También estamos tratando de averiguar cuáles son las ventajas de la asociación y las condiciones que tendremos que llenar.

—¿Qué tipo de condiciones serán?

—Temo que no puedo ser muy concreto acerca de eso. No en este momento. Se habla de «compatibilidad psíquica» y ahí es donde entra el embajador. Ya he mencionado las razones de que el Comité esté buscando un hombre que lo represente y las ventajas que tendrá esto. Pero esa no es la razón fundamental. La verdadera razón de que nombremos un embajador es que los Extraterrestres lo han pedido. Quieren tratar con un solo intermediario. Usted podría preguntar por qué. Yo creo que quieren estudiar nuestro

comportamiento, como nosotros el suyo. De modo que el elegido será al mismo tiempo, observador y observado.

Hartmann estaba sentado junto a Tony en un sofá, vuelto hacia él. Ahora se recostó y dejó de mirarlo.

—Antes de seguir adelante, tengo que saber si está genuinamente interesado o no... si vale la pena someterlo a todas las pruebas. Ya tenemos muchos candidatos a quienes entrevistar y le agradecería que fuese sincero con nosotros y nos lo dijera si piensa que esto no es para usted.

—Me gustaría ser candidato... parece fascinante. Quiero intentarlo.

Hartmann inclinó la cabeza.

—Lo anotaré para la próxima etapa —dijo llanamente—. Y ahora, ¿cuál es la situación en su departamento? No sería justo transferirlo aquí si tiene un trabajo importante en otro sitio. Naturalmente consultaremos a su jefe, pero...

—No creo que me echen de menos. Virtualmente, me limito a ayudar. Estoy muy lejos de ser irremplazable.

—Ya veo. —Luego inquirió en voz baja—. ¿Y sus relaciones personales? Seis meses es mucho tiempo, ¿sabe?

—Oh, no —dijo Tony con ligero énfasis, meneando la cabeza—. No tengo ninguna relación que interrumpir. Ningún vínculo. Eso no causaría problemas.

—¿Se da cuenta de que el proyecto debe comenzar inmediatamente? Queremos a alguien que esté disponible para comenzar el entrenamiento en cuanto sea elegido.

—Estoy libre. —Después, en el silencio que siguió, dijo—: ¿Le importa si pregunto otra cosa?, ¿en qué consiste el entrenamiento?

—Es una preparación para el encuentro con los Extraterrestres. Un estudio preliminar de ellos; una familiarización básica; una discusión de enfoques posibles... la superación de los bloqueos que pueda tener respecto a la interacción...

—Sí. He estado buscando su canapé, pero no lo veo.

—Me temo que ha sido reemplazado por las sondas del doctor Granja.

Tony miró a Granja. Su rostro carecía de expresión.

—¿Le gustaría venir esta tarde a las dos y someterse a algunas pruebas?

—Claro.

Después Tony recordó una pregunta que había querido hacer antes.

—¿Puede decirme algo acerca de los Extraterrestres? ¿Qué aspecto tienen, por ejemplo?

Hartmann extendió las manos y dijo:

—Lo siento, pero no puedo. De hecho, nunca los he visto, pero por lo que me han dicho no hay razones para alarmarse.

—No estoy alarmado. Siento curiosidad.

—Muy comprensible —le tranquilizó Hartmann—. Espero poder decirle algo más en el futuro.

Tony estaba en la cama, con el cerebro inflamado. Revisó los acontecimientos del día. ¿Cómo habrían ido las pruebas de la tarde? Verbales, espaciales, numéricas... no habían sido muy diferentes de las incontables pruebas a que lo habían sometido otras veces. Los «test» de personalidad habían sido totalmente inútiles... ¿Qué preferiría ser... empleada de hogar, monje o astronauta?; ¿qué animal doméstico preferiría... un canario, un tigre o un ciempiés?

Recordó que había elegido «empleada de hogar» y «ciempiés». Se preguntó cuándo le comunicarían los resultados. ¿Cuándo sería «cuándo»? ¿Tendría alguna posibilidad de ser elegido? Parecía imposible.

Y suponiendo que lo eligieran, ¿qué tendría que hacer? ¿Cómo serían los extraterrestres? ¿Líquidos viscosos? ¿Coliflores móviles? ¿Cristalinos? ¿Humanoides?

¿Cómo se comunicarían con él? ¿Con sonidos o por señas? Quizá por el tacto. Se imaginó aprendiendo un elaborado lenguaje semafórico. ¿Cómo sería su lenguaje? ¡Quizá tendría que aprenderlo! Nuevos conceptos, nuevas formas de pensamiento... ¿Y si eran telepáticos? ¿Eso podría afectar su cerebro? Locamente, patinó sobre la suave piel del sueño, haciendo piruetas en su superficie dura y pulida, incapaz de penetrarla y hallar el olvido. Sólo cuando la noche se acababa pudo hundirse en el sueño del agotamiento.

Le despertó el teléfono. Le llevó varios segundos reconocer el sonido. Entonces saltó de la cama y fue tropezando por el cuarto para contestar.

—Siento molestarle, Tony. Soy Hartmann.

—Ah. —Se restregó la cara con la mano, tratando de quitarse el atontamiento.

—Me gustaría que viniera a verme esta mañana.

—Sí. —Todavía le costaba trabajo hablar.

—¿Le conviene a las diez o prefiere otra hora?

—No, no. A las diez está muy bien.

Tony abrió las cortinas y entró la luz del día. Parpadeó, meneó la cabeza y después miró el reloj. Las nueve y cuarto. No se había dormido hasta las cinco. Pero no se sentía cansado. En realidad, estaba lleno de energía, lleno de vida, todo su cuerpo vibraba. La excitación brotaba por sus poros. ¡Era muy prometedor! ¡Le iban a dar el trabajo!

Se hizo unas tostadas y se sentó junto a la ventana. No tenía hambre, pero se obligó a comer. Miró el triste páramo, salvaje y hermoso... pero, de alguna manera, no era relevante. No estaba sintonizado con él. No engranaba, como si faltara un diente o el embrague resbalara.

Cuando salió del apartamento se sentía gloriosamente eufórico. Más que andar, saltaba. Y sin siquiera fijarse si había gente por allí, cedió a un impulso y patinó.

—Nunca había sabido de la existencia de un nivel «E» —observó Tony cuando salieron del ascensor. Hartmann sonrió.

—Lo hemos instalado en el sector sur, de modo que tendrá mucho espacio. Están haciendo muchas otras cosas en la misma sección. Ahora estamos pasando por Psiquiatría y Neurología. Granja realiza sus investigaciones aquí. —Hartmann señaló las puertas, a ambos lados—. Es una verdadera conejera. Estará a punto de entenderla cuando llegue el momento de marcharse.

Tony miró el reloj. Eran las once y media. Media hora antes, había firmado un contrato. La rapidez con que había sucedido todo había aumentado su sensación de irrealidad. Todo eso no tenía nada que ver con él; no era más que un espectador pasivo.

—¿Dónde están las pistas de paleta y el gimnasio?

—Más lejos, después de su alojamiento. Pero el café está de este lado. Se bebe buen café. Y lo que es más importante, el bar está enfrente. A la vuelta de la esquina.

Andaban sobre un suelo de parquet. Las paredes eran de estuco blanco y la luz surgía de paneles fluorescentes. Cuando llegaron a la

esquina cambió la decoración. El suelo estaba cubierto por una alfombra donde los rojos y los dorados entretejidos formaban un elaborado dibujo. El empapelado también era adornado y había paneles de madera en el pasillo. La luz era más suave y salía de bombillas con pantallas rojas colocadas en las paredes. Una puerta de caoba oscura llevaba la inscripción «BAR» en letras doradas.

—¿A qué hora abre?

—Está abierto. Se observan estrictamente los horarios legales británicos. No hay nada ilegal aquí. —Sonrió.

Finalmente llegaron a un pasillo que nacía en el corredor principal. Hartmann sacó una llave del bolsillo y se la dio a Tony. Se detuvieron junto a una puerta.

—Es aquí. Le dejaré para que se instale. Si tiene cualquier problema, llámeme, por favor. Si no, bajaré a buscarlo mañana a las once.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Hartmann se Volvió y se alejó a zancadas. Tony abrió la puerta y entró. Estaba en un pequeño vestíbulo con paneles de madera y una alfombra dorada. Fue directamente hacia la habitación principal. Estaba alumbrada por suaves esferas blancas que reflejaban luz con sus facetas perspex. Una pared tenía paneles de abedul plateado y las otras tres estaban tapizadas de tela pintada de blanco.

Se acercó a un hogar abierto. Dentro, había un fuego eléctrico. Qué absurdo, pensó. Enfrente había un sofá tapizado de terciopelo azul oscuro con adornos dorados.

Tenía seis meses para conocer ese lugar. No se apresuraría. Necesitaba una copa. Se volvió y fue al bar.

Durante la tarde llegaron sus posesiones en cajas de madera, y pasó varias horas desembalando sus libros y su ropa. A las cinco se marchó a jugar a la paleta con Bill Simpkins, un técnico de laboratorio que había conocido en el bar. No había nadie más en la pista y jugaron durante una hora. Él jugaba bien, pero Bill jugaba mejor y sus gruesas piernas velludas no parecían cansarse nunca. Durante la cuarta partida, Tony estaba exhausto.

—Esta es la ultima, Bill —dijo jadeando—. Si no, tendrán que hospitalizarme.

—De acuerdo, Tony. Yo también estoy bastante cansado y tal como estás moviendo esa paleta en cualquier momento me vas a

dar en la cabeza.

Se ducharon en el gimnasio y luego Tony volvió dando una vuelta hasta su habitación. Mientras buscaba la llave se abrió la puerta contigua y salió una chica. Llevaba una falda negra y una blusa roja de cuello alto con volantes en la delantera. Fue hacia Tony y sonrió. Tenía ojos grandes, oscuros y almendrados, y cabellos tan negros que despedían reflejos azulados.

—¿Debes ser mi nuevo vecino?

—Así es. Me mudé hoy.

—Me pareció que había mucha actividad en el pasillo esta tarde.

—Siento haberte molestado. Eran mis cosas que llegaban.

—Oh, no; no me molestó. Lo que pasa es que en general esto es tan silencioso como un cementerio.

—Creí que estaba solo aquí abajo —observó Tony—. No sabía que vivía más gente aquí.

La chica era muy atractiva. ¿Entraría si la invitaba?

—Creo que en esta sección somos los únicos. No hay mucho interés por vivir aquí abajo... cualquiera que pueda elegir lo hace en la superficie.

—No veo por qué... parece que hay todo lo que uno puede necesitar.

Ella sonrió.

—Llegas a sentirte un poco aislado en este sentido. Yo iba hacia el bar... aunque desgraciadamente puede estar un poco vacío a esta hora.

—Si tienes ganas de beber algo, ¿por qué no vienes a mi apartamento?

—Encantada. —Parecía muy contenta.

Él le abrió la puerta y ella entró rozándolo.

—¡Oh! —exclamó—. Tu piso es completamente distinto al mío. Los muebles son diferentes, la habitación tiene otra forma...

—¿Qué quieres comer... quiero decir, qué quieres tomar? —preguntó él, nervioso—. ¿Algo fuerte? ¿Café? ¿Té? ¿Zumo de fruta...?

—Café, por favor.

—De acuerdo. Iré a ver si hay.

Fue hasta la cocina. Una cafetera estaba desafiante sobre una superficie de Fórmica naranja pálido. Descubrió un saquito de café

de Colombia y luego miró enfadado a la cafetera.

—¿Quieres que te ayude? Es del mismo modelo que la mía.

Tony asintió tristemente y poco después la cafetera burbujeaba en la hornilla.

—Las tazas tendrían que estar aquí. —Ella abrió un armario y se puso en cuclillas. Sus piernas se separaron y su falda se levantó. Tony observó sus muslos esbeltos y oscuros.

Unos minutos más tarde, sentados en el sofá, él preguntó:

—¿Por qué diablos habrán instalado una chimenea?

—¿No has notado que hace más frío?

—No. —Tony rió, meneando la cabeza.

—Pues así es. Por la noche hace bastante frío; necesitarás mantas en la cama. Tratan de introducir un ritmo diario en el edificio. Y algunas veces hace más frío que otras. Sólo significa que alguien juega con el termostato... para que no nos aburramos, supongo. También manipulan la humedad. Mientras no se metan con el nivel de oxígeno...

Los dos rieron. Tony la estudió atentamente. Era realmente atractiva. La blusa roja se adhería a su cuerpo esbelto y los encajes caían como una cascada entre sus pechos. Respiró hondo.

—Lo siento, voy a presentarme. Soy Tony. —Le tendió la mano, con burlona formalidad. Ella la estrechó.

—Soy Yphong.

—Qué bonito nombre. ¿De qué nacionalidad eres, Yphong?

—Mi padre era inglés, mi madre malasia y yo soy norteamericana.

—¿Yphong no es chino? Quiero decir que suena a chino.

—Quizá. Mi madre venía de Singapur. Era de origen chino.

Tony quería decirle que su madre debió ser muy bonita, pero sabía que se sentiría incómodo si lo hacía.

—¿Y por dónde has estado en Estados Unidos?

—En todas partes, aunque he pasado los últimos años con el doctor Granja en el M.I.T.

—¿Qué haces con él? —preguntó Tony.

—Investigaciones neurofisiológicas. Estamos trabajando en la implantación de microelectrodos en el cerebro y en los efectos sobre varios estados motivacionales del consiguiente estímulo intracelular. No es una novedad, pero uno de los problemas de estas

investigaciones es que resulta difícil saber exactamente dónde estás estimulando... y por lo tanto, qué estás estimulando. Si lo que te preocupa es la «localización de la función», en lo que se refiere a los impulsos más importantes... digo esto con referencia al hipotálamo y las áreas que lo rodean, como la amígdala y los sistemas de los miembros... Calló y lo miró frunciendo el ceño; después sonrió y levantó un poco las cejas.

—No, no, sigue —dijo él con todo el entusiasmo de que fue capaz.

—Bueno, de todos modos, lo que Granja y yo hemos logrado es una mayor precisión en las técnicas de implantación, lo que significa que podemos estimular diferentes animales con más certeza de hacerlo en las mismas regiones. Por lo tanto, las respuestas de la conducta que observamos pueden vincularse con más seguridad al estímulo del área en cuestión. Este campo está lleno de descubrimientos contradictorios, pero nuestro método parece estar produciendo resultados muy coherentes.

Tony estaba encantado de verla tan entusiasmada. Había estado hablando velozmente y sus labios estaban entreabiertos.

—Desgraciadamente no es un campo que conozca —dijo—. Una vez consideré la posibilidad de ingresar en él... o por lo menos intentarlo... fue antes de empezar a estudiar física. ¿Trabajáis sobre todo con animales?

—Sí. Generalmente gatos, pero evidentemente tenemos que trabajar también con cerebros humanos. La oportunidad surge cuando tenemos casos de daños cerebrales. La mayor parte del trabajo de Granja ha sido sobre cerebros humanos.

—¿Entonces no puedes permitirte el lujo de ser antiviviseccionista? —dijo él en broma.

—Si estás dispuesto a matar animales para comértelos me parece hipócrita que critiques que se les sacrifique para obtener conocimientos que pueden salvar vidas.

Tony se encogió de hombros. No iba a discutir. Eso provocaría su enemistad.

—No es como si los animales sufrieran —continuó ella—. De hecho, a menudo es imperativo que no sufran, porque si no, no se obtienen datos significativos.

—Una vez alguien me describió una preparación espinal —dijo

Tony lenta y cuidadosamente—. Se trataba de meter un pincel en la columna vertebral y retirar la médula... parecía muy desagradable... No sé; probablemente uno se acostumbra.

Vio que los ojos de Yphong se estrechaban. Evidentemente era sensible a este tema. Siguió, en tono conciliador:

—Pero estoy seguro de que si trabajase en ese campo no tendría reservas. Después de todo, si tu trabajo vale la pena, vale la pena, y no es bueno ser un sentimental o un remilgado.

La miró, inseguro, y ambos guardaron silencio.

Tony se dio cuenta de que tenía frío.

—¡Tenías razón! —exclamó sorprendido—. Hace frío. ¿No te importa si enciendo el fuego?

—Hazlo, por favor... puede hacer muchísimo frío.

—¿Hay algún restaurante por aquí? —preguntó él luego—. Parece haber todo lo demás. Si todavía no has cenado, me gustaría llevarte y pagarte una cena... después de todo, gano mucho.

—Sería maravilloso. Pero desgraciadamente no hay ningún restaurante.

—Oh... —Tony habló con exagerada tristeza, poniendo cara larga.

Ella lo estudió, pensativa.

—Por supuesto, podría prepararte algo y podríamos comer aquí. ¿Te gusta la comida italiana?

—¡Oh, sí, me gusta todo! —replicó Tony entusiasmado.

Yphong desapareció en la cocina y él se tiró en el sofá y respiró hondo. Mmmmm... Lo que Yphong estaba, guisando olía deliciosamente.

—Abramos una botella de vino —gritó—. Debe haber vino en alguna parte.

—Creo que está junto al sofá —respondió Yphong.

Tony examinó una razonable colección de vinos y licores. Normalmente se enorgullecía de su ignorancia sobre el tema, pero ahora prefería no exhibirla.

—¿Bebemos un tinto? —gritó y después murmuró «y seguiremos con un verde».

Yphong entró con un humeante plato aromático y se sentó frente a él. Él le sirvió vino.

—Bueno, esa es tu parte —dijo.

Ella lo saboreó cuidadosamente.

—Mmmmm. Asqueroso.

—Sí, ¿verdad? Déjame ver. —Bebió un largo sorbo y calló, con el ceño fruncido—. Ah, sí. Un Medoc 1927. De finales de enero, creo. De las laderas sur de los viñedos de Neuville.

Dudó nuevamente.

—¿Puede ser? Sí, creo que sí... criado en los suelos lateríticos rojos que predominan allí. Y, probablemente, embotellado en Cardiff. Pero supongo que has oído a Peter Sellers.

—Si es así, no fue esa vez —respondió diplomáticamente ella.

—Bebe otro poco —ordenó él volviendo alienar su copa—. Debe hacerte menos efecto que a mí. Me mareó sólo de leer la etiqueta.

—Pues temo que a mí no me hace ningún efecto. Trabajé de camarera y ahora no puedo emborracharme.

—¿Dónde hiciste eso?

—En Nueva York. —Hizo una pausa y levantó la— barbilla—. Me escapé de casa cuando tenía dieciséis años y fui haciendo dedo hasta Nueva York. No tenía dinero así que busqué trabajo y lo encontré en un bar.

—¿No tuviste problemas viajando sola? Siempre pensé que sería más difícil para una chica sola.

—No; sé cuidarme. Por supuesto es más fácil hacer auto stop con otra persona, pero si estás sola es mejor apearte antes de llegar a destino. A veces sugería detenernos para beber algo o para poner gasolina. Y allí me bajaba. No volvía a subir. Me ponía tejanos y un jersey viejo y flojo y no llevaba maquillaje. Es obvio que si te vistes como una fulana la gente tratará de abusar de ti.

—Yo no tengo esos problemas. Siempre estoy tratando de que me asalten, pero no tengo suerte... aunque aviso que no me resistiré.

Se estiró en la silla con una amplia y relajada sonrisa exhalando calidez y bienestar.

—La comida se me ha ido al estómago y el vino se me ha ido a la cabeza. Estaba delicioso. Tendré que extenderte una invitación permanente.

—No te rindas todavía; falta otro plato.

Él miró sus grandes ojos oscuros e imaginó su mano acariciando las piernas de Yphong y deslizándose hacia arriba...

Ella trajo dos tazones con macedonia de frutas.

—Hay azúcar rubio y crema, si quieres.

—Fantástico. Pronto me quedaré sin superlativos. Dime, ¿viste una película que se llamaba «Tom Jones»?

Yphong meneó la cabeza.

—Tiene una brillante escena de comida, en la que este tipo, Tom, está cenando con una chica preciosa y ambos saben que después van a hacer el amor. Todo lo que comen y la forma en que lo comen se carga de sexualidad. Nunca me había dado cuenta de que la comida pudiera ser tan «sexí». Aunque no era sólo la comida, era su forma de comer. —Cogió un panecillo—. Imagina que esto es una pata de pavo y que acabo de arrancarla. Todo con mucha calma.

Comenzó a mordisquearlo, lentamente y luego, sosteniéndolo con las dos manos, movió lentamente la cabeza de un lado al otro, arrancando la carne del hueso en su imaginación. Jadeó y se puso cada vez más excitado mientras engullía el pan con la mirada fija en la cara de Yphong.

Ella rió gentilmente. Tenía un aspecto completamente ridículo. Él se puso de pie bruscamente.

—¡Ven aquí, mocilla! —ordenó con una ridícula entonación campesina—. Ven a mi hogar abierto, si así es como se llama.

Le tendió la mano. Ella la cogió y fueron juntos hasta el sofá.

—Bebamos algo. ¿Qué te gustaría?

—En realidad, un poco de zumo de naranja.

—Es una buena idea. Yo también tomaré uno. Y pondré música. ¿Qué prefieres?

—¿Qué tienes?

—Todavía no me he fijado. Hay una cinta puesta, podríamos probar... el elemento sorpresa.

Prefería no poner discos. No quería tener que levantarse de un salto cada pocos minutos para cambiarlos. Sentía curiosidad acerca de ese «me escapé de casa». Se preguntó si podría preguntárselo enseguida.

—¿Tus padres viven? —inquirió.

—Mi padre sí. Mi madre tomó una sobredosis hace diez años.

Tony asintió lentamente, sintiéndose incómodo.

—Lo siento. ¿Alguna vez ves a tu padre?

—Muy ocasionalmente. Volví a casa un año y medio después de marcharme, pero seguíamos sin entendernos. Es muy estricto y moralista. El negro es negro y el blanco, blanco. Discutíamos todo el tiempo... no sólo acerca de con quién salía y a qué hora debía volver sino acerca de tonterías. Como quién tenía que lavar los platos, la puerta abierta, qué programa mirar...

Tony se sintió muy incómodo.

—¿Tu padre debe sentirse muy solo ahora?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo conseguiste el trabajo en el bar?

—Conocí a unos italianos y salí con uno de ellos. Era portero de un club nocturno y me consiguió trabajo allí.

—Estuvo muy bien.

—No. Era un hijo de perra. —Sus labios estaban tirantes—. No me quedé mucho tiempo allí. Después viví con un profesor de fisiología, durante un tiempo... era una persona estupenda. Lo conocí en una fiesta de estudiantes. Estaba sin blanca en ese momento, dormía en el suelo en casa de la gente. Me dejó quedarme en su casa. Estuve mucho tiempo antes de que sucediera nada. Me alentó a estudiar. Finalmente, me fui a casa y le saqué algo de dinero a mi padre.

—Fue muy decente dándotelo, supongo.

—Oh, sí. No es mezquino. De todos modos, se alegraba de mantenerme fuera del arroyo. —Sonrió.

Tony estaba desconcertado por su agresivo candor. La estudió atentamente. Yphong tenía una cara elegante con huesos finos y ojos tristes y profundos. Había una sensación de tensión y vacío en su estómago y todo su cuerpo estaba rígido. Súbitamente, percibió la música.

—¡Por Dios, es Strauss!

—El favorito de Granja.

—Esperemos que toda la cinta no sea igual. ¿Sabes valsear?

—Sí. ¿Y tú?

—Yo creo que sí, pero hay gente que dice que no. Es una actividad increíblemente sensual; supongo que es una de las cosas más sexuales que puedes hacer.

—Una de ellas...

Casi distraídamente cogió su mano, trazando círculos en su

palma con la punta de los dedos. Se aseguraría de no comprometerse con Yphong. Sus emociones debían mantenerse bajo control. No era exactamente la más dulce de las chicas.

Se quedaron un rato en silencio. Las súbitas revelaciones de Yphong le habían repelido. Se sentía incómodo, como si ahora estuviera obligado a confiarse a ella, como intercambio. Como si le debiera una confesión. No quería hablar de Jenny... su recuerdo se había desvanecido y había perdido significado... pero tenía que decir algo.

—Venir aquí abajo ha sido una huida bienvenida para mí. —Se obligó a hablar, de forma lenta e indecisa—. Estaba muy angustiado, a causa de mi amiga. Se marchó a Jamaica... le ofrecieron un buen trabajo... Desgraciadamente soy muy emocional y siempre me enamoro, de modo que he estado chapoteando en la autocompasión, dándome de cabeza contra las paredes y no dejando dormir a la gente por la noche... aquí, por lo menos, no molestaré a nadie. Pero con la mudanza no he tenido oportunidad de dar rienda suelta a mis sentimientos; en realidad, ahora ya no siento nada... todo parece irrelevante.

Ella asintió. Tony llevó a sus labios la mano de ella y la mordisqueó suavemente.

—Mmmm... yam, yam... Todavía tengo hambre.

Sus caras estaban muy cerca y él se contorsionó para besarla. Los labios de ella se separaron. Él entreabrió los ojos... los de Yphong estaban muy abiertos, haciéndola parecer una extraña criatura ciclópea.

—Dejaremos sólo la luz del fuego y nada de Strauss —dijo él, mientras iba a apagar las luces.

Su cuerpo delgado y oscuro era aún más deseable en el suave resplandor rojo. Volvieron a besarse, mientras él acariciaba su espalda y después sus pechos firmes y pequeños. Ambos comenzaron a respirar más hondamente. Él estiró la mano derecha y la puso sobre la rodilla de ella. Luego, casi rítmicamente, deslizó la mano por la pierna de Yphong, arriba y abajo, arriba y abajo, aumentando la distancia cada vez. Su respiración se volvió más rápida. Desde el exterior del muslo de la muchacha se deslizó a la parte interior, con caricias largas y firmes que se detenían al mínimo de distancia. La lengua de ella estaba en su boca. Sus dedos

se apoyaron suavemente entre las piernas de ella y la acariciaron. Se acariciaron las caras con los labios. Entonces, Yphong dijo en voz baja:

—Fumemos un cigarrillo.

Se separaron y ella le ofreció un cigarrillo. Por una vez, el ritual fue un interludio bienvenido. No hablaron. Él se volvió y sopló el humo en su cara, gentilmente. Ella lo miró, con expresión curiosamente triste, apagó su cigarrillo en el plato que les servía de cenicero y luego cogió el de Tony e hizo lo mismo. Afectuosamente, pasó sus dedos por los cabellos del muchacho y después lo besó apasionadamente.

Durante unos momentos yacieron incómodos en el sofá; después él la cogió de la mano y se puso de pie.

—Vamos —le dijo, con una autoridad que no sentía. Ella aferró su mano con fuerza y fueron juntos al dormitorio. Yphong pasó su blusa roja por encima de la cabeza y después desprendió su falda, que cayó al suelo. Tony se quitó los zapatos de un golpe y salió como pudo de sus pantalones. Vio la silueta de ella cuando se quitaba las bragas.

Ella fue hacia él y se abrazaron, de pie, desnudos, rodeándose con los brazos. Su erección la golpeó. Ella lo llevó hasta la cama.

Ella fue una criatura oscura y silenciosa, debajo de él, mientras navegaba en un mar agitado. No hicieron ruido. Finalmente, Tony, estremeciéndose, llegó al final. Yphong sonrió y dijo:

—Fue muy bonito.

Tony rozó los labios de ella con los suyos, pero no replicó. Durante unos momentos yació sobre ella, quedándose dentro. Luego salió y se dejó caer de espaldas.

Miró a Yphong. No sentía nada por ella. Nada. Ni cariño, ni ternura, ni afecto. Estaba muerto, vacío. Le daba miedo descubrirse tan insensible. Juzgó su cara sin pasión. Prueba «A». Notó con disgusto su pequeña nariz de muñeca. Sus pómulos eran demasiado marcados. Sus cabellos caían hacia atrás y su cara parecía la de un muchacho. Estaba lejos de ser hermosa.

Un frío comentarista metálico hablaba dentro de él. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? ¿Por qué se había acostado con él? No debía ser casual que viviera en el apartamento de al lado. Era una chica fácil, pero ¿habría algo más? Era un tónico clandestino. Todo había sido

previsto; simplemente lo estaban usando. Pero ella era una fulana fría y calculadora...

Su frío cinismo le puso nervioso. Trató de verla como un ser frágil y vulnerable, pero fue inútil; no sentía nada.

—Tengo frío, Tony —murmulló ella—. Metámonos en la cama.

Se metieron debajo de las mantas y abrazados, se quedaron dormidos.

Hartmann fue a buscar a Tony a la mañana siguiente a las once.

—¿Se ha instalado bien? —dijo en tono optimista—. Espléndido. ¿No tiene quejas? Ahora subiremos a mi despacho y le daré un informe. Será mejor que empecemos a trabajar.

Dio un golpe con las manos y se las frotó brevemente.

Sentado en el sofá de la oficina de Hartmann, Tony observó cómo éste sacaba una carpeta de su escritorio. Luego, Hartmann se sentó junto a él y encendió su pipa.

—Empezaré diciéndole lo que se de los extraterrestres y de éste en particular... sí; sólo hay uno aquí.

Exhaló una nube de humo, cogió su pipa por la cazoleta y miró fijamente el cuadro. Fruncía el ceño mientras hablaba.

—Los Extraterrestres que vinieron la primera vez eran de una especie totalmente distinta del que está ahora aquí. Pero ambas especies están asociadas a la Federación Galáctica que, aparentemente, incluye a la mayor parte de las formas de vida inteligente de la galaxia... si le parece, no me enredaré con definiciones de «vida inteligente». La segunda raza actúa como embajador de la Federación ante nosotros a causa de la supuesta similitud entre su raza y la nuestra. Por cierto, se llaman a sí mismos «loachi».

«Consideremos lo que nos han dicho acerca de su estructura social y psicológica. Poseen una estructura social parecida a la nuestra, jerárquica y especializada... cada individuo desarrolla sus habilidades en un campo determinado. Sin embargo, como la duración media de su vida es mucho mayor que la nuestra, —cuatro veces más larga—, tienen la posibilidad de cambiar de especialidad varias veces en la vida. De hecho, es obligatorio cambiar de «status» y de especialización varias veces. Parecen tener una sociedad muy igualitaria y humana, que da gran valor al conocimiento, a la tolerancia y, sobre todo, al afecto.

"La estructura familiar es enormemente importante. Las relaciones son estrictamente monógamas. Una razón para esto es que la infancia dura cuarenta años. Un niño no se transforma automáticamente en adulto; primero tiene que demostrar su madurez social y emocional y obtener ciertos niveles académicos. En ese tipo de relación monógama el vínculo de la pareja es extremadamente fuerte y dura toda la vida.

—¿Cómo se las arreglan con el crimen y el respeto a la ley? — No tienen criminales. Un niño no se transforma en adulto hasta que ha conocido y aceptado los valores de la sociedad, y éstos son tales que excluyen el crimen. En cuanto a leyes, pueden tener algunos equivalentes, en términos de códigos arbitrarios y aceptados, pero no hay castigo por desobedecerlos ni ningún grupo social que tenga fuerza para hacerlos cumplir. Existe una conciencia de la moral social que comparten todos los ciudadanos y de la que nadie se mofa.

—¿No es un poco aburrido?

—¡Oh, no! No me entienda mal... me dicen que hay muchas controversias. Son gente muy emocional y cambiante... pero tienen un tremendo sentido de la responsabilidad social.

—No suena nada mal.

—No. Estoy seguro de que se llevará muy bien con ella.

Hartmann, súbitamente jocoso, le palmeó la rodilla.

La acción desagradó a Tony. Sintió que Hartmann esperaba alguna reacción.

—No sé por qué, pero pensé que el representante sería un macho.

—Aparentemente también iba a haber un macho, su pareja, en realidad, pero hubo un accidente a bordo durante el viaje y murió. Ella parece muy franca y abierta y ha estado tratando de comunicarnos su pérdida. Son gente muy intensa y la relación de pareja es crítica para ellos... si no hubiese tenido que cumplir esta misión, se hubiese autodestruido.

—¿Y eso no afectará su trato con nosotros?

—Dice que no mucho, aunque puede haber algunas dificultades. Como ya he dicho, los loachi son muy sensibles... sensibles a las emociones. Descubren rápidamente si gustan o disgustan, si molestan, si son envidiados, etc. Y eso les importa mucho. También

son una raza bastante reservada... se podría decir tímida. Eso puede ser una consecuencia de la intensidad y delicadeza de sus sentimientos. La interacción les resulta amenazadora. Cleopatra es una mujer particularmente sensible y —supongo— está en un estado terrible. De modo que tendrá que manejar la situación con mucha delicadeza.

—¿Cleopatra?

—Nos pareció que debíamos asignarle un nombre que se pudiese pronunciar. Es obviamente una aristócrata, muy culta, y es agradable pensar que es un líder... Y, por supuesto, usted se llama Anthony. No le importa, ¿verdad?

—No. —Tony se esforzó por sonreír—. ¿Por qué iba a importarme?

La pipa de Hartmann se había apagado y estaba encorvado sobre ella. Tony sentía una cierta decepción. Los Extraterrestres eran casi vulgares.

—Usted dijo que los loachi tenían diferentes trabajos durante su vida. ¿Cuáles ha tenido Cleopatra... o las mujeres no trabajan?

—Cleopatra es una mujer muy joven, de modo que sólo ha tenido un trabajo previo. Era música. Ahora es antropólogo. O quizá decir que es «alienóloga» sería más exacto.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó bruscamente Tony.

—Tengo algunas fotografías —afirmó Hartmann, pero no hizo el menor intento por mostrarlas—. Físicamente no son muy diferentes de nosotros. Respiran oxígeno, tienen un corazón y un sistema pulmonar como el nuestro. Tienen cuatro miembros y con frecuencia caminan sobre dos piernas.

—¿Dientes?

—Sí, pero no colmillos. No son carnívoros. Se alimentan con los líquenes y plantas pequeñas que crecen en la superficie de su planeta. Parecen un poco voluminosos y molestos, pero en realidad se mueven rápida y velozmente. Su oído es tan sensible como el nuestro, aunque prefieren las notas más graves. Su sentido del olfato es rudimentario pero sus receptores táctiles son mucho más numerosos que los nuestros y les proporcionan mucha más información.

—¿Ven?

—Oh, sí. Visión binocular. —Hartmann apoyó la pipa en la mesa

y buscó en el expediente—. Aquí hay una fotografía de Cleopatra y su «marido»... disculpe, espero que no piense que soy absurdamente antropomórfico. Supongo que estarán en su «salón».

Tony examinó la fotografía. Vio dos figuras oscuras, cubiertas por capas, con cuerpos gruesos y altos y piernas cortas y fuertes. Las capas colgaban de sus hombros y terminaban en el nivel que correspondía —suponía— a las rodillas. Miró atentamente sus cabezas. Como las de una foca, pensó. Una nariz chata, enorme, y blanda con un tajo vertical. Sus ojos eran lo más extraño. Colocados muy alto en sus cabezas, parecían tener un brillo duro... ¿serían multifacetados? Tomó conciencia de un ruido de fondo. Hartmann estaba hablando.

—No olvide que nosotros le parecemos igualmente extraños. Pero no sólo tiene que plantearse las diferencias físicas; está el tremendo choque de verse expuesta al salvajismo de nuestras emociones, nuestros odios, nuestra cruda paranoia... También sería insoportablemente doloroso para ella sentir un rechazo de su parte. Por eso, sólo mantenemos un mínimo de contacto con ella, por ahora.

—No siento ningún rechazo. —No sentía nada. Continuó inspeccionando la fotografía. Notó que las piernas estaban ligeramente borrosas; debían estar un poco fuera de foco. Y luego:

—¿Están cogidos de la mano? —pregunto incrédulo.

—Es lo que pensamos. Muy romántico. —Hartmann sonrió y extendió la mano pidiendo la foto—. Me alegro que le parezca bien. Si uno puede vincularse así con Cleopatra, me impresiona como una persona muy amistosa, pero vulnerable. Espero que se lleve bien con ella.

—Seguro que sí —dijo Tony muy confiado—. Probablemente terminaré queriéndola.

—Ojalá —observó secamente Hartmann.

Hartmann tamborileó con los dedos en el escritorio. Sonrió paternalmente a Yphong.

—¿Cómo va todo, querida?

—Todo va bien —respondió herméticamente Yphong.

—¿Volverá a verlo esta noche? —inquirió gentilmente.

—Sí, por lo que supongo. —Yphong se descubrió luchando contra un inesperado resentimiento ante Hartmann y sus preguntas.

Luchó para mantenerlo fuera de su voz.

—Me alegro de tenerla con nosotros, señorita Clemens, lo está haciendo muy bien. Comprendo que discutir el asunto le parezca de mal gusto, pero creo que descubrirá que se adapta rápidamente. — Por supuesto, es imperativo que tratemos todo el asunto de la forma más imparcial posible; si no, no iremos a ninguna parte. Comprendo que se le puedan plantear problemas emocionales en esta situación, pero espero que pueda controlarlos sin demasiadas dificultades.

Se inclinó sobre el escritorio, acercándose a ella. Yphong se sintió obligada a hablar con calma.

—Creo que me he reconciliado con la situación, pero... —vaciló.

—¿Hum? ¿Sí? —apuntó Hartmann.

—Tengo algunas reservas. Preferiría ser honesta y franca acerca de todo el asunto... no me gusta ser solapada...

—¡Solapada! No se trata de eso. No debe pensar en esos términos. Ninguno de nosotros posee toda la información; todos estamos, hasta cierto punto, en la oscuridad. Tenemos que considerar lo que está en juego... el futuro de toda nuestra especie. No podemos dejar que nuestras actitudes se vean determinadas por sutilezas personales. Tenemos que pensar en lo que nos proponemos. Y no me mire como si le hubiese propuesto que matara a alguien.

Le sonrió. No había previsto que este problema se planteara tan pronto. Estaba sentada rígidamente en la silla de respaldo duro frente a él, con los labios apretados.

—Contemple todo el asunto como un problema de tiempos. Eventualmente se lo diremos todo, pero tenemos que ir paso a paso. Primero tiene que aprender a aceptar a los Extraterrestres, a sentirse a gusto con la idea de su presencia. Luego, podré decirle más. Usted ya lo sabía.

—Sí, y lo comprendo. Pero, desde el punto de vista de nuestra relación, ¿no le parece importante que tenga conciencia de mi papel desde el principio?

Vio que Hartmann meneaba la cabeza y continuó, insistente:

—No del resto del proyecto, sólo de mí. No tenemos por qué hablar de otras cosas. ¿No sería perjudicial, verdad? Al final, tendrá que saberlo todo, ¿por qué no puede saber una parte ahora?

Yphong tenía conciencia de que no estaba convenciéndole.

—Cuando usted se lo diga, va a pensar que le mentí y lo engañé, que soy culpable de haberle manipulado...

—No creo que sea ése el caso, Yphong. Para empezar, usted no está engañando a nadie. En segundo lugar, cuando él disponga de toda la información, podrá entender las presiones que soportamos. No pasará mucho tiempo antes de que lo sepa todo. No tiene por qué estar tan preocupada, ¿sabe?

—Pero habrá desaparecido cualquier posibilidad de confianza. Sé cómo se sentirá... porque sé cómo estoy empezando a sentirme yo.

—Lo siento, señorita Clemens, pero no podemos cambiar todos nuestros planes para complacer sus sentimientos. Usted supo desde el principio cuál sería la situación. Usted no es la única que tiene un trabajo difícil; no es fácil para ninguno de nosotros. Debo recordarle nuevamente lo que está en juego... es vital que colabore plenamente conmigo. Como ya le he dicho, se lo diré lo antes posible; hasta entonces, lo único que quiero que haga es mantenerlo feliz y confiado. ¿He sido claro?

Yphong asintió, resignada. Era inútil, pero insistió.

—¿Qué debo hacer si me pregunta por los Extraterrestres? ¿Si me pregunta por lo que hago aquí? ¿Por su trabajo?

Hartmann suspiró.

—Usted no está indefensa ahora, Yphong. Debe responder con evasivas y parecer insegura. ¿Puede hacerlo, verdad?

Gruñó para sus adentros. Clemens estaba siendo tan torpe y difícil como había supuesto. Nunca debía haber permitido a ese enano de Granja que le convenciese y usar a semejante neurótica.

—Se lo diré una vez más, Yphong. No quiero que le diga nada a Martinet acerca de su misión. Absolutamente nada. ¿Me comprende? Por lo que me ha estado diciendo, sospecho que ha sucedido algo lamentable, aunque previsible. ¿No se estará enamorando de Martinet? ¿Tan pronto?

Su tono era despreciativo. Con suerte, provocaría una negativa furiosa.

—¡Claro que no! —dijo secamente Yphong.

La respiración de Yphong tenía el ritmo ligero y parejo del sueño. Tony se removió, inquieto; su mente seguía activa. Dormían juntos todas las noches, pero en vez de acercarse, ella parecía

alejarse más aún. Era como si se hubiera colocado fuera de su alcance, como si hubiera un cristal entre los dos. Pero eso no le parecía mal. Impedía que se sintiera comprometido. Sentía su propia urgente ansiedad de comprometer y comprometerse, de establecer una relación emocional más profunda, pero... ¿con Yphong? No. Imposible. Seguramente era otra relación unilateral y por lo que veía de Yphong, ella no tendría escrúpulos en usarlo fría y cínicamente... y en despreciarlo después por permitirse.

Sus pensamientos derivaron a la autocritica. Estaba siendo terriblemente injusto. ¿Por qué tenía ella que sentir algo por él? ¿Qué quería decir él con «usarlo»? ¿Por qué no iba a hacerlo? Él la estaba usando. No porque «usar a la gente» le importara; todo el mundo lo hacía, tenía que hacerlo. Lo importante era cómo se hacía... que no se les tratara como a objetos, que siguieran siendo gente.

—«¿Así que filosofando?» fue la frase que pasó por su cabeza. Sintió un fuerte asco de sí mismo, tuvo ganas de gritar de asco. En cambio, buscó la mano dormida de Yphong y la asió dulcemente.

Pasó el día siguiente conociendo mejor a los loachi. Primero, Hartmann le mostró otra fotografía. Mostraba a Cleopatra arrodillada y sosteniendo algo en los brazos.

—Es su sobrinito. No tiene hijos.

La imagen la mostraba también llevando una capa. Aparentemente era de un material rígido y brillante ya que se apoyaba en el suelo sin plegarse.

—¿Esa capa tiene algún significado ritual? Si es que es una capa.

—Creo que será mejor que le explique esas cosas después de haberle enseñado un maniquí que le dará una mejor visión y después de haberle hablado de su planeta.

La cara de Hartmann se frunció como un acordeón. Aparentemente intentaba hacer que sus cejas tocaran su barbilla.

—Su sol es bastante similar al nuestro, pero la órbita de su planeta es más próxima. Como hay muy poca agua en el planeta, la atmósfera es muy clara y la temperatura diurna muy elevada.

—Ha dicho «diurna». ¿El planeta gira?

—Oh, sí. Pero su día es mucho más corto... trece horas y media en lugar de nuestras veinticuatro. Los niveles de radiación, particularmente los ultravioletas, son muy altos a mediodía y la

raza de Cleopatra ha evolucionado de acuerdo con eso. Mantenerse fresco es un grave problema durante el día, de modo que sus sotocuerpos y sus piernas están cubiertos de finas espinas por las que corre la sangre... para perder la mayor cantidad posible de calor en el aire.

—¿Entonces el aire no se pone demasiado caliente?

—En la sombra no; es húmedo, recuérdelo.

—¿Sudan?

—No... el agua es demasiado valiosa... no pueden permitirse el lujo de usarla para enfriarse. Son herbívoros, como ya le dije el otro día y se alimentan sobre todo al amanecer y al anochecer.

—Hace siglos que quiero preguntárselo... ¿cómo le ha dicho todo esto Cleopatra?

—En realidad, todo esto viene de una cinta. Pero Cleopatra habla inglés. No es tan sorprendente; fisiológicamente no son tan distintos. Tienen pulmones y garganta y lengua y labios... y los primeros Extraterrestres se llevaron todo lo necesario para permitirles aprender los principales idiomas terrestres.

—¿Y cómo suena? ¿Sureña? ¿Londinense?

—Tiene una voz increíblemente profunda. Es un poco desconcertante. Se luciría cantando un «Negro espiritual».

—¿Me dijo que se alimentan sobre todo con líquenes?

—Así es. Además de otras plantas pequeñas. Su planeta es árido y la mayor parte de la vegetación es pequeña. Aparte de unos hongos gigantes. Esos hongos fueron muy importantes en su evolución... proporcionaron las sombrillas bajo las que los loachi se protegían del sol de mediodía. Creo que ahora le llevaré a ver una de nuestras escenografías.

Tony contempló críticamente la cara. Se había equivocado con la nariz. No había tal. Había confundido los labios con la nariz. Corrían verticalmente por la cara, parecidos a un hocico de vaca torcido. El rasgo inquietante eran los ojos. Eran multifacetados, como había sospechado, y aun en el maniquí destellaban cruelmente. Lo miraban con malvado orgullo por debajo de los pesados párpados. Estaban colocados casi encima de la cabeza. Más parecido a un insecto que a una foca, pensó.

—Vaya, después de todo no es una capa, ¿no? Es parte del cuerpo.

—Así es. Constituye una especie de piel extra que desarrollaron para protegerse del sol. Es su sombrilla personal.

Era una sustancia dura y córnea sujeta sólo a los hombros, desde los que se proyectaba ligeramente. Aunque oscura en la parte interior, la superficie superior era muy pulida y tenía un brillo gris claro. Estaba dividida en dos partes bien separadas. Aunque era un maniquí Tony no resistió la tentación de tocarla. Acarició las espinas traslúcidas en las gruesas piernas. Eran duras y rígidas.

—Nos equivocamos con ese rasgo. Desde algunos puntos de vista, son como cabellos. Son muy, muy suaves... nada duras. También son muy sensibles.

—Ahora veo por qué las piernas parecían borrosas en la foto. Eran esos pelos.

Las manos también eran duras. Tenían seis dedos.

—Un dedo extra —observó Tony.

—No. —Hartmann meneó solemnemente la cabeza—. Un pulgar extra.

Tony examinó cuidadosamente la mano. Había cuatro dedos largos con un pulgar más corto y fuerte a cada lado.

Volvió a mirar al maniquí. Aunque sólo era tres pulgadas más alto que él, la posición de los ojos en lo alto de la cabeza lo hacía parecer más impresionante y lejano. Los ojos reflejaban la luz que llegaba de arriba y cuando él se movía parecían guiñar.

—Uno los imagina con un sentido del humor macabro.

—Un sentido del humor gentil —corrigió Hartmann—. ¿No le parece que de algún modo son elegantes y distinguidos?

Tony meneó la cabeza y contempló las piernas velludas y el vientre peludo. Un primitivo siervo sajón, vestido para el invierno.

—Más bien rústicos, campesinos.

Hartmann anduvo alrededor del maniquí lenta y deliberadamente.

—De alguna manera ella me parece gentil y tolerante. Muy afectuosa, ¿no?

Tony sonrió y se encogió de hombros. No tenía nada que decir.

—Parecen ser un pueblo bondadoso —continuó Hartmann en un tono suave y reflexivo que contrastaba con sus habituales modales bruscos—. Y cuando intiman son muy demostrativos físicamente. Probablemente su cara no le parezca atractiva a primera vista, pero

cuando la conozca, cuando su apariencia le parezca más familiar, verá muchas cosas en ella.

Hizo una pausa, esperando extraer una respuesta de Tony.

—Sí —dijo Tony en tono incierto.

—Está la tremenda inteligencia de esos ojos, que me impresionó, de inmediato, pero hay algo más detrás de eso. Hay también una gran tristeza y una gran ternura. Quizá sólo esté proyectando lo que sé de Cleopatra y de la lucha de su raza...

Hartmann lo miró fijamente con la cabeza un poco ladeada. Tony sintió vagamente que lo estaban presionando para que asintiera. Miró la cara del maniquí. ¿Tenía algo de melancolía, de dolor?

—Sí, quizá sí —concedió.

Hartmann se volvió bruscamente.

—Descansemos un rato —dijo.

Sentado solo en el bar, Tony meditó sobre los acontecimientos de la mañana. No sabía muy bien cómo reaccionar ante los Extraterrestres... quizá porque no sabía muy bien cómo debía reaccionar. Eran... bueno, eran raros. Eran familiares y no lo eran. Tenía la misma sensación que cuando descubría la cara de alguien que conocía bien en un desconocido. En un momento, la Extraterrestre era algo que había salido de un libro de entomología; una cucaracha gigantesca con ojos de avispa. Luego se transformaba en una foca. Luego en un triste travestí de ser humano, cogida de la mano. «Triste» porque no era humana.

Pero Hartmann quería que le gustara. Esa mañana había intentado vendérsela. Era ridículo. No porque le inspirara asco... ¿por qué tendría que inspirárselo? Por otro lado, ¿por qué temía Hartmann que fuera así? Obviamente, había una razón. Hartmann no le parecía una persona que hiciera cosas inútiles. Quizá tuviera relación con la sensibilidad de los loachi.

Después, volvió a pensar en Yphong. ¿Hartmann estaría detrás de eso? ¿La habría proporcionado para mantener contento a Tony? Durante un momento se sintió estafado. Se preguntó cuál sería la reacción de Hartmann si le mencionaba a Yphong. Y, de todos modos, ¿por qué preocuparse? ¿Por qué no aceptar la situación? No era como si le pagaran poco. Sonrió irónicamente... se estaba volviendo jodidamente paranoico de nuevo.

Pasaron la tarde en el despacho de Hartmann, mientras éste le explicaba algo de la historia antigua de los loachi.

—Aparentemente, muchos elementos de su psicología pueden relacionarse con el primitivo ambiente de la especie. La supervivencia, bajo el sol de mediodía, requiere sombra y no hay muchas cosas que den sombra en su planeta. La más importante es este hongo gigante. Mientras nuestros antepasados pudieron refugiarse en cuevas, ellos se ocultaban debajo de los hongos. Ese fue uno de los orígenes de la unidad familiar, y por eso era tan importante... durante cuatro horas diarias debían protegerse bajo algún techo. Sin él, hubiesen muerto. Un hongo sólo podía proteger a un pequeño número... y no había muchos hongos. De modo que «dormir bajo el mismo techo» tiene un significado muy importante para ellos. Nadie podía permitirse el lujo de marcharse y dejar a su familia, y si te echaban, estabas condenado.

—¿Entonces sería imposible alejarse y perderse?

—Totalmente imposible. La territorialidad está mucho más profundamente inculcada en los loachi que en nosotros. Pacían en las zonas que rodeaban sus casas y defendían sus territorios con fiereza. La caza furtiva hubiese sido un crimen muy grave. Al mismo tiempo, son compulsivamente hospitalarios, ya que negar a un forastero la sombra de su techo hubiese sido como sentenciarlo a muerte... o lo fue, antiguamente. Por lo tanto, puede comprender la importancia del hogar para ellos y lo crucial que resultaba compartir armoniosamente el hongo con su pareja. No tenían otra alternativa.

—Tony sintió un impulso casi irresistible de reír. El tono serio e inexpresivo de Hartmann le parecía incongruente.

—El otro problema que presentaba su planeta era el intenso frío por las noches. Hay una enorme variación durante el día... en algún lado tengo las cifras... que impulsaba a las familias a dormir juntas. ¿Recuerda que le dije que esas espinas son muy suaves y sensibles?

Tony asintió.

—De modo que la especie pasaba mucho tiempo en contacto físico y las demostraciones físicas se volvieron muy importantes para ellos.

—¿Y cómo ocupaban todo el tiempo que pasaban juntos? ¿Haciendo el amor?

—Su vida sexual no es muy excitante. Dejaremos eso para otra sesión. Una de las formas en que pasaban el tiempo, o lo pasan, ya que siguen haciéndolo, es interpretando música. Tienen esas voces graves y melodiosas que, según dice Cleopatra, a todos les gusta usar, pero tienen también otra manera de producir sonidos. ¿Notó usted que la capa está partida en dos por la espalda?

—Sí.

—Frotando las dos mitades en lugares diferentes y con diferentes tensiones, pueden producir gran variedad de sonidos.

—¿Una nación de hombres orquesta? —comentó Tony en voz baja.

—... y ahora vayamos a ver unas películas que los muestran en acción.

Yphong estaba sentada junto a Tony frente al chisporroteante fuego eléctrico. Él contempló largamente sus formas esbeltas y sensuales, sus crueles ojos oscuros y sus labios rojos. Bebía su café con control y gracia felinos.

—¿Tuviste un buen día? —inquirió él.

—Como todos. ¿Y tú?

—Muy interesante. Hartmann estuvo habiéndome un poco de los loachi y me enseñó los maniqués. Pero supongo que tú sabrás más que yo acerca de ellos... —Ella no respondió, de modo que continuó —: ¿Cómo van las investigaciones?

—Ahora estoy escribiendo. Hace mucho que conseguimos todos los resultados.

—¿Y ahora te enfrentas con la difícil tarea de hacer que signifiquen algo? —dijo él bromeando.

—No hay razones para falsearlos —replicó ella, con tono más áspero del que hubiera deseado—. Nunca se me ocurrió esa idea. ¿Qué sentido tendría investigar si falsificas tus resultados? Si la gente hiciera eso nunca podrías usar las conclusiones ajenas y...

—¡De acuerdo, de acuerdo! Disculpa, te estaba tomando el pelo.

No le gustó que ella se ofendiese. Súbitamente ella se estiró y apretó su mano. Su cara tenía una expresión triste. Luego retiró la mano.

—¿Cómo te llevas con Granja? ¿Bien?

—Sí. Él se preocupa más que yo por las aplicaciones clínicas de sus técnicas. A mí me interesan las derivaciones neurofisiológicas.

—De modo que él es quien trabaja con la gente y tú con los animales.

—Oh, no. No es tan simple; no puedes separar las dos cosas... Últimamente he estado ayudándole en su trabajo con pacientes humanos. La mayor parte de las duplicaciones de los estudios animales que hicimos quedó completada hace mucho. Después, hemos estado tratando de mostrar que la precisión que hemos logrado con los animales se mantiene en los seres humanos.

—¡Ah! ¿Así que habéis llegado a los seres humanos? Pero si investigáis con personas, ¿dónde diablos las tenéis?

—En pabellones neuroclínicos. Pero en la práctica, nuestras investigaciones han terminado.

—¿Y la gente no protesta?

—¡Oh, por...! ¡No es así! —replicó ella exasperada.

Obviamente, las preguntas de Tony la irritaban. Quizá sería mejor cambiar de tema. Estaban sentados en ángulo recto uno con respecto al otro y él se estiró y le palmeó afectuosamente la mano. Ella no respondió. Él la miró interrogativamente y después de unos minutos rompió el incómodo silencio.

—¿Qué vas a hacer cuando te marches de aquí, Yphong?

—No tengo la menor idea. —Se encogió de hombros. Después de una pausa, pregunto—: ¿Y tú?

Tony había pensado en hacer muchísimas cosas que fe entusiasmaban, de las que deseaba hablar. Pero no podía decirte nada. Su pregunta había sido una respuesta automática y sin vida, dicha en tono frío y aburrido. No le interesaba lo que él pudiera hacer.

—No sé... He pensado varias cosas... —trató de adoptar un tono alegre y afectuoso—. ¿Así que no tienes ganas de recorrer el mundo, guapa? Sería estupendo para una chica como tú.

—Por favor, no me llames así. —Su voz era grave y denotaba enfado. No le gustaba que se burlaran de ella, ni que le hablaran en tono superior.

Toda la expresión y la vida desaparecieron de la cara de él. Era como si le hubiesen pegado en el plexo solar, como si hubiese intentado besarla y le hubiese escupido la cara.

—Mira, lo siento. Esta noche estoy un poco fatigada e irritable.

—Sí, claro —respondió él fríamente.

Rebosaba amargura y él también se sentía herido. Ella lo había desairado varias veces sin ninguna razón... él no había querido herirla. Era obvio que a ella le importaba un carajo cómo se sentía él... pero, si era así, ¿por qué lo hería? Se sentía confuso y desconcertado. Había tratado de ofrecer afecto y le habían recibido a patadas. Por su mente pasó la imagen de un niño abofeteado. Persistió unos momentos, antes de desencadenar un violento estallido de odio hacia sí mismo. Su ira se extendió a ella y a Hartmann, a toda la situación. Todo había sido arreglado, prefijado. Se preguntó si ella informaría de todo a Hartmann. ¡Qué humillación!

Yphong lo miró, deprimido y acorruado junto a ella. ¡Cómo odiaba esta maldita situación! Su odio se extendía a él. Estaba irritada con él por estar tan visiblemente herido, por sus reacciones infantiles... era culpa de él ¡Por Dios, cómo valoraba sus preciosos sentimientos! Ella odiaba la autocompasión... y él la irradiaba.

—¿Ves mucho a Hartmann? —preguntó finalmente Tony.

—Bastante. Su oficina está en el piso contiguo y el departamento de neurología está subordinado a él. Todos nosotros dependemos de él. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad. ¿Qué piensas de él? —preguntó Tony con aparente inocencia—. Ese tío es el responsable de que esté aquí. Tú debes conocerlo mejor que yo.

Yphong vaciló. ¿Por qué le preguntaría por Hartmann?

—Es muy competente. Astuto, cínico, despiadado... o dedicado, si lo prefieres.

—¿Y no te gusta?

—No he dicho eso. Tiene sentido del humor, es muy alegre, va por su camino... ¿De acuerdo?

Tony imitó uno de los visajes de Hartmann, contrayendo toda la cara. Yphong tamborileó con los dedos sobre un escritorio imaginario. Los dos sonrieron.

—¿Por qué ese súbito interés por Hartmann? —exploró Yphong.

Él se puso a la defensiva. ¿Debía decir exactamente lo que pensaba?

—Me preguntaba cuánto tendría que ver con las cosas que suceden.

—Bueno; es el jefe del departamento...

—No me refería al departamento como tal... pensaba más bien en su relación con el personal...

—No te entiendo. —La voz de Yphong era cortante.

—Bueno... hum... —Tony hizo una mueca. Esto era difícil—. Bueno, tengo la impresión de que la mano de Hartmann está en todas partes. ¿Tú no?

—No. ¿Por qué dices eso? —Yphong sabía qué era lo que estaba tratando de decir y eso la ponía furiosa.

—No lo sé. ¿No lo ves como una figura maquiavélica? —Se desanimó—. O quizá no. No lo sé.

—¡Vamos! Estás tratando de decirme algo.

Tony deseó no haber empezado. La ira de su voz significaba que iba a reaccionar con furia cuando se lo dijera. Odiaba las escenas violentas.

—Me sigues, ¿no es verdad? —rogó. No tenía que ser explícito, ¿no?

—¿Qué quiere decir que «te sigo»? No tengo la menor idea de lo que estás diciendo.

—Oh, no importa —exclamó él, disgustado y frustrado.

Guardaron silencio hasta que Tony preguntó:

—¿Qué sabes de los loachi?

—Probablemente, menos que tú. He oído hablar un poco de ellos... Vi los maniqués y las fotos...

—¿Qué has oído?

—Casi nada. Unos pocos detalles fisiológicos, nada más... son muy similares a nosotros en algunos aspectos; respiran oxígeno, tienen corazón y pulmones, hablan... Estoy segura de que sabes más que yo.

—¿Cómo te afectan? ¿Sientes algo cuando los miras?

—No. Quizás un poco de curiosidad.

—¿Te recuerdan algo?

—No; creo que no. ¿Por qué?

—Yo los encuentro un poco parecidos a insectos, a las cucarachas... aunque no tenga nada contra los insectos, por supuesto. —Se interrumpió y después siguió—: ¿Tienes idea de lo que tendré que hacer, exactamente?

—¿Tú no lo sabes?

—Para ser honesto, estoy un poco confundido. No sé muy bien

hacia dónde voy.

—El hombre que tanto te interesa es el hombre a quien debes preguntárselo. Yo me ocupo de neurología.

—Esperaba que quizá supieras algo...

Ella frunció el ceño y contuvo un suspiro.

—No. Tu hombre es Hartmann.

Tony gruñó, insatisfecho.

—Sacarle información es un poco difícil; pensé que como tú estás en su departamento...

Hubiera insistido, pero tenía miedo de otro cambio de palabras violento.

Ella negó enfáticamente con la cabeza; sus cabellos anudados rozaban sus hombros como la cola de un gato enfadado.

Esa noche, cuando hicieron el amor, ella estuvo más vivaz que nunca, más sensible, más accesible. Él sonrió ante la ironía. Estaba a mil millas de distancia. Los movimientos de ella no significaban nada para él. Apoyó su peso en las manos, separando sus cuerpos. Él era un barrilete que ondulaba muy por encima de ella, sujeto sólo por un largo y frágil cordel. Se dejó caer sobre los codos y su cara tocó la de ella. Los labios de Yphong rozaron su oreja y en voz muy baja murmuró:

—Te quiero.

Tony estaba sentado en el sofá, con las piernas cruzadas. Habían pasado ocho días desde la primera vez que había entrado en el despacho de Hartmann. Hartmann se frotó vigorosamente la cara con las manos, para estimular la circulación y despertarse. Luego le preguntó bruscamente:

—¿Cree que ganaremos mucho uniéndonos a la Federación?

Tony reflexionó. Hartmann estaba cuestionando una premisa básica. No estaba seguro de cuál debía ser su respuesta.

—Eso depende de que los informes de prensa sean ciertos o no... es lo único que tenemos para justificar una decisión.

—Creo que son de fiar.

—Sí, claro. Pensé que todo el mundo pensaba que vale la pena unirse a la Federación. —Dudó—; No; más que eso: que era imperativo que nos uniéramos a ella. Se ha dicho que es nuestra salvación, el equivalente de la entrada de la humanidad en el cielo.

Echó una mirada a Hartmann que lo observaba, impasible, y

continuó:

—Claro que no sabemos si la humanidad sería feliz en el cielo...
Hartmann no sonrió.

—¿Qué nos ofrece la Federación? ¿Qué podemos ganar? ¿Qué beneficios pueden derivar de nuestra asociación?

¿Por qué diablos quería Hartmann que Tony le dijera todo eso? El tío sabía mucho más que él. ¿Acaso quería saber cuánto sabía él y cómo juzgaba la situación?

—Para empezar, ganaremos información científica y técnica...

—¿A cambio de qué?

Tony frunció el ceño.

—A cambio de nada... los Extraterrestres no parecen querer nada de nosotros... a menos... bueno... ¿quieren algo? Dígamelo usted.

—No, no. Siga.

—¿Hay algo en las condiciones que nos imponen antes de ayudarnos?

Levantó una ceja y miró inquisitivamente a Hartmann, pero la cara de Hartmann era completamente inexpresiva.

—Han dicho que antes de comenzar a ayudarnos en cualquier sentido, debe haber un desarme internacional. No sólo desarme atómico sino desarme militar total. Conversión de los barcos de guerra en naves pacíficas; desmovilización de los ejércitos; destrucción de bombas y bombarderos, de misiles y antimisiles... — Tony hablaba cuidadosamente. Tenía la impresión de que se estaba explicando en beneficio propio.

—¿Y usted cree que eso es bueno? —interrumpió fríamente Hartmann.

—¡Claro que sí! —dijo Tony, súbitamente desafiante. No entendía la conducta de Hartmann, pero no dejaría que lo empujara a decir cosas que no creía.

Hartmann dejó escapar un suspiro de alivio interior. Ahora que se las había arreglado para que el muchacho se comprometiera, podía permitirse el lujo de parecer escéptico y permitir que Martinet le convenciera. No había nada como inducir a alguien a que dijera algo para hacer que lo creyera.

—Ciertamente, significará el fin délas guerras —continuó enérgicamente Tony—. No veo de qué otra manera podría suceder.

Si los Extraterrestres no hicieran nada más por nosotros, eso ya sería fantástico...

Meneó rápidamente la cabeza, maravillado.

—¿Y usted cree que tendrán éxito? —preguntó Hartmann con aparente cinismo.

—Sí, creo que sí. No es como si nos pidieran que hiciéramos algo que nunca hubiésemos querido hacer. Es nuestra primera posibilidad real de obtener la paz. —Hablaba con más rapidez—. Por una vez no nos sentimos impulsados hacia la paz por razones negativas, porque la guerra es demasiado horrible. Esta vez hay una razón real y positiva para la paz... la ayuda que nos darán los Extraterrestres. Creo que eso significa una posibilidad de éxito mucho mayor... especialmente porque todo el asunto se puede transformar en una especie de profecía que se cumple por su propia naturaleza... cuando la gente crea que la paz es inevitable, lo será.

Hartmann tenía una expresión de disgusto en la cara.

—¿No le parece que esto de que nos ofrezcan una recompensa por portarnos bien es un poco el burro y la zanahoria?

—Y, si es así, ¿por qué no? Por lo menos nos alienta a ir por un camino por el que siempre hemos querido transitar. Creo que es estupendo. Desarme total. Casi increíble. Increíble.

Luego añadió tristemente:

—Pero, si soy realista, supongo que no sucederá; es un cambio demasiado grande.

—Ah, no —intervino Hartmann—; se supone que será gradual. La primera etapa consistirá en el final de las guerras y entonces obtendremos una recompensa. El desarme vendrá después. Pero el final de la guerra tendrá que ser global... para alentarnos a pensar globalmente, ¿sabe? —terminó, en tono burlón.

—No veo nada malo en eso. Pero estamos hablando sólo del desarme. Creo que los Extraterrestres están interesados en el control de la natalidad, en ver si somos capaces de acabar con la explosión de la natalidad.

—Así es. ¿Le parece mal que se metan en eso?

—Quizá teóricamente sí, pero no en la práctica. Es lógico que si van a ayudar al progreso de la medicina y a aumentar la longevidad primero quieran ver pruebas de que podemos restringir la población. Si no, harían más mal que bien.

—Hum... sí. No lo sé. La idea de la «ayuda» no me parece muy atractiva, que digamos. ¿No le parece a usted un poco degradante?

—Sí, supongo que sí pero parecen darse cuenta de que la caridad es muy degradante. Me parece una buena idea que tengamos que trabajar para obtener nuestras recompensas; nos hará sentir que hemos ganado lo que nos den, para que podamos seguir respetándonos a nosotros mismos; además, los mayores beneficios derivarán justamente de que hagamos esas tareas.

—¿Se refiere a la contaminación, por ejemplo? —apuntó Hartmann.

—Claro. Donde dejemos de producir una sustancia contaminante, ellos limpiarán toda la contaminación ya producida. Es un buen ejemplo, porque el mayor beneficio provendrá de dejar de producirla, y eso es mérito nuestro, no de ellos.

Hartmann sonrió, complacido. Martinet estaba haciendo un buen trabajo, concienciándose a sí mismo de la importancia de unirse a la Federación. Ya era hora de ayudarlo.

—Por cierto, ¿sabe cómo se proponen comunicarnos la información científica?

—No. ¿Cómo?

—Tenía razón cuando dijo que son sensibles a nuestra reacción frente a la caridad. Dicen —o Cleopatra dice— que no nos darán nada en una bandeja. Nada de dar mendrugos de información a mendigos intelectuales. Será un programa de «ayúdate a ti mismo». —Buscó el tabaco de pipa en el bolsillo y calló. Todavía no era el momento—. ¿Qué cree que gana la Federación con esto?

—Por lo que yo veo, en el sentido material, nada —respondió Tony, vacilando— salvo en lo que respecta a sus fines públicos de aumentar el amor y los conocimientos.

—Creo que tiene razón. Estoy seguro de que los fines de la Federación son genuinos —dijo Hartmann tranquilizándolo. Observó reflexivamente a Martinet. Las cosas iban bien. Sacó la bolsita de tabaco y procedió a encender su pipa.

La pantomima hizo sonreír interiormente a Tony. Las mejillas curtidas de Hartmann se contrajeron mientras aspiraba con fuerza. Se puso a hablar suavemente, como si estuviera solo.

—El verdadero problema no es si queremos asociarnos, sino si nos permitirán hacerlo. Tendremos que convencerles de que somos

capaces de convivir con el resto de la galaxia; que podremos relacionarnos amistosamente con otras razas, de que no exhibiremos fealdad y odio. Gracias a la ayuda de la Federación ganaremos eventualmente la posibilidad de viajar a las estrellas y una tecnología en proporción con eso, que podría producir armas mucho más terribles que las que poseemos ahora. La Federación no nos ayudará si existe la posibilidad de que seamos hostiles a otras razas. Sería tan tonto como armar a un niño loco. No habrá posibilidades de que entremos en la Federación si creen que sentiremos prejuicios y odio hacia los demás socios. Ese es el lado negativo, nuestra posibilidad de quedar descalificados.

"También hay un aspecto positivo. Aunque no se espera ninguna contribución específica de nuestra parte, nuestro valor como socios dependerá del afecto y la calidez que podamos expresar a los demás. Nuestra capacidad para el amor —tal como ellos la juzguen— determinará nuestro valor y nuestro atractivo para ellos.

—¡Pero sólo tienen que estudiar nuestra historia para rechazarnos! ¡O estudiar a un individuo! Estamos cargados de prejuicios... negros contra blancos, musulmanes contra hindúes, capitalistas contra comunistas...

—De acuerdo, pero podríamos considerarlos prejuicios cultivados, que surgen del ambiente. Lo que interesa a los Extraterrestres es nuestra capacidad innata para los prejuicios. Un grupo se mantiene unido por la camaradería entre sus integrantes y la hostilidad hacia los que no lo integran. Siento parecer reduccionista —sé que estoy haciendo una gruesa simplificación— pero quiero que se entienda esa premisa básica. Los loachi quieren saber cuán fuertes son nuestra desconfianza y nuestra hostilidad hacia los integrantes de otros grupos, sin demasiadas variables ambientales complicadas. Según su juicio seremos admitidos en el club o excluidos de él.

—¿Y cómo van a examinar nuestros «cocientes de amor y prejuicios»?

—Hablaremos de eso después. —Hartmann quedó absorto en su pipa, emitiendo grandes nubes de— humo—. La semana pasada tuvo tiempo de formarse una impresión acerca de los loachi. De hecho, ahora los conoce tanto como yo... o más. ¿Cómo me describiría a Cleopatra? ¿Está de acuerdo con mis juicios?

—Es sensible, afectuosa, comunicativa. Sobre todo, sensible.

—Hum... sí, muy bien —reforzó Hartmann. Estaba muy satisfecho. Martinet estaba describiendo a una Extraterrestre usando con naturalidad conceptos humanos. La estaba aceptando.

Tony reflexionó, recordando la muerte del esposo de Cleopatra y el hecho de que ella hubiese continuado con la misión. Recordó la foto en que sostenía a su sobrinito.

—Valiente, también... continuó, pese a la muerte de su marido. Y supongo que persistente.

—Bien, bien... ¿algo más? —Hartmann casi susurraba.

—Tengo la sensación de que son un pueblo muy cálido y amistoso... ¿impulsivos, quizá? Y, obviamente, muy inteligentes.

—¿Y su facilidad para sentirse heridos? ¿Ella le ha dado la sensación de ser muy vulnerable... quiero decir, a nivel personal? Cleopatra, como mujer, enfrentada a nuestro rechazo. —Hablaba con tono perentorio.

—Sí; comprendo lo que quiere decir... un rechazo sería muy significativo para ellos. Sería muy fácil herirla. ¿Puede ser esa la razón de que se adiestre especialmente a alguien?

Hartmann no respondió. Después preguntó.

—Por lo que ha aprendido, ¿le parece que el rechazo físico sería lo que les resultaría más inquietante... siempre que significara disgusto, desprecio o asco? —Tony asintió. Hartmann sintió un estremecimiento de excitación—. ¿Entonces aprecia que Cleopatra, exponiéndose a ser rechazada, es muy valiente? ¿Que hasta se podría decir que es noble? ¿Eh?

—Sí —asintió Tony, algo aturdido.

—Desde un punto de vista podríamos considerar a Cleopatra parecida a su tocaya, pero en vez de ofrecerse por su país o su posición, lo hace por nosotros. Se ha puesto en una situación que sería odiosa para cualquier mujer... la de estar en peligro de ser rechazada por un hombre.

"Me ha preguntado cómo juzgaría la Federación nuestro nivel de prejuicios y nuestra capacidad para el amor. Bueno, han propuesto una prueba muy sencilla. La compatibilidad con la Federación, nuestra posibilidad de llevarnos bien con ella y de superar nuestros prejuicios quedarán demostradas si podemos hacerles el amor. Usted y Cleopatra lo intentarán. Debe tener relaciones sexuales con

ella.

Tony no respondió. La idea bloqueó sus pensamientos y sus sentimientos; lo superó totalmente. Era como un enorme mueble metálico que tenía que mover pero no podía agarrar bien. Se quedaba totalmente inmóvil en su cabeza, mientras sus pensamientos giraban inútilmente a su alrededor.

—El acto sexual por sí mismo no les da mucho placer. —Hartmann siguió presionando, deseoso de impedir que Martinet rechazara inmediatamente la idea de la cópula—. Extraen mucha satisfacción de tocarse y acariciarse mutuamente. Como ya sabe, se puede saber cuándo están excitados y contentos, porque sus espinas se llenan de sangre, se mueven y pueden temblar... pero la cópula, como tal, les interesa poco.

—Y entonces, ¿por qué eligieron eso como prueba? —preguntó Tony, atontado.

—No es por lo que significa para ellos, es por lo que significa para nosotros, cosa que tienen muy clara. Si podemos hacerles el amor, eso demostrará que podemos superar nuestro miedo y nuestro rechazo íntimo. Si podemos amarlos físicamente, podremos amarlos espiritualmente. Quieren que los amemos...

Hartmann abrió los brazos y se encogió de hombros desvalidamente, sugiriendo que no era culpa suya.

—Permítame entenderlo bien. ¿Para que nosotros, para que la humanidad sea admitida en la Federación, alguien tendrá que hacerle el amor a... —Tony dudó— a Cleopatra? ¿Y esa persona soy yo?

—Sí.

—Ojalá hubiese...

—¿Sabido? ¿Previsto? ¿Cómo hubiésemos podido hacerlo? No había manera de decirle nada hasta ahora. —Hartmann miró a Martinet con simpatía—. No será difícil, ¿sabe? Todo el proceso es muy funcional y rápido. La hembra de la especie tiene el útero en el centro del cuerpo, pero hay ciertos parecidos entre los genitales de sus mujeres y los de las nuestras. Las loachis tienen vaginas, pero son más cortas y anchas.

Hablaba en tono alegre y seguro, tratando de calmar a Martinet y desdramatizar la situación—. El acto no dura más que un minuto, desde el comienzo hasta el final, de modo que no le estamos

pidiendo mucho.

—Se sabe que me ha llevado algo más de tiempo —observó secamente Tony. Hartmann sonrió.

—Bueno; ciertamente, será una experiencia única para ambos. ¡Quizá demuestre que tenemos algo que ofrecer a la galaxia! La situación parecía totalmente irreal a Tony. Se sentía muy tranquilo... sobre todo, porque no estaba comprometido. La persona de quien hablaba Hartmann no era él, no tenía nada que ver con él. Se observaba a sí mismo. Necesitaba tiempo para meditar acerca de todo, para aclimatarse. Descubrió que podía obtener un extraño placer de conversar tranquilamente acerca de algo tan monstruoso y absurdo.

—Por supuesto, usted supone que podré hacerlo. —Ese es mi problema, no el suyo. Yo fui el responsable de su elección y soy responsable de su actuación. Lo único que quiero es que coopere lo mejor que pueda. No puede hacer más que eso. Simplemente quiero que esté tranquilo y no se preocupe. Tengo plena confianza en que todo saldrá bien.

—¿Y cómo se supone que podré hacerlo? Hartmann inspiró hondo.

—Primero tendré que informarle un poco acerca de la situación. ¿Recuerda que al principio había dos loachi? ¿Cleopatra y su marido? —Sí.

—Inicialmente, cuando nos comunicaron las condiciones de la Federación, no sabíamos con qué sexo tratábamos —y no sabíamos que el marido de Cleopatra había muerto—, de modo que tuvimos que buscar una mujer que hubiese actuado por nosotros del mismo modo que lo hará usted. —Hartmann exhibió una expresión apenada—. Teníamos tan poco tiempo y la necesidad de discreción es tal que no pudimos buscar muy lejos. Temo que tuve que ejercer algo de presión sobre la asistente de uno de mis colegas, y persuadirla para que se ofreciera como voluntaria. Era una tal señorita Clemens.

—Ya veo.

—Por esa razón la enterramos aquí. Esperábamos someterla al mismo proceso de familiarización y al mismo entrenamiento que a usted. Se hubiera enfrentado con problemas similares y quizás hubiese tenido problemas similares para adaptarse. Su papel

hubiera sido muy parecido al suyo. Pero, de todas maneras, el macho loachi murió... ¿Supongo que no le ha dicho nada de esto?

—No.

—Bien. La verdad es que me presionó para que se lo dijera, pero era imposible revelárselo hasta ahora. Tuve dificultades para impedir que ella misma se lo contara todo. Es muy decidida.

—Me lo imagino.

—Ahora, tengo que admitir que he sido un poco taimado. —Hartmann agitó su pipa—. El hecho de que estuvieran en habitaciones adyacentes no fue totalmente accidental. Confiaba en que surgiera algo de eso. Después de todo, ustedes son dos personas muy normales y atractivas y vivir aquí abajo no es muy divertido. No quiero ser indiscreto —sus vidas privadas son asunto suyo—, pero... sí se me ocurrió que si mantenían una relación, la señorita Clemens podría ser muy útil. Por ejemplo, si los dos cooperaran en el período inmediatamente anterior a su encuentro con Cleopatra.

Terminó rápidamente y después continuó.

—Espero que esto no le parezca ofensivo. Estos temas pueden resultar incómodos, pero creo que es importante ser objetivo y considerarlos desde una cierta distancia. El problema es que, aunque conozco bien a la señorita Clemens, no estoy seguro de cómo reaccionaría si pidiéramos su ayuda. No quiero que sienta que está siendo explotada... ni usted tampoco... Realmente, deberíamos dejar de lado este tema, por ahora, y recuperarlo más adelante. Desgraciadamente, la única cosa que no tenemos es tiempo.

Hartmann se rascó la mandíbula y preguntó, aparentemente molesto:

—Oiga, ¿le importaría que conversara con la señorita Clemens? Creo que sería mejor que yo hablara con ella. Puedo ser razonablemente diplomático y prudente. Ella ya conoce la importancia de la misión y estaba dispuesta a colaborar, antes, de modo que quizá no me resulte muy difícil. ¿No tiene inconveniente?

Tony meneó ligeramente la cabeza.

—He sido muy franco y directo con usted, Tony. Pensé que probablemente lo preferiría... es mejor ser honesto y simple. Me alegro de que haya reaccionado tan bien.

—Me gusta que la gente sea honesta conmigo. Tiene mucha razón. Y, por cierto, usted habló de tiempo... ¿cuánto tiempo

tenemos? ¿Cuál es el plazo? ¿Podemos disponer de seis meses para preparar esto?

Hartmann respiró hondo y su rostro pareció apenado.

—¡Oh, no! Cuando le elegimos teníamos un mes. Ahora no que dan tres semanas.

Tony, derrumbado en el sillón de piel blanca, reflexionaba sobre lo que le había dicho Hartmann. Todavía le parecía difícil de concebir la idea de joder a Ello; era una idea a la que su mente no se adaptaba. Conjuró la imagen de Cleopatra. Vio sus ojos brillantes y malévolos y sintió sus suaves zarcillos de calamar. Se imaginó deslizándose suavemente la mano debajo de su rígido caparazón y luego acercándola, empujando fieramente... rompió a reír. Era demasiado.

Meneó repetidas veces la cabeza y siguió riendo. Todo el asunto era absurdo, una especie de broma lunática. Era la víctima de una colosal tomadura de pelo. Volvió a menear la cabeza, negando. No era una broma, era terriblemente serio. Sonrió. Eso lo hacía aún más divertido. Tenía que hacerlo, por cierto, y no era un asunto risible.

Consideró nuevamente a Cleopatra. Ahora iba a abandonar a Yphong —sí, podía imaginar eso— y luego iría a abrazar a Cleopatra ya tener un orgasmo con ella. Era posible aceptarlo si consideraba cada acción física por separado y la examinaba, si suprimía sus risitas nerviosas y se concentraba en realizar su trabajo. ¿Realizar su trabajo...? Nuevamente sintió ganas de reírse. ¿Las espinas de Cleopatra temblarían, su cara se sonrojaría? Trató de sentirse excitado ante la idea. Luego vio la enorme boca vertical... como un culo. Su mente retrocedió de un salto.

Si no podía contemplar el acto, por lo menos podía pensar en sus consecuencias. ¿Y si fracasaba? ¿Y si la Tierra no era admitida en la Federación? Eso suponiendo que los Extraterrestres los excluyeran realmente si él no podía hacerlo. Suponiendo qué Hartmann le estuviera diciendo la verdad... ¿Qué sucedería? No era lo que sucedería, era lo que no sucedería. Las guerras no terminarían, no habría control de natalidad, ni remedio para las enfermedades, ni se acabaría la contaminación... Pero todo era demasiado remoto, tenía poco que ver con él... y era absurdo que tuviera algo que ver con él. Él no había querido aceptar esa

responsabilidad.

¿Por qué diablos querían los Extraterrestres que él los jodiera? ¿Para comprobar que el Hombre podía amarlos? ¿Para saber que no estaban ayudando a desarrollarse a una raza que podría ponerlos en peligro? Pero, cuando él fracasara y la Federación rehusara admitir a la Tierra, ¿seguramente el Hombre seguiría progresando? Luego se le ocurrió una idea horrible. Si era demasiado peligroso ayudar al Hombre, ¿no sería también demasiado peligroso dejarlo solo? Se preguntó enfermizamente si la Federación consideraría necesario volver inocuo al Hombre, castrarlo de alguna manera. Quizá lo destruirían. Con la mirada perdida en la distancia, sus ojos se contrajeron. Tenía que triunfar.

¿Cómo hubiese reaccionado Yphong si hubiese sido ella? Súbitamente se sintió inundado de simpatía y ternura; era un vínculo más entre ellos, eran casi hermanos en el sufrimiento. Recordó el cinismo con que la había considerado. Era irónico que la hubiesen manipulado en beneficio suyo. Se sintió culpable por su anterior actitud; además, la iban a manipular nuevamente. Pero no podían elegir; lo que estaba en juego era tan importante...

Recordó cómo, la noche anterior, ella había susurrado que le quería. Ahora el recuerdo le entristecía mucho.

Pasaron dos días. Yphong había estado muy afectuosa y comprensiva. La noche siguiente harían un ensayo. Estarían él e Yphong, y el maniquí, en el cuarto de al lado. Nadie más estaría presente. No en los ensayos.

No había podido dejar de pensar en su tarea. Nuevamente, tenía dificultades para dormir. Dos mañanas seguidas se había despertado muy temprano y no había podido volver a dormir, quedándose acostado con los ojos muy abiertos. Había una presión en su cabeza y un peso en su cuerpo que le empujaba hacia abajo y le hacía sentirse fatigado y letárgico. La sensación había durado todo el día. Miró de reojo a Yphong, que leía sentada en el sofá. Se mordió desconsolado la parte interior de las mejillas. Imaginó dónde estaría el maniquí, justo fuera de la puerta del dormitorio.

¡Por Dios! ¡Todo era espantoso! Vio a los loachi con sus ojos facetados y brillantes y sus caparazones duros y brillantes, como gigantescos moscardones. Los imaginó con las alas zumbando mientras aterrizaban en enormes montones de estiércol humeante.

Sus labios se contrajeron con asco. Los vio corriendo de hongo en hongo, para ocultarse de la luz. Eran cucarachas que vivían en una fétida oscuridad. Suspiró, tembloroso.

Yphong le oyó y levantando la cabeza sonrió suavemente.

—¿Nos acostamos?

—Sí, de acuerdo... —se oyó responder.

En el dormitorio, se desvistió mecánicamente y luego se metió debajo de las sábanas. Yphong apagó la luz y se acurrucó a su lado. Apoyó ligeramente la mano en su hombro. Por alguna razón, Tony no se sentía sexualmente excitado. No es que tuviera sueño... se sentía totalmente despierto y lleno de energías. La acercó a sí y la besó larga y apasionadamente. Mientras la besaba, aguardó la erección, pero no pasó nada. Comenzó a acariciar el cuerpo de Yphong, sin pensar en el suyo propio, deslizando la mano por sus suaves curvas, apretando su cuerpo contra el de ella. Metió la mano entre sus muslos y ella se abrió. Inmediatamente, sus pensamientos volvieron a concentrarse en su persona... no; todavía no había sucedido nada. ¡No iba a poder hacerlo! Trató de relajarse y dejar que la excitación de ella encendiera la suya, pero había un comentarista dentro de su cabeza, vigilando lo que hacía, haciendo que todo fuera frío y calculado, proporcionándole informes no deseados sobre sus progresos... «no; todavía no se mueve». «¡Sí! ¡Un centímetro!». «No; nada».

Recordó otras veces en que le había pasado lo mismo... pero nunca con una persona a quien conociera tan bien. No tenía que pensar. Su ansiedad aumentaba rápidamente. Ella acarició un pequeño juguete inerte. Él hizo una mueca en la oscuridad y después se echó a reír.

—¿Sucedo algo malo? —susurró ella.

—No lo sé. Me habrá sentado mal el té. —Rió nuevamente.

—¿De que te ríes?

—Estaba pensando que tendríamos que cantar el Himno nacional. Como es obligatorio que todos se levanten...

Se sintió vagamente molesto mientras ella lo manipulaba y las paridas que hacía a Yphong perdieron su entusiasmo. Parecía ser un espectador, no comprometido realmente con la escena, totalmente imparcial y distante. Esto le estaba sucediendo a otra persona, no a él, y a él no le importaba nada.

—Podríamos dejarlo para mañana y hacer el amor cuando despertemos —dijo vacilante Yphong.

¿Lo habría dicho para tranquilizarlo? ¿Para evitar que fracasara nuevamente, pese a la frustración que debía sentir? ¿O es que no deseaba que continuara? Ya frustrada, ¿no deseaba seguir excitándose inútilmente?

—Déjame intentar esto.

Trepó encima de ella, separando sus piernas con la rodilla. Una vez más la excitó, pero todo el tiempo tenía conciencia de sí mismo, no había espontaneidad en sus acciones. Intentó estimularla con su miembro flácido. Gradualmente, se dilató. Desesperadamente ansioso, intentó hacerlo entrar. Se dobló.

—¡Oh, Dios! —gruñó—. Tendré que hacerle injertar un hueso. Esto es peor que pinchar cebollitas con un palillo de plástico.

Su cuerpo estaba totalmente tenso. Tenía conciencia de cada una de sus partes. Estaba tirante y vibrante, nerviosísimo. Millones de voltios crujían dentro de él, a punto de trazar un arco alrededor de la tierra y reducir a ambos a cenizas. Cada nervio latía, cada músculo estaba forzado.

Besó formalmente a Yphong y se dejó caer a su lado, para mirar la oscuridad con los ojos muy abiertos. Un refugio había quedado cerrado para él. Estaba fuera, solo. Hizo una mueca. Tenía una noche de insomnio por delante.

Yphong estaba sentada en la silla de respaldo recto, frente a Hartmann. Estaba decidida a no mostrar ni rastro de vergüenza. Hartmann notó su postura rígida y sus mejillas algo hundidas.

—¿Qué sucede Yphong, eh?

—Temo que la situación es más fuerte que Tony. Se ha quedado impotente. —Su tono era voluntariamente superficial—. Creo que se siente demasiado presionado por lo que se le viene encima.

La frente de Hartmann se arrugó.

—Temía que esto sucediera. Usted puede hacer muy poco. Es terriblemente incómodo para los dos... —Se pasó la mano por la mandíbula—. ¿Cree que puede suceder nuevamente?

—No lo sé. Supongo que sí. No veo por qué no. A mí me parece que es un resultado del conjunto de la situación. Si pudiéramos quitar hierro a la situación...

—¿No llegó a la etapa del maniquí?

—Ni siquiera empezamos.

Hartmann suspiró.

—Quizá tengamos que abandonar totalmente esta táctica. Como usted sabe, yo había confiado en aplicar una técnica de aprendizaje condicionado... usted era el estímulo no condicionado, su erección la respuesta no condicionada y Cleopatra y su reacción ante ella el estímulo y la respuesta condicionados. Desgraciadamente, las cosas han sucedido al revés y hemos realizado una especie de terapéutica de la inversión. En vez de amar a Cleopatra, empieza a sentir temor ante usted.

—Seguramente habrá alguna manera de quitarle de encima algo de responsabilidad. Quiero decir que ya es bastante malo tener que ir con esa cosa, sin necesidad de pensar que el destino del mundo depende de eso.

Por mucho que tratara de controlarse, Yphong no podía ocultar sus emociones y Hartmann suspiró largamente para demostrar su exasperación.

—Nos quedan menos de tres semanas, señorita Clemens. En ese tiempo se decidirá el futuro de la humanidad. En comparación con lo que está en juego, todo lo demás parece insignificante. Sentimientos y vergüenzas, ética y moral carecen de contenido comparadas con eso. Está en juego nuestro futuro como raza. Será el principio o el fin de la Humanidad.

Hablaba veloz e intensamente; su cara estaba roja.

—Mis sentimientos, sus sentimientos, los sentimientos del doctor Martinet... ya no son relevantes. No puedo considerar ningún bienestar individual. Tendremos que hacer lo que haya que hacer... sin culpa, sin vergüenza y sin arrepentimientos.

Miró con fijeza a Yphong. Ella lo miró y después observó el escritorio, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Ya que nuestro actual enfoque se ha demostrado inútil con el doctor Martinet, nos veremos obligados a adoptar otra táctica diferente. Tendré que aprovechar sus conocimientos y los del doctor Granja. Temo que tendré que utilizarla más de lo que hubiese deseado.

La cara de Hartmann se volvió impasible, como si hubiese aplastado algo desagradable que estaba dentro. Habló en voz más baja.

—Comprenda que yo no quería esto. Es que no podemos elegir. Lo siento, de veras; esto va a ser difícil para los dos. Confío en que usted hará que las cosas sean más fáciles para todos, pero puede ayudar especialmente a Tony... no solamente explicándoselo todo, sino tranquilizándolo... usted es la única que puede hacerlo.

Yphong asintió en silencio. Su cara carecía de toda expresión. Sólo sus ojos mostraban tristeza.

Tony se derrumbó en las fauces del sillón. Parecía querer tragarlo. Estaba en un rincón del despacho de Hartmann. En el otro rincón, Granja estaba sentado a mayor altura, apoyado en el borde de una silla de respaldo recto, las rodillas muy juntas y las manos unidas sobre las rodillas. Hartmann se inclinó hacia adelante. Ya había decidido cómo iba a manejar la situación. Este no era el momento de preguntar con delicadeza y persuadir. Era necesario definir la situación con simplicidad, apabullar a Martinet y dominar la reunión. Asumió una expresión seria.

—Es evidente que nuestra actual táctica ha fracasado, doctor Martinet. No veo razones para insistir con ella. La culpa no es suya y no quiero que se sienta incómodo o culpable. La presente situación es simplemente desgraciada. Ahora tenemos que decidir qué haremos.

Tony había supuesto que Hartmann quería verlo para saber cómo habían ido las cosas la noche antes. Había anticipado preguntas embarazosas y había acumulado resentimiento. Había decidido que diría a Hartmann que abandonara sus planes, por imposibles. Ahora, su resentimiento desapareció. Era irrelevante. Hasta sintió un cierto alivio, porque no iba a ser interrogado.

—El doctor Granja y yo hablamos de todo esta mañana. Considerando la extremada urgencia del asunto, me veo obligado a transferirlo a sus cuidados; sus conocimientos son más relevantes que los míos. ¿Querría explicar la próxima etapa al doctor Martinet?

—Muy bien —dijo secamente Granja. ¿Por qué no se lo explicaba Hartmann? ¿Por qué debía ser él quien diera las noticias?

—El área que nos interesa es la amígdala, una parte del sistema de los miembros. Si consideramos la totalidad del área, parece participar en una variedad de funciones. Ya en 1953, Schreiner y Kling produjeron placidez e hipersexualidad en gatos, por medio de

lesiones al Núcleo Amigdaloides. Molina y Hunsberger en... oh... 1959, creo, provocaron gruñidos, olfateos y otras respuestas... la pauta exacta de respuesta variaba con el punto estimulado. Después, Kaada y Ursin descubrieron una conducta de investigación típica de la estimulación de la amígdala mediante una división basal-lateral del núcleo, y respuestas autónomas —usted sabe, piloerección, salivación, etc.— al estimular la división anteromedial.

"Pero la complejidad de la situación aumenta mucho, sin embargo, si tomamos conciencia de la confusión que existe en lo que respecta a las interrelaciones con el hipotálamo y las estructuras neocorticales. Además existen, por supuesto, muchos descubrimientos aparentemente contradictorios en este campo. Kluver seccionó la amígdala de algunos monos, volviéndolos plácidos, mientras Bard destruía la amígdala de gatos, volviéndolos salvajes...

Hartmann miró furioso a Granja. Qué estúpido, qué asno engreído, pensó. No tenía por qué iniciar esa conferencia. Y, peor aún, la mención de la destrucción de tejido cerebral. Interrumpió a Granja.

—Me gustaría aclarar dos cosas. La primera es que no tiene por qué preocuparse por las lesiones que mencionó el doctor Granja. Se hicieron a animales, no a personas. No tiene relevancia en nuestra situación actual, y en ninguna circunstancia sufrirá usted lesiones...

—¡Eso no quiere decir que carezcan de relevancia! —interrumpió el doctor Granja—. Esos primitivos experimentos tenían un gran valor. Si el doctor Martinet tiene que entender lo que voy a hacer, tiene que saber algo de los antecedentes.

—La segunda cosa —prosiguió Hartmann con firmeza— es que no tiene por qué alarmarse ante las aparentes confusiones en los sujetos. Eso es, en parte, resultado de trabajar con diferentes especies, de modo que los resultados no siempre son comparables. También es resultado de no saber exactamente en qué punto del cerebro se está. Buena parte de las investigaciones del doctor Granja se han hecho en el cerebro humano y él se complacerá en decirle que ha perfeccionado, una técnica de trabajo de precisión mucho más que usual.

—Creo que no es el momento de discutir mi técnica —dijo Granja, molesto—. Iba a referirme a los trabajos de Olds... ¿ha oído

hablar de él?

—Vagamente —replicó Tony. Recordaba una conversación que había tenido con Yphong, y eso le daba una extraña sensación de *deja vu*.

—Olds trabajó mucho con lo que se denominaba el «centro del placer» del cerebro. Incluía la autoestimulación. Debe haber oído hablar de esos experimentos en que las ratas aprietan incesantemente una palanca para recibir un cierto estímulo en los núcleos centrales y mediales. Por supuesto, esto puede deberse a algún refuerzo de la conducta externa, pero ahora consideremos que Lilly descubrió que los monos eran capaces de estimularse en esa región, apretando una palanca hasta durante cuarenta y ocho horas, manteniendo la erección del pene permanentemente...

Sonrió a Tony.

—Y también Endocrozi, estimulando crónicamente el núcleo de la amígdala, obtuvo un aumento en la secreción de corticosteroides y hormonas sexuales...

La idea de meter cosas en cerebros repugnaba a Tony, pero los modales clínicos de Granja hacían difícil la reacción. Gradualmente, sin embargo, comprendió horrorizado que se proponían revolver en su cerebro. Miró fijamente a Granja. La cara blanca y regordeta se transformaba mientras hablaba y los ojos negros brillaban como los de los Extraterrestres.

—Creo que deberíamos explicar cómo afecta esto al doctor Martinet —declaró Hartmann con autoridad—. Lo que hará el doctor Granja será estimular su amígdala. Tiene una experiencia inigualable en esto y no habrá problemas. No sentirá absolutamente nada, ya que el cerebro no tiene terminaciones que transmitan dolor.

Pero, cuando la estimulación comience, la encontrará enormemente agradable.

La mandíbula de Tony colgaba un poco y respiraba por la boca. No podía admitir la situación. Se preguntó si debía negarse, pero... ¿le permitirían negarse? Pero sus preguntas no parecían importar. De hecho, ni siquiera estaba seguro de tener que plantearlas, considerando lo que estaba en juego. Sintió que era terriblemente egoísta preocuparse por sí mismo cuando estaba en juego un problema de esa magnitud. No quería tener nada que ver con eso.

No quería tomar ninguna decisión. Trató de hacer una pregunta. Quiso hablar con calma, pero su voz se quebró.

—¿Qué clase de daños causará eso?

—Absolutamente ninguno —respondió Granja—. Nuestros instrumentos son extremadamente finos y delicados. Es imprescindible que seamos muy precisos. Si no, interferiríamos con otras zonas, introduciendo variables completamente desconocidas... no podría obtener resultados significativos sin saber donde estoy incidiendo.

Hartmann observó a Martinet, que estaba hundido en su sillón. Había estado preparado para agitar el contrato ante su cara y recordarle lo que estaba en juego. Para amenazarle todo lo que fuera necesario. El aislamiento de Tony le había desorientado y el ritmo y la magnitud de los acontecimientos y responsabilidades le habían confundido aún más. Hartmann sintió una considerable simpatía por él, pero era una emoción confinada en otro departamento. No afectaría sus pensamientos ni sus acciones. Se encogió de hombros mentalmente; no podía elegir. Reflexionó acerca de los espesos cabellos castaños de Martinet. Tendrían que ser afeitados. Eso serviría como confirmación del compromiso.

—El único daño que sufrirá, Tony, será en sus cabellos. Temo que tendrán que raparlo. Eso será ciertamente, la parte más dolorosa para usted... y la que tendrá efectos más duraderos. Pero crecerán aún más espesos la próxima vez. ¿Podríamos hacer eso inmediatamente?

Tony se miró en el espejo. La transformación era increíble. Sus cabellos habían sido reemplazados por un cráneo. Un extraño objeto blanco había aparecido encima de sus orejas. Con sus rebordes y contornos cambiantes se parecía más a una rodilla que a un huevo. El resto de su cara también se había alterado. Sus rasgos parecían mucho más prominentes. Su nariz y sus orejas parecían dominar su cara.

Hizo una mueca al espejo, tratando de reconciliarse con su súbita calvicie. Pero no era lo mismo que ser calvo. Su cráneo no tenía nada que ver con el resto. Para empezar, era de otro color. Por una vez, se alegró de estar aislado del mundo exterior. Cuando era más joven, odiaba las visitas al peluquero. Generalmente encontraba alguna chica que se lo cortara. Se preguntó si Hartmann

vincularía eso con el complejo de Edipo. Buena parte de su personalidad se expresaba en su apariencia y quitarle sus cabellos era suprimir una parte de su persona. Le deshumanizaba y reducía su individualidad. Torció un poco la cabeza y trató de ver su perfil con el rabillo del ojo. Tenía un aspecto horrible.

—¡Dios mío! —exclamó en voz alta—. Un novicio en el monasterio.

Oyó que llamaban. Tony se alejó del espejo y se dirigió a la puerta. Era Yphong. Se miraron durante unos momentos. Yphong estaba asombrada al verle rapado pero no quería demostrar su sorpresa.

—¿Puedo entrar?

—Sí, claro. —Tony se hizo a un lado. Se sentía incómodo y se resistía a besarla, esperando a medias un rechazo. Cerró la puerta y cuando se volvió Yphong deslizó sus brazos debajo de los suyos y lo besó. El cuerpo de Tony estaba rígido. Ella se apretó silenciosamente contra él, mientras se mantenían junto a la puerta. Yphong no sabía qué decir. Quería contarle lo que había pasado y lo que pasaría. Que no era culpa suya, que lo lamentaba, que en realidad no había participado en eso. No sabía cómo empezar a pedir disculpas, cómo presentar su caso. ¿Quizá sería mejor no decir nada? ¿Qué importaba?

—No sé cómo decirlo, pero lo siento mucho —estalló.

—¿Qué es lo que sientes? —Levantó las cejas, para demostrar que no era necesario.

—Esa operación de Granja... es lo último que quería que sucediera. ¡Dios mío, es horrible! Les rogué que no lo hicieran. Nunca pensé que esto... terminaré con todo el asunto. Nunca soñé que... —meneó la cabeza, furiosa. Habiendo empezado, su angustia fluyó—. Tienes que creerme, Tony; hubiese hecho cualquier cosa para impedir esto. Acabo de enterarme. No tenía ni idea de que esto podía suceder.

—Está bien, está bien, amor mío; no es culpa tuya. No es culpa de nadie. No te pongas así.

Puso la mano sobre la de ella. Vio que estaba furiosa, sin signos de lágrimas.

—Es que me siento culpable.

—No hay razón para eso. No has hecho nada para que te sientas

culpable. Después de todo, yo me ofrecí como voluntario y supongo que podría haberme negado a esto. —Señaló su cabeza—. Pero, por lo que veo, no podemos elegir. Esto hay que hacerlo; lo que está en juego es demasiado importante. Además, no parece que esté sucediéndome a mí. Yo no me enfado... así que no te enfades tú. Después sonrió y dijo:

—No lamento haber venido aquí abajo. Si no lo hubiera hecho, guapa, no te hubiese conocido, ¿verdad?

Ella le contempló con sus grandes ojos arrasados. —Van a violar tu cerebro. No lo sé. Ojalá nunca hubiese venido aquí.

—Vamos, vamos —reprendió Tony, abrazándola—. Eso no es lo que decías antes. Tú sabes que las cosas no van a ser como dices, ¿verdad?

Más tarde, en la cama, después de hacer el amor, Tony estiró la mano para tocarle la cara. Estaba tan quieta y silenciosa que pensó que estaba dormida. En cambio, descubrió que sus mejillas estaban mojadas.

La silla era el punto focal del quirófano. Al principio, Tony la había visto como una especie de trono. Ahora, sentado en ella, con un cinturón ajustado sobre su pecho, parecía una reliquia de una cámara de gas. Su cuello estaba firmemente sujeto por un collar de caucho que corría por debajo de su mandíbula y nuca. El collar estaba fijado a la parte trasera de la silla y le obligaba a mirar hacia adelante. Llevaba una túnica de papel blanco que apenas podía ver si miraba hacia abajo. Si miraba hacia arriba, podía ver una batería de taladros, colgando de unos brazos sujetos a una plataforma. Se balanceaban amenazadores, como espadas en un cinto. Sí, pensó, era como estar en el dentista... hasta por los olores. Los olores del éter y el desinfectante, de la goma y el metal pulido, pasaban por encima de él.

Escuchó atentamente los ruidos que había detrás. Se advertían sonidos apagados, crujidos de papel y plástico. Voces suaves murmuraban como si conspirasen y se veían ocasionalmente recortadas por el sonido metálico de fórceps y escalpelos. Se concentró con todas sus fuerzas, tratando de oír lo que decían, pero no pudo descifrar nada. Esperó, poseído por una vaga aprensión.

Hubo un chasquido encima suyo. Una suave luz púrpura parpadeó encendiéndose y llenó su campo visual. Una voz habló.

Parecía exageradamente fuerte.

—No mueva el brazo, por favor. Voy a ponerle una inyección.

Apenas sintió la aguja que se deslizaba en sus tejidos. Un extraño aparato descendió sobre su cabeza... así que éste era el equipo estereostático, el marco de referencia para el cerebro. Comenzó a sentirse soñoliento. Un trozo de carne blanca hinchada tocó un costado de su cara. Tuvo conciencia de que insertaban una varilla en su oído. Un zumbido grave comenzó, por encima de él. Empezó a nadar en un mar púrpura. Perdió el sentido.

Miró por la ventanilla las nubes de nata batida que pasaban flotando. Descendiendo, el avión se metió en unas nubes espesas, precipitándose por un cielo que parecía puré de patatas. Luego, volvió la luz. Despertó. Parpadeó varias veces, tratando de entender.

Estaba acostado en el sofá de su habitación; Yphong estaba arrodillada a su lado. Cogía su mano con fuerza.

—Está bien, Tony, está bien. Todo salió bien.

Trató de levantar la mano para tocarse la cabeza. Ella se lo impidió.

—No; déjalo. No lo toques; está bien. Tranquilízate y no te preocupes.

—¿Ha... es... operación es éxito? ¿Sí?

—Sí, sí; ha sido un éxito. No hubo problemas.

Se obligó a sentarse y apoyó los pies en el suelo. Los efectos de la anestesia desaparecieron rápidamente.

—No esperaba estar aquí. ¿Dónde está Granja?

—No lo sé. En el laboratorio, supongo. No hay razones para que esté aquí. Hizo todo lo que podía hacer. El resto es cosa nuestra.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Estás seguro de que te sientes bien? ¿No estás mareado o algo? Realmente, tendrías que descansar un rato.

—No. No quiero descansar. Me siento estupendamente. — Cautelosamente, se llevó la mano a la cabeza.

Yphong se estiró.

—No lo hagas, cielo.

Se puso de pie y fue hacia el espejo. Un cabo de metal surgía de su coronilla. Podía haber sido tina bujía de encendido. Eso era todo. No había nada más.

—No digas cómo me siento. Sigo prefiriendo el pelo. Ahora, dime: ¿qué viene a continuación?

—No iba a hacer nada hasta esta noche... o mañana si prefieres esperar.

—No.

—Tengo que conectarte a esa máquina que está allá. Después me meteré dentro del maniquí... como si fuera a un baño de máscaras...

Tony vio la máquina por primera vez. Estaba frente al tocadiscos. Era una elaborada matriz de diales y clavijas, alambres y tuberías.

—¿Y quedo enchufado a esa cosa?

—Eso no es problema. Solo tengo que conectar a un terminal. Tú mismo podrías hacerlo.

—¿Cómo sabes que funcionará bien? ¿Cómo sabes que la implantación está en el lugar adecuado?

—Lo comprobaron mientras estabas anestesiado. Está en la posición correcta... pero olvidémonos de todo esto hasta esta noche, no hablemos de eso ahora.

Cuando llegó la noche, hacía frío. Ella conectó el fuego.

—¿Quieres que comamos algo, cielo?

—No tengo nada de hambre. ¿No podríamos empezar ahora? No tiene sentido seguir esperando. De veras, me gustaría acabar de una vez.

—Hemos esperado para estar seguros de que estás totalmente recuperado, pero si quieres empezar ahora, lo haremos. Primero, tengo que cambiarme.

Quitándose el vestido, se introdujo en la piel de la réplica de Cleopatra.

—¿Puedes subirme la cremallera, cielo? Está debajo de la capa.

—¿Cómo vas a hacer para ver a través de ésa cosa?

—Veo por la boca. Huy, va a hacer calor aquí dentro. ¿Puedes acercarte a la consola, para que te conecte?

Se desplazaba con dificultad y Tony la cogió del brazo. Cuando andaba, sus piernas espinosas parecían faldas de hierba agitándose. Se inclinó con dificultad; su caparazón rascaba el suelo. Levantando el extremo de un cable, lo atornilló al polo que había en la coronilla de Tony. Él aguardó, expectante.

—Todavía no siento nada.

—No está conectado. Primero tengo que poner la cinta.

—¿Cinta?

Ella no respondió. El aire se llenó con los sonidos de Strauss, el «Danubio Azul».

—¿Podrías ayudarme a mover esta mesa hasta el rincón para que el centro del cuarto quede despejado? ¡Cuidado! ¡No pises tu cable!

Volvió a la máquina, que comenzó a zumbar. Luego anduvo tropezando hasta él, con los temblorosos brazos abiertos.

—¿No me invitas a bailar?

—¿Quiere bailar conmigo, señora?

Ella cogió la mano izquierda de Tony y enlazó sus seis dedos con sus cinco.

—Mete la mano derecha debajo de mi capa. Así. Y acércame. No; más.

Se apretó contra él. Él estrechó sus largos y suaves zarcillos y miró fijamente el tajo oscuro de su boca. Era difícil imaginar que Yphong estaba dentro.

—Entonces, a bailar el vals —indicó ella—. Empieza con el pie derecho, no lo olvides... listo... ¡ya!

Avanzaron dando traspiés. Tony tenía que concentrarse mucho. Derecho, izquierdo, juntos, derecho, izquierdo, juntos... La cabeza de Cleopatra se balanceaba extrañamente mientras giraban. Sus ojos resplandecientes le miraban sardónicos desde la altura... ¿o su brillo expresaría simplemente diversión? Su mano descansaba en el hombro de Tony y sostenía el cable que iba desde su cabeza hasta el estimulador. Era difícil no enredarse, especialmente porque debían girar constantemente en la pequeña habitación. El cable enredado trazaba curvas en el suelo.

Él la pisó por cuarta vez.

—Disculpa.

—No importa; estás descalzo.

—¿Por qué tenemos que bailar un vals?

—Hartmann considera que crea una situación en la que estamos muy juntos y hay muchas reminiscencias sexuales. Y además es bastante divertido.

—Pero el «Danubio Azul»...

Empezó a sentirse excitado.

—¡Eh! ¡Surte efecto!

—La estimulación está determinada por un programa. El programa varía la frecuencia y la intensidad del estímulo hasta que lo desconecte.

Se sintió aún más excitado y la apretó con más fuerza, haciéndola girar con las caderas, sus cuerpos muy juntos... o tanto como lo permitía el incómodo atuendo de ella. De algún modo, sus ojos cambiaron, se transformaron en los ojos comprensivos y misericordiosos de una profunda inteligencia; su mirada distante revelaba su tristeza. Una voz amortiguada habló.

—Tiene un saquito de plástico en medio.

Pasó una semana. No había visto ni una vez a Hartmann. En su tiempo libre, había vuelto a estudiar. Soportaba dos sesiones diarias, una por la mañana y otra por la noche. Se sentó a la mesa mientras ella trabajaba con su equipo.

—¿Qué estás haciendo?

—Preparando un nuevo programa.

—Creí que había uno solo.

—No. Has recibido uno diferente cada día. ¿No te diste cuenta? Sólo te estimula parte del tiempo. En algunas sesiones casi no recibiste estímulos. En cuanto lo hagas tú solo, te enfrentarás con la situación real teniendo un montón de probabilidades a tu favor.

—¿Y cuándo sucederá eso?

—Cuando estés preparado. No antes.

—¿Qué va a suceder? ¿La van a traer aquí o me llevarán hasta ella en una silla de ruedas con todas estas cosas conectadas?

—¡Por Dios, no! No debes decir nada acerca de esta estimulación. Esto no debe saberse. Hartmann se volvería loco. Lo destruiría todo.

—De acuerdo, de acuerdo. No diré una palabra. Pero no tendré que hacerlo con esta cosa que me sale de la cabeza.

—Antes te la quitaremos y lo cubriremos todo. Quizá estiremos la piel por encima del agujero. Nadie sabrá nunca que ha pasado algo. Cleopatra podría pedir incluso un análisis de sangre... pero no descubriría nada. Pase lo que pase, no debes decir nada.

—No tengo por qué hacerlo. Pero ¿qué pasará después de que me quiten esta cosa? ¿Cuál será el procedimiento?

—Estaremos solos en una habitación. Hay una puerta en un extremo de esa habitación. Ella te estará esperando al otro lado de la puerta.

—Y cuando esté listo, ¿salgo corriendo?

—Sí.

—¿Un poco como en las carreras donde llevas un huevo en una cuchara...?

Pasaron cuatro días más.

—¿Otra prueba esta mañana? —preguntó él con entusiasmo.

—No. Creo que ahora podríamos bajar al quirófano.

—¿Por qué? —preguntó desconfiado.

—Para quitarte esa sonda. Ya no la necesitas.

—¿Estás segura? —Sus intestinos empezaron a contraerse—. ¿No crees que un par de días más...? Esto puede ser prematuro...

—No. Ya estás listo.

Bajaron juntos al quirófano. Nuevamente se sintió rodeado por el olor inhumano de la higiene clínica. La silla vacía lo aguardaba ansiosamente.

Recuperó el conocimiento en una habitación desconocida. Era grande y estaba casi vacía. Estaba acostado en una litera negra, frente a una pared desnuda.

—¿Estás bien? —Yphong apareció frente a él.

—Sí. —Recordó la operación. Estiró la mano y palpó su áspero cuero cabelludo.

—Con cuidado —avisó Yphong.

No encontró nada. No había rastro ninguno que indicara que había habido un palo de metal surgiendo de su cabeza. Respiró hondo varias veces. Se sentía agradablemente relajado. Sonrió a Yphong.

—¿Así que desapareció?

—Sí.

—Entonces estamos listos para la última etapa, —Súbitamente, sintió frío—. No tenemos por qué empezar inmediatamente, ¿verdad?

—No. Podemos esperar un rato, si quieres. Depende de ti.

—Bien. —Reflexionó unos momentos—. Me pregunto qué estará sucediendo en la superficie... no he visto un diario desde que bajé.

—Yo tampoco.

Observó la habitación al azar.

—Me han dicho que tienen una buena filmoteca aquí abajo. ¿Alguna vez viste algo?

—No. Pensaba hacerlo, pero no sé por qué nunca llega el momento.

—Yo tampoco. Pero lo haré. Me gusta el cine.

Durante un rato guardó silencio; después habló, resignado.

—¿Quieres que empecemos?

—Si tú quieres...

Se puso de pie sin dificultad; su cabeza estaba totalmente clara. Yphong se acercó al maniquí loachi. Puso las manos detrás de la espalda y desató su bata blanca de cirujano. Llevaba tejanos y blusa azul. Se desabotonó, se quitó la blusa y la dejó caer. Luego bajó la cremallera de sus pantalones y se los quitó. Con movimientos rápidos y decididos se puso el disfraz de extraterrestre. Tony la observó con pasiva curiosidad. Era desconcertante descubrir que no le estimulaba en absoluto.

Desde unos enormes altavoces situados en los dos extremos de la habitación surgieron los acordes del «Danubio Azul». El volumen era mucho mayor que en su habitación.

—Ven, entonces. Quítate eso.

Tony se quitó su bata de papel y se acercó a su pareja. Con su mano bajo la capa, valsearon por la habitación. Los ojos vivaces brillaban alentadores. La boca llena y sensible lo invitaba a besarla. Él comenzó a excitarse. Los zarcillos de ella palpitaban seductores, temblando de deseo. Su excitación aumentó. La deseaba.

—Está al otro lado de la habitación —murmuró una voz distante que venía de muy adentro—. ¡No tardes demasiado!

Cuando se acercaron a la puerta, Tony soltó a su pareja y pasó corriendo por la puerta. La música del «Danubio Azul» se hizo aún más fuerte y la habitación resonaba con sus triunfantes floreos.

Hartmann y Granja entraron presurosos.

—¿Así que entró? —preguntó Granja.

—Ahora está solo. Ya no podemos hacer nada más —afirmó Hartmann.

Voy a cambiarme —dijo fríamente Yphong. Salió ondulante de la habitación, con su ropa. Estuvo ausente cinco minutos. Cuando volvió preguntó simplemente.

—¿Y?

—Nada. Absolutamente nada. No hemos oído nada. No ha dado señales de vida —barbotó Granja ansiosamente.

Hartmann sacó su pipa y un cortaplumas de plata y pasó los minutos siguientes rascando cuidadosamente la cazoleta. Dejó caer al suelo el hollín gris y chamuscado. Luego rebuscó hasta dar con la bolsa del tabaco. Con movimientos lentos y cuidadosos pinzó hebras de tabaco entre el índice y el pulgar y las comprimió dentro de la cazoleta. Granja e Yphong quedaron absortos por sus acciones. Granja se quedó quieto.

Hartmann apretó el tabaco con su grueso dedo mayor. Después, ligeramente inclinado, encendió el tabaco. La brasa de la cazoleta brillaba y se oscurecía rítmicamente. Brotó un humo oscuro. Como un tren que se alejase lentamente.

Hartmann se echó hacia atrás en su asiento. Miró a Yphong, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas. Finalmente habló.

—¿Entró demasiado pronto?

—No —replicó Yphong.

—¿Está segura de que estaba listo, verdad?

—Sí. Quedaron en silencio. Pasaron diez minutos. Hartmann seguía fumando. Su cara carecía de expresión. Granja, inquieto, cruzaba y descruzaba las piernas.

—¿Qué demonios lo retiene? ¡Debe haber fracasado! ¡Debe haberlo enviado demasiado pronto!

Yphong miró hacia otro lado y no se molestó en responder.

—¿Por qué no sale? —continuó Granja—. ¿Cree que tiene miedo de salir y reconocer su fracaso?

Hartmann se encogió de hombros. Granja se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación. Durante un rato nadie habló. Strauss daba vueltas alrededor de ellos.

Granja se detuvo frente a la puerta por la que había pasado Tony.

—¿Estará bien? ¿Quizá le ha pasado algo? ¿No tendríamos que echar una mirada?

—No. Déjelos en paz. No los moleste.

—Pero ¿qué está pasando? ¿Por qué tarda tanto? ¡Hace veinte minutos que está allí! ¡Si no lo ha logrado aún, no lo logrará nunca!

Hartmann lo contempló largo rato antes de hablar.

—Hay una explicación posible que parece habersele escapado.
—Hizo una pausa—. Ella podría estar examinándolo muy cuidadosamente.

—Oh. —Granja se acercó y se dejó caer junto a Hartmann. Se sentía enfermo. ¿Qué sucedería cuando Ello descubriera que habían hecho trampas? Metió las manos entre las rodillas y las apretó. ¿Seguramente Ello lo descubriría rápidamente? Siguió mirando a la puerta. Habían esperado tanto. ¿Cuándo iba a salir Martinet?

Hubo un súbito silencio que los sobresaltó a todos.

—Se terminó la cinta —observó Granja. Se puso de pie de un salto—. ¿Vuelvo a ponerla?

—No se moleste.

Volvió a sentarse. Estaban totalmente solos en sus mundos separados. Nadie deseaba hablar ni escuchar. Habían esperado más allá del entendimiento.

Una voz irrumpió.

—Por favor, ¿podrían poner de nuevo la cinta de Strauss?

Durante un minuto nadie pudo hablar.

—¿Y bien? —gritó Hartmann, más fuerte de lo que hubiera deseado—. ¿Lo hizo?

—Sí —dijo la cabeza que asomaba por la puerta—. Ningún problema.

—¿Por qué no salió antes? —inquirió Granja.

—Porque estaba enseñándole a bailar el vals a Cleopatra. Por eso no salí. Ahora vuelvan a poner la cinta.

La cabeza desapareció. Hartmann miró fijamente a Granja. Un gozoso entumecimiento se apoderó de él. Ya no podía controlar su expresión. Una sonrisa boba se dibujó en su cara. Se puso en pie de un salto y cogiendo a Granja salió valseando hacia el magnetófono.

Yphong se quedó sentada en el suelo. Sus labios estaban apretados. Unas líneas de tensión nacían de sus ojos entrecerrados. Miraba fijamente hacia la nada y no vio a nadie.

UNA FORMA DE VIDA

Norman L. Macht

A Way of Life

Oyó los pasos en la escalera, el golpe en la puerta del piso de abajo, las voces en el vestíbulo, Abrió un poquito su puerta para oír la confirmación de lo que —suponía— estaba sucediendo.

—... Oficina de Actitudes Negativas. Quisiéramos preguntar por su salud.

Cerró la puerta. La entrevista no duraría más de diez minutos. Luego llamarían a su puerta. Se sentó, inspiró y dejó salir el aire haciendo ruido.

Diez minutos para escapar. La última vez le había llevado menos de cinco largarse del piso en que vivía. Aunque sería mejor decir «existía». Ahora se sentía fatigado, demasiado pesado y masivo para moverse. Se sentó, sabiendo que el tiempo se agotaba.

Probablemente habría hombres de guardia frente al edificio. Hombres, bufó. Robots, eso es lo que eran. Cosas. Pero eso era una excusa para no moverse, para no hacer el esfuerzo. Fácilmente podía llegar al techo en unos pocos minutos y después, alejarse por los tejados. Había explorado el barrio, planeando la ruta de escape antes de alquilar el piso. Sabía exactamente qué camino debía seguir y podía hacerlo, tanto durante el día como por la noche.

Después de veinte años de desplazamientos era un experto en huidas. Podía estudiar un edificio desde fuera y decidir si era un lugar adecuado para vivir o trabajar sin siquiera entrar en él. Sabía más acerca de callejones, túneles y alcantarillas en las principales ciudades del país que toda la población de ratas. Y durante sus viajes se había encontrado con muchas de éstas, además.

¿Por qué? ¿Por qué llevaba semejante vida? Cada vez que se hacía esa simple pregunta no encontraba mejor respuesta que culpar a su sangre irlandesa. Maldecirla. Condenarla. No tenía otra elección. Sabía que debían existir otras razones para haber elegido el camino por el que iba su vida pero, fueran las que fueran, estaban metidas más adentro de lo que podía —o deseaba— investigar. Sus investigaciones introspectivas, que se habían vuelto más frecuentes a medida que envejecía, siempre se detenían al llegar a la sangre irlandesa.

Al principio, la ligereza de su lengua le había metido con frecuencia en dificultades pero, con la edad, se volvió más circunspecto y pensaba antes de hablar. Sin embargo, con su mata de cabellos rojos, su piel pálida, casi incolora, y sus emociones que hervían justo debajo de esa superficie transparente, podía contener sus sentimientos sólo durante un plazo determinado; después, estallaban. En una sociedad donde esos sentimientos constituían un delito, estaba condenado desde el nacimiento. La sangre irlandesa, de nuevo.

En realidad no era un delito; eso era incorrecto. «Actitudes contrarias a, e incompatibles con el bienestar público y privado». Esa era la frase oficial. La sentencia era el hospital. La deshumanización era la cura.

Los segundos corrían. Se sentó. ¿Para qué serviría huir ahora? Ese monstruoso DON no le dejaba ninguna posibilidad, ahora. Había estropeado el juego. Aunque te quedaras callado, esa cosa leía tus pensamientos. Te enfadabas con algo, maldecías al gobierno, sentías el humano impulso de pegar a alguien y las agujas tocaban el techo. Las malditas cosas estaban por todas partes y podían explorar una zona y casi señalar la cabeza donde habitaban todas esas emociones descastadas.

Hombre a hombre, todavía podía eludirlos, ser más astuto que ellos, continuar existiendo y respetándose a sí mismo. Pero el Detector de Ondas Negativas... no había podido inventar la forma de derrotarlo.

Una autocontradicción, eso era el DON. Un chiste de mierda. Un mezquino, sucio, agresivo invasor que entraba en su mente para eliminar pensamientos mezquinos, sucios, agresivos. Y, lo que era más, esa acción inspiraba pensamientos mezquinos, sucios,

agresivos contra el aparato. Una mierda de doble autocontradicción, eso era.

Se sentó. Se rascó la cabeza. Dos cabellos quedaron en su mano. Uno era rojo y el otro blanco. Los miró. Canas. Demasiado viejo para seguir huyendo. Tenía cuarenta y ocho años, pero se sentía acabado. Ni siquiera le matarían; eso era lo peor. Estaban demasiado llenos de dulzura y bondad, de intereses fabricados y preocupación fingida por su bienestar. ¿Quién conocía su bienestar mejor que él mismo? Si decía: «Mátenme, por mi bien», tendrían que matarlo y olvidarse del asunto.

Y entonces, ¿por qué no se suicidaba, si ésa era la solución? ¿Por qué no les quitaba la posibilidad de salvar otra alma? No; si ellos lo hicieran, podría morir por una razón. Si lo hacía él mismo, su muerte no tendría sentido.

Ruido en el vestíbulo de abajo. La entrevista había sido más breve que de costumbre. ¿O ya habrían pasado diez minutos? Todavía tenía tiempo de llegar a la azotea si lo dejaba todo y salía corriendo. Pero tenía que darse prisa. Ahora mismo.

Los pasos subían por la escalera hacia su piso. Era demasiado tarde. No hacer nada se había transformado en uña forma de acción.

Hubo un golpe cortés en la puerta. Se puso de pie para abrir, sintiéndose extrañamente desprovisto de emociones. Otro chiste. Aquí estaba, a punto de que se lo llevaran a causa de sus emociones incontrolables y no sentía nada.

Abrió la puerta y miró las tres caras.

—¿El señor Patrick Cárter?

—Así es.

—Somos de la Oficina de Actitudes Negativas. Hemos venido a interesarnos por su salud. ¿Podemos entrar?

Se hizo a un lado y les invitó con un gesto. Llevaban ropa de paisano; nada de uniformes.

El que había hablado era un hombre bajito, cuarentón, de aspecto agradable, con un genuino aire bondadoso. Era calvo. En la cabeza, justo encima de la frente, tenía una cicatriz. O, más bien, una serie de cicatrices: pequeños círculos repartidos de forma irregular. Era uno de los Convertidos.

Los otros dos eran más jóvenes; alrededor de los dieciocho,

supuso, los que él llamaba no humanos. Formaban parte de la nueva generación, nacida después de la promulgación de las Leyes de Conducta. Se les había hecho la lobotomía al nacer, como requería la ley. Nunca habían conocido la ira, el odio, los prejuicios, la agresividad, ningún impulso violento. Sus ojos tenían una vaga expresión de vaciedad, sus rostros un aspecto benigno llamativamente similar.

Se sentaron, uno junto al otro, en el desvencijado sofá que casi llenaba el pequeño estar y esperaron a que él se sentase en el único otro asiento que había en la habitación.

—Nuestro Detector de Ondas Negativas ha indicado la existencia de algunos síntomas de enfermedad en este edificio. —Hablaban con suavidad, como consolando a la madre de un niño muy enfermo—. Por supuesto que, en vez de poner a todo el edificio en cuarentena, preferiríamos la colaboración de sus habitantes para localizar al portador de la enfermedad y poder curarlo.

Sustituyen «culpable» por «portador», pensó.

—¿Puedo ver su Documento de Conducta?

Tenía varios documentos. Algunos certificaban que había sido convertido, cosa que podía ser refutada afeitando su cabeza en la que no había cicatrices. Esos documentos los mostraba cuando le detenían en la calle o le cogían en una redada masiva, en las que la inspección era rutinaria. Otros afirmaban que era físicamente no apto para el tratamiento, por diversas razones, pero no exhibía conducta hostil o negativa, de modo que no contaminaba a la sociedad. Todos eran falsos.

Sacó del bolsillo uno que le declaraba sano pero no tratado y se lo dio al funcionario.

Fue estudiado en silencio, pero con obvio escepticismo.

—Señor Cártter, según esto hace más de un año que usted se presentó para ser tratado y fue rechazado. ¿Alguna vez ha sentido enfado o impulsos agresivos desde entonces?

Fingió reflexionar; frunció el ceño y miró hacia arriba.

—No; no recuerdo nada.

En realidad, lo que había estado considerando eran las sonrisas inexpresivas de los dos jóvenes asistentes. ¿Les operarían la boca también, al nacer, dejándolas curvadas hacia arriba en una eterna no-sonrisa?

—A medida que envejecemos sin tratamiento el riesgo de deslizamos en una conducta incompatible e irreversible se hace mayor. Con frecuencia, el cambio ocurre sin que nos demos cuenta de él. El Detector de Ondas Negativas es una ayuda maravillosa para la comunidad, para detectar lo antes posible y tratar esa enfermedad. Nuestros informes sugieren que usted puede haber llegado a ese nivel en este momento, sin tener ninguna conciencia de ello, por supuesto.

Esa jodida dulce bondad. Lo que significaba era que, finalmente, cío habían cogido. Habían atrapado al viejo revisionista, al apasionado de cabellos rojos. Lo iban a deshumanizar, por el bien de la humanidad.

Pero no podía sentir furia contra el hombre que se sentaba frente a él. El pobre desgraciado creía realmente en lo que estaba haciendo. Está sentado allí, diciendo cosas y lo han arreglado de manera tal que cree honestamente en ellas. Quizás hace veinte años era tan malo y rebelde como yo, pensó Cártter, pero lo arreglaron.

Le hicieron unos agujeros en la cabeza, manosearon su cerebro y apagaron el fuego.

No respondió; ¿qué podía responder? Había tenido la oportunidad de huir y no la había aprovechado. No importaba. El DON había destruido sus coartadas, había estropeado la diversión. La humanidad derrotada por la tecnología, una vez más.

—¿Podemos sugerirle que nos acompañe para un nuevo examen? Ahora existen nuevas técnicas para tratar a las personas mayores. Quizás alguna de ellas le sea útil. Esperaremos mientras Recoge sus pertenencias.

De modo que así era. Así era como terminaba. Ya no decían «está arrestado», con porras y furgonetas policiales, como en los viejos tiempos. Sólo existía una enorme solicitud por tu salud, por el bienestar de la comunidad. Gentil persuasión, no fuerza.

Pero el resultado era el mismo. Venían y te marchabas con ellos. Y cuando volvías, ya no eras el mismo. Si es que volvías. A veces, el tratamiento te mataba. Había accidentes. La tasa de fatalidades era alta para los de más de cuarenta.

O terminabas en El Hogar. Había oído hablar de la existencia de El Hogar, pero sabía poco de él. El Hogar era para incurables, eso lo sabía, los que por cualquier razón no podían ser tratados y los locos,

cuyos cerebros habían quedado tan revueltos por el tratamiento que después ya no servían para nada.

Sintió, sorprendido, un enorme alivio. Sorprendido y desilusionado, porque nunca pensó que la combatividad de su sangre irlandesa pudiera abandonarle. Pero estaba cansado de correr, de vivir en pisos sórdidos y abandonados, aguardando los pasos en la escalera que le hacían marcharse corriendo de un agujero a otro. Durante demasiado tiempo había luchado para mantener encendida una antorcha humana en una sociedad blanda y pasiva, donde la pasión era al principio peligrosa, luego escasa y ahora, al final, casi inexistente. Se sentía, cada vez más, como la pimienta negra en la dieta de un ulceroso. Se sentía solo.

Normalmente, no había plazas en el Instituto para el Tratamiento de la Conducta. Pero Patrick Cáster debió ser considerado un contaminante agudo. Fue admitido y se le adjudicó una habitación sin demora.

Los administrativos y ayudantes eran todos jóvenes, todos habían sufrido una lobotomía al nacer. Él decía que estaban docilizados. Sus ojos eran inexpressivos. Exhibían una especie uniforme de expresión serena. Era un aspecto de máxima serenidad que rozaba el aburrimiento.

La chica que le acompañó a su habitación era una atractiva enfermera, de unos veintiún años. No pudo evitar preguntarle.

—¿Alguna vez ha estado enamorada?

—Tengo un amigo, —respondió terminantemente.

—No le pregunté eso. ¿Alguna vez ha sentido dentro el ardor de la pasión, deseos físicos salvajes e irresistibles que la volvían loca si no los satisfacía?

—Esta es su habitación, señor Cáster —abriendo la puerta. Parecía estar deseando alejarse.

Cuando se quedó solo rió para sus adentros. «Pobrecilla. Ni siquiera sabe qué es el amor. Y nunca lo sabrá. Qué pena».

La Comisión de Actitudes y Conducta era la agencia más poderosa del gobierno. Decidía si eras tratable o no, si volvías a lo que llamaba «vida de derechos» o eras enviado a El Hogar. No había apelación.

Se sentó frente a un jurado compuesto por dos hombres y una mujer. Todos ellos habían sido convertidos.

—Señor Cáster —dijo el presidente—, ¿cómo puede ser que haya Segado a los cuarenta y ocho años y nunca haya sido descontaminado?

—Tengo un Documento de Conducta?

—Ah, sí; en realidad tiene varios. Todos falsos, por supuesto. Nuestros archivos demuestran que nunca se sometió a tratamiento. ¿Porqué?

No tenía sentido discutir con ellos. Sería mejor tranquilizarse y divertirse.

—Porque tuve suerte, supongo —dijo sonriendo.

Su jovialidad no fue apreciada.

—Señor Cáster —preguntó la mujer—, ¿usted cree que la ira es un sentimiento positivo y constructivo?

—A veces.

—¿Es partidario de la violencia, de atacar y matar a la gente?

—No; no lo soy.

—Pero la ira, ¿no lleva a la violencia?

—No necesariamente. Muchas veces he estado enfadado, pero nunca he golpeado a nadie.

—Señor Cáster —prosiguió el presidente—, ¿usted odia a alguna persona?

—¿A alguna persona? —Hizo una breve pausa—. No. Creo que realmente no odio a ninguna persona.

—¿No está de acuerdo en que nosotros, como individuos, y la sociedad en conjunto estamos mejor sin ira ni odio y con todas las actitudes negativas eliminadas?

—Sí y no. Quiero decir, no si los efectos laterales son demasiado importantes.

—¿A qué efectos laterales se refiere?

—Bueno, fíjese, usted ve a esos, esos zombis. Supongo que se les puede llamar así, andan por allí. Son agradables y dulces e inofensivos, estoy seguro, y supongo que les gustan algunas cosas y tienen alguna clase de sentimientos, pero —movía las manos mientras hablaba— no hay fuego, no hay pasión, no hay profundidad en sus emociones. No; si no puedo reír sin lastimar algunas veces, si no puedo amar sin odiar, o sin ser odiado... bueno, lo prefiero así, aunque a veces sea malo, a esa especie de papilla inexistente que esos chicos llaman vida.

—¿Esos son sus sentimientos concretos sobre el tema?

—Sí, lo son. Hasta que puedan encontrar la manera de restringir el abanico de emociones sin quitarles la profundidad, la capacidad de sentir, creo que la gente debe seguir siendo como es, o como era.

El tercer integrante del jurado habló.

—Señor Cárter: es responsabilidad del estado actuar en defensa de lo que considera los intereses y el bienestar de la sociedad en su conjunto. Si tomáramos en consideración los caprichos y excentricidades del individuo sólo habría caos y no orden. ¿No cree que la sociedad está mejor gracias a la falta de agresión?

—Depende. Si se canaliza en la dirección adecuada, la agresión es buena. Hemos elegido la mediocridad; eso es lo que hemos hecho. Fíjese; en este país no se ha hecho nada de primera en los últimos veinte años. En la historia del mundo nadie hizo nada que se pueda considerar verdaderamente grande sin ser agresivo. Deténganse y, piensen en eso.

El jurado no tenía intenciones de detenerse a pensar en eso.

—Usted nos hace aparecer como una especie de villanos. Aquellos de nosotros que hemos sido convertidos sólo albergamos pensamientos positivos acerca de nuestros prójimos. Creo que podemos considerar que eso es un logro valioso, aunque usted no esté de acuerdo. Sufrimos al verlo atormentado y dolorido, manteniendo actitudes tan incompatibles, tan hostiles hacia el bienestar de la sociedad. Dígame, ¿por qué cree que el estado se toma tanto trabajo por mantener este programa, si no es para que todos vivamos mejor?

—Bueno, es una manera de liquidar la posibilidad de que alguien disienta o se rebele contra el gobierno.

No quería decir eso, aunque lo había pensado muchas veces en el pasado. Antes de que el sonido de sus palabras se hubiese disipado supo que no se podía decir eso en voz alta.

Pero lo había dicho. No había disimulado hasta ese momento, había sido franco y abierto con sus actitudes negativas, exhibiéndolas como calcetines colgados a secar. De modo que no tenía sentido alguno ocultar el resto de sus incompatibles teorías.

La investigación había terminado. Le despidieron.

Le hicieron una cuidadosa revisión física, cuyos resultados fueron agregados a una transcripción del interrogatorio; el conjunto

fue entregado a un funcionario de la CAC, para que decidiera.

Mientras esperaba estudió al personal del Instituto, especialmente a los más jóvenes, buscando a alguno que pudiera haber superado la operación post natal conservando desapercibidos vestigios de emociones. No encontró a ninguno.

Por lo menos, he pasado más años que la mayoría, pensó, viviendo a todo vapor. Estos jóvenes nunca han sabido cómo son las cosas.

El informe volvió: no apto para tratamiento.

Esa tarde lo llevaron a El Hogar.

El director de El Hogar, otro de los convertidos, estudió su historial tamborileando con los dedos sobre el escritorio mientras leía.

—Hum... sí; verdaderamente estos son los casos más tristes, los casos como el suyo. Los que esperan demasiado antes de presentarse para el tratamiento y entonces es demasiado tarde. Están equivocados. Son autodestructivos. Qué pena, qué pena.

Más solicitud artificial, más sofocante protección.

—No esperé demasiado —se rebeló—. Me cogieron.

El director dejó pasar eso sin notarlo.

—Ya no tenemos muchos infortunados como usted aquí, señor Cáster. En una época esto estaba repleto, pero la mayoría ya ha fallecido, la generación más vieja, demasiado vieja para ser tratada cuando se dispuso la Política de Actitudes Positivas. Finalmente, han encontrado el descanso permanente que no tuvieron aquí, en la tierra.

Este tío debe haber sido enterrador, pensó. No puedo aguantarlo más.

—Disculpe, señor, pero ¿tamborilear con los dedos de esa forma no es considerado la expresión física de una actitud negativa?

Los dedos se detuvieron bruscamente.

—Es una especie de ejercicio para los que no han sido exorcizados, ¿eh? —dijo con una risita que se extinguió rápidamente ante la persistente seriedad que se reflejaba en el rostro del director—. Por supuesto, estará separado de esas almas desgraciadas que sufrieron accidentes durante el tratamiento. Sólo podemos intentar aliviar sus sufrimientos durante su atormentada estancia entre nosotros. Hay que pagar algún precio para garantizar

la paz a la gran mayoría. Siempre ha sido así, como dijo el poeta.

Y no hay nada tan insoportable como un converso, alguien debe haber dicho eso también. Estaba deseando volver a la compañía de los ayudantes jóvenes, con sus sonrisas de plástico.

—Descubrirá que nuestros residentes disfrutan con entera libertad de El Hogar y sus terrenos, donde hay el mínimo posible de reglas. El hecho de que haya sido declarado incompatible con la sociedad no le será reprochado por ninguno de nuestros empleados. Después de todo, nuestra finalidad es proteger, no castigar.

El director se puso de pie y le tendió la mano.

—Ojalá encuentre aquí la paz y la felicidad, señor Cáster.

Bienvenido a la prisión.

En realidad, el sitio no era nada malo; tenía que admitirlo. Su habitación era soleada, limpia y ventilada; mucho más grande que muchas de las que había ocupado en el exterior.

Desde su ventana veía la entrada por donde había llegado. Los altos muros seguían una corta distancia en cada dirección antes de desaparecer dentro de los espesos bosques que parecían rodear el resto de los terrenos. No pudo ver ningún otro edificio ni signos de actividad. ¿Dónde guardaban a los locos?

Todo estaba tan en calma y silencioso y ordenado. Sintió que el aburrimiento sería la peor forma de castigo.

Se acostó en la cama y estudió las reglas. Había un horario de comidas, biblioteca habilitada (probablemente allí no habría más que dulzura y panfletos ligeros), y películas tres veces por semana. No había vuelto al cine desde que quemaron todas las películas viejas, años atrás. Ahora no hacían más que bondadosas homilías, sosas como puré frío y lo que ellos llamaban historias de amor que en realidad eran historias de «gustar». Ya nadie sabía lo que era el maldito amor.

Y eso era todo. Al final había una exhortación a cada residente para que tratara de contener las actitudes negativas que le afectaban personalmente, para que no contaminara más aún a los demás. Dejó a un lado la normativa y escuchó. Silencio. Volvió la cabeza. Ni un ruido. ¿Estaría solo? ¿Podría ser que no hubiese nadie más allí? Desde fuera, cuando había cruzado la entrada, le había impresionado la apariencia de casa solariega que tenía el edificio y las tierras que lo rodeaban. Debía haber cien habitaciones, o más.

Ya era casi de noche. Se levantó y notó que tenía hambre.

¿Sería hora de cenar? Revisó la tarjeta. Si se daba una vuelta y miraba un poco durante unos minutos, sería labora.

Salió al pasillo y se dirigió a las escaleras. Al llegar al descanso oyó el ruido amortiguado de la actividad que subía desde la planta baja. También olió el aroma tentador y amistoso de la comida.

Cuando empezó a bajar la escalera vio a su primer compañero de residencia. Una criatura vieja, apergaminada, fantasmal, pasó junto al pie de la escalera en una silla de ruedas a motor.

Cárter se detuvo. Buen Dios. ¿Así eran sus compañeros de residencia? Con razón el lugar era silencioso como una tumba.

Mientras estaba allí, mirando los pocos escalones que le quedaban, una gruesa anciana pasó cojeando en dirección al comedor.

Oh, no, gruñó. Si no hubiera sido por el olor a comida y los gorgoteos de su estómago hubiese preferido volver arriba, acostarse y no levantarse más.

Siguiendo la pista de los ruidos y los aromas siguió bajando las escaleras y se dirigió al comedor. El pasillo estaba desierto.

El comedor era una enorme habitación cuadrada, lujosamente amueblada, con las paredes cubiertas con paneles de madera. Era cálido, alegre e invitador; estaba casi vacío. Se detuvo en la puerta y contó. Quince cabezas calvas o canosas que temblaban u oscilaban.

Una dejó de comer y lo miró, sin ninguna expresión, sin desearle la bienvenida, sin hostilidad, sin siquiera curiosidad. Nada. Otro notó que el primero había levantado los ojos e hizo lo mismo. Luego lo imitó un tercero, y así, hasta que todos estuvieron mirándole.

Luego, como ante una señal invisible, todos volvieron a comer. Entonces, por primera vez, se dio cuenta de que ninguno cenaba con otro. Todos estaban sentados en mesas separadas. Y nadie hablaba.

Elió una mesa junto a una ventana y se sentó. Había un mantel blanco, un bonito servicio y una flor fresca en un florero. Fue servido por una dulce jovencita, cosa que no significaba nada. Todos los jóvenes eran dulces, invariables, indescriptiblemente dulces, plácidos, amistosos. Y aburridos.

La comida era excelente. Cocinando para sí mismo durante todos

esos años se había habituado a comidas vulgares, simples y sin interés. Eso era cocina para *gourmets*: bien condimentada, una combinación variada de alimentos en cantidades ilimitadas. Era suficiente para aplacar las actitudes más negativas. Temporalmente. Durante las comidas.

Mientras comía trató de no levantar los ojos del plato. La habitación en sí misma era confortable y calma, casi terapéutica, pero la visión de los demás comensales le deprimía. Una vez miró por la ventana, pero no pudo ver nada en la oscuridad.

Se quedó sentado, alargando la segunda taza de café, absorto en los mil detalles decorativos de las paredes y el cielo-raso. Los ancianos habitantes se habían marchado; estaba solo en la habitación y no tenía prisa. Se abrió la puerta y apareció una mujer. Era mucho más joven que los demás; estaba alrededor de los cincuenta, algo más o algo menos, elegantemente vestida con un jersey marrón y una falda a rayas. Tenía cabellos oscuros; desde donde estaba no vio canas.

¿Sería una residente o pertenecería al personal? Era una mujer de buen ver, con una expresión agradable, inteligente, natural, no la que provocaba el tratamiento. Le pareció que no tenía aspecto de convertida; había algo en su cara que no había visto en nadie desde hacía mucho.

Se quedó en la puerta y le miró, vacilando, pareció dirigirse hacia él y después fue hacia una mesa en el extremo opuesto de la habitación y se sentó.

Cárter la siguió con la mirada y continuó observándola mientras la servían y empezaba a comer. Una vez le miró, pero desvió rápidamente los ojos cuando encontró los suyos. Comió veloz y nerviosamente.

Le estaban sirviendo el café cuando súbitamente se le ocurrió que dentro de unos minutos se marcharía. Podría perderla por el momento, o bien por aquel día o tal vez para siempre.

Se levantó y, llevando su taza casi vacía, anduvo hasta ella.

—¿Puedo acompañarla?

Ola se sobresaltó, aunque debió haber sentido su presencia.

—Sí —dijo suavemente.

—Me llamo Patrick Cárter. Soy nuevo. En realidad, llegué esta tarde.

Ella le miró a la cara por primera vez. Sus ojos se volvieron más grandes y brillantes. Sonrió.

—Lo siento. En un sentido. No; de veras lo siento. —Estaba sonrojada, como las adolescentes que recordaba, en los viejos tiempos, en la primera cita—. Es que cuando entré en el comedor y le vi sentado allí, pensé: «¿Podrá ser un ser humano, otra persona que tenga menos de ochenta años?». No me atrevía a creer que fuera cierto.

—Yo tuve la misma reacción cuando la vi. Y acabo de llegar. ¿Cuánto hace que está aquí?

—Dos años, o un poco más, quizá, o quizá es que parece más tiempo. —Se interrumpió cuando la chica se acercó y les sirvió más café.

—Dígame —preguntó él cuando volvieron a quedar solos— ¿esto va contra las reglas, esto de confraternizar, quiero decir?

—Oh, no. Lo alientan, siempre que uno transmita pensamientos y actitudes positivas. Y en este momento no tengo ni un pensamiento negativo en la cabeza. Ni el más mínimo. —Rió.

Él sintió una excitación que no había experimentado durante más tiempo del que podía recordar. Había conocido a otras mujeres, pero las de su generación habían sido convertidas tiempo atrás y la pasión, como había aprendido, muere de hambre en la placidez. Las jóvenes, como los frutos sin madurar de un árbol de plástico, no le interesaban. Pero ésta era una mujer genuina, humana, no tratada, como él.

—Me llamo Margaret Riley —dijo ella—. Solían llamarme Maggie.

—Maggie. —Se recreó en el nombre—. ¿Y has estado dos años aquí? ¿Cómo demonios has podido conservar tu cordura?

—En primer lugar, viniendo a comer después que los demás han comido y se han marchado.

Ella rió nuevamente. Era el sonido más hermoso que había oído nunca. Quería decir algo que la hiciera reír. Su mano tocó la de ella, sobre la mesa. Ella no se movió.

—Y después, la fe, la esperanza, y la terquedad irlandesa.

—¿Son todos así? —preguntó él—. Quiero decir, ¿no hay nadie más que ellos en esta residencia, los que vi cenando?

—No; no son todos. Pero la edad promedio está alrededor de los

setenta, supongo. Algunos de ellos están aquí desde que se inauguró El Hogar; veinte años.

—¿Dónde están los demás?

—Son unos cincuenta en total, creo. Unos pocos están en el hospital; no salen nunca. Y los otros están aislados, supongo.

—¿Aislados?

Ella se inclinó hacia él.

—Es lo que pasa si te pones realmente malo y desagradable —susurró burlona—. Te confinan en tu habitación para que no contamines a los demás hasta que se te pase la rabieta.

Ella rió.

—En este lugar tienen a algunas de las personas más irascibles que hayas conocido en tu vida. Creo que no han tenido una idea positiva en la cabeza desde el día en que nacieron. Y a éstos —le señaló con el dedo para subrayar sus palabras— tendrían que haberles hecho una lobotomía completa.

Era la hora de cerrar. Se puso de pie, sintiéndose súbitamente incómodo.

—¿Hay algún sitio... quiero decir, podemos ir a hablar a alguna parte?

—¿Te gustaría dar un paseo?

—¿Podemos?

—Ciertamente. Espérame aquí. Iré a buscar un abrigo.

Mientras esperaba adquirió conciencia por primera vez de las fuerzas emocionales que crecían dentro de él, que se precipitaban a llenar el vacío que se había abierto cuando la vio entrar en el comedor. Se sentía electrizado, rejuvenecido, completamente vivo de nuevo.

Afuera estaba fresco y muy oscuro. Dejó que le enseñara el camino.

—¿No les preocupa que alguien quiera escapar?

Ella rió.

—¿Los que viste hace un momento? No; no desde que rodearon el lugar con Detectores de Ondas Negativas. Si pasas por el portón esas cosas descubrirían inmediatamente la presencia de un individuo contaminante y no convertido. Te cogerían en cinco minutos y te encerrarían un mes en tu cuarto, por conducta antisocial.

Se acercó a ella. Sus manos se encontraron y se aferraron mutuamente, ansiosas.

—¿Cómo te las arreglaste para preservar tu humanidad? —preguntó él.

—Mintiendo. Ocultándome. Falsificando documentos. Píldoras. Ahogando mis reacciones. Amortiguando emociones. Hasta que el DON me cogió y leyó mi mente.

—La historia de mi vida —dijo él.

Anduvieron por los jardines y llegaron al borde del bosque sin hablar. Había tanto que él quería decir, preguntar, pero el silencio era cómodo. Habían dado la vuelta e iban en otra dirección. Él no veía ni rastro de El Hogar y no tenía ni idea de dónde estaba.

Súbitamente ella se detuvo y le miró de frente.

—Me siento estupendamente —dijo—. Por primera vez en no sé cuanto tiempo.

Él la besó, larga y tiernamente.

Ella apoyó la cabeza contra su mejilla y luego se separó tan bruscamente que le asustó.

—Sabes, Patrick —dijo, eufórica, con un rastro de acento que aparecía por primera vez—; he pasado todos estos años aplastando y negando las emociones y los sentimientos naturales, y tenía muy mal carácter, créeme. Estaba segura de que mi humanidad había muerto mientras luchaba por preservarla.

Le besó bruscamente en la boca.

—Bueno, chico, puedo decirte que está viva, gracias a ti, y deseando demostrarlo.

Más tarde, mucho más tarde, le dijo:

—La vida es más que nada dos personas, ¿verdad? Nada más.

Él asintió.

—Dos personas verdaderas —dijo.

ESMERALDA

Daphne Castell

Esmeralda

... Pero el cuarto pollo era muy diferente. Toda la tarde la puerta floja había crujido perezosamente en la brisa cálida y ligera; yo me había mantenido cerca, no por necesidad sino porque a la gallina le gustaba mi compañía. Era demasiado vieja para empollar, pero mi madre era dueña de los pollos y las tierras. Y ciertamente, se habían incubado.

El cuarto pollo también. Retrocedí y lo miré. El huevo debió haber sido corriente, caliente y fresco, encontrado quizás en un cobertizo o debajo de un seto. No podía haber sido viejo, o frío, hubiese sido inútil ponerlo, entonces.

Era de un color muy alegre o más bien de una serie de colores. Mientras corría de un lado para el otro, a través de los palos toscamente clavados que confinaban a una gallina pero dejaban pasar a los pollos, resplandecía con una sucesión de púrpuras, verdes, rojos, azules metálicos, todos iridiscentes, pero de algún modo suaves. Un gallo Rhode Island tiene ese aspecto, pero un pollo recién nacido, no, y un gallo Rhode Island no cambia con el viento y el sol. Tampoco tenía pelusa. Ya tenía plumas.

Pero ¿eran plumas? Ciertamente había profundidad en lo que cubría al animal, pero no una profundidad llamativa como en la pelusa sino profundidad en capas, detallada y perfectamente delimitadas. Sus pequeñas lentejuelas temblaban, se modificaban y se deslizaban, aparecían o desaparecían. Parecían más bien una cota de mallas, o escamas. El polluelo corría feliz y dejaba escapar una fulgurante serie de gorjeos y gorgoteos... por cierto no eran los píos

de un pollo. Parecía satisfecho con su color y sus movimientos y después se metió debajo de las plumas de la vieja gallina y se quedó quieto.

Yo había olvidado mi cansancio y mi aburrimiento, mi disgusto por la vieja ronda de tareas desagradables y la imposibilidad de escapar. Unas caras nuevas hubiesen sido un escape, pero ninguna cara nueva venía por aquí. Sólo mi madre, que ahora se acercaba. Venía andando delicadamente sobre la porquería del patio caliente, como si la irritara. Probablemente, así era. Yo había limpiado un poco pero sólo teníamos a James para ayudar y se había ido temprano a casa, diciendo algo acerca de su mujer y los «dolores que le habían dado». Ellos también tenían pollos en su pequeño huerto.

El calor había comenzado muy pronto ese año y la basura olía, despidiendo pegajosas ondas de olor. Siempre me había asombrado que mi madre sintiera el deseo de tener una pequeña granja... era una mujer tan quisquillosa. Supongo que había imaginado que todo estaba siempre fresco en el campo y que allí encontraría el mínimo de mugre y gérmenes. No siempre era así, pero disfrutaba con los huevos y las verduras. Yo también, pero hacía mucho que no veía la aventura en el trabajo. Había demasiado.

—¿Sólo ocho? —dijo mi madre en tono quejoso, agachándose y espiando en el oscuro y confortable gallinero—. ¿Cuántos huevos le habías puesto?

—Tú le pusiste diez —dije intencionadamente. Me parecía que la anciana gallina lo había hecho bien. Luego dije, vacilante—: Hay otro... dentro, con ella.

—¿Nueve? —repitió mi madre dudando. Luego, escatimando la aprobación—: No está mal... realmente, no está mal.

El cuarto pollo salió corriendo de abajo de la gallina y pasó disparado con mucha soltura cerca de los pies de mi madre. Hubo un momento de silencio. Luego...

—En nombre del cielo, ¿qué se supone que es eso? —preguntó débilmente.

—No sé qué se supone que es —dije—. Yo no lo hice.

—No te pongas de mal humor —dijo mi madre con compostura— y no me culpes continuamente por lo que no puedes ser o hacer.

Si hubiese podido elegir hubiese tenido la gracia de sus huesos

frágiles, su aérea sustancia y sus cabellos cortos, oscuros o plumosos, no mis pómulos anchos, llenos de pecas a causa del sol y escandinavos, ni ese montón de pelo rubio y liso, ni brazos y piernas rellenitos. No es gorda, dicen amablemente; está bien hecha. El tipo de moza de granja.

Pero mientras miraba a esa cosilla resplandeciente que corría velozmente por el polvo, las hojas secas y las ramitas, me resultó difícil recordar mis deseos cotidianos. ¡Qué cosilla tan feliz era! Y qué difícil es comunicar lo que uno entiende y sabe de la felicidad de las criaturas que no pueden hablar de ello... la forma y la inclinación de picos y patas; los coquetos penachos de pelo o plumas, el gesto alerta de las orejas alzadas, la calma de las redondeadas y caídas. Este pollo no era más que vivacidad jadeante. Sus movimientos hubiesen sido chispeantes, aun sin sus colores. Pero los colores lo hacían saltar y cantar como a la misma luz.

—Debe ser un híbrido. —La voz de mi madre vaciló y se volvió firme mientras tomaba su decisión. El hecho de que las dos hubiésemos visto ya híbridos de todas clases, y que supiéramos más o menos lo que se podía esperar de cada cruce, no sirvió de hada.

De acuerdo con la naturaleza de las cosas, había que encontrar alguna solución y era ella quien debía hallarla y colocarla en su sitio, archivada en el título correcto.

—De un pavo real —sugerí enfadada y supe que estaba pareciendo más joven y estúpida que nunca.

—No seas malhumorada —volvió a decir mi madre.

El pollo flotaba en el aire sobre sus dinámicas patas, tan rápidas como las alas de un colibrí. Apenas agitaba la paja, las ramitas y los guijarros pequeños. Si desviabas los ojos durante un instante, estaba en otra parte. A veces me parecía, mientras lo observaba intranquila, que ni siquiera era necesario desviar los ojos. Se hacía borroso y desaparecía.

—Es muy atractivo. —La voz de mi madre se quebró por la sorpresa y se suavizó hasta adquirir el tono que no había vuelto a usar desde que su Airedale favorito había sido atropellado—. Esto demuestra que los híbridos pueden ser muy bonitos. Nunca he tenido mucha paciencia con la gente que exige total pureza. Guardaremos éste y las pollitas. No quiero tener que engordar a los pollos. La administradora del correo quiere pollitos. Puedes

llevárselos dentro de un par de días. A ti te llamaremos Enriqueta —dijo, mirando a la colorida criatura con firme y afectuosa mirada de propietaria.

Para ser una mujer tan práctica, tenía la curiosa manía de ponerles nombres a las cosas. Si unos hombrecillos verdes hubiesen aterrizado en el prado, los hubiese domado y dominado con nombres en un abrir y cerrar de ojos.

Yo debía haber sentido miedo del extraño pollo, pero eso era imposible. Irradiaba una especie de calidez, de seguridad, de afectuosa seguridad, y mirarlo era una experiencia fascinante. Y después de todo, si hubiese tenido una clase diferente de existencia, como un caleidoscopio, digamos, no hubiese tenido nada de raro. Lo que sucedía era que estaba fuera de lugar en un gallinero. Y después de un tiempo, uno lo olvidaba. Casi me sucedió.

James no vino durante un par de días, sin avisar; su mujer padecía ataques de furia y tensión alta. Hasta que vi la palidez de su cara en la cocina de paredes de piedra a media mañana, no recordé lo extraña que era Enriqueta.

—¿Qué es lo que tienen allí, en el gallinero, señorita Sabrina? Es algo que no parece nada natural.

—¿No la encuentra muy bonita? —Dios sabe por qué considerábamos femenina a Enriqueta, salvo que, desde el principio, había tenido un aire intensamente femenino.

—Es un híbrido. A mi madre le pareció que teníamos que conservarla. Nos gustaría ver qué crías produce.

—Dios no puede querer que saquen crías de eso, señorita. Oh, no me importa reconocer que es un bicho bonito. Pero ningún gallo fertilizó ese huevo.

—¡Oh, vamos, James! ¡Usted es un campesino moderno! Tiene un sindicato y un televisor y va a jugar a los bolos los sábados por la noche. ¿Qué tiene contra Enriqueta?

Pero no se podía luchar con risas contra las supersticiones de James, y rehusó su té de media mañana, de forma muy anormal, y se fue a limpiar un establo murmurando cosas oscuras acerca de personas que podían echar «mal de ojo» a un ave haciendo que empollara crías de diablo.

Sin embargo, cuando Enriqueta creció, no en gracia, quizá, pero sí en gloria física, hasta James se aficionó mucho a ella.

Su forma se parecía a la de una oca, de cuerpo largo y ovalado.

Tenía una gruesa capá de algo que nadie podía considerar plumas y que mi madre se negaba, ciertamente, a llamar escamas. Su tamaño era más o menos el de una pava grande, pero sus colores eran demasiado sorprendentes para confundirla con una. Los pequeños componentes de su capa se modificaban constantemente, de modo que nadie podía decir con exactitud dónde empezaba cada sección del espectro, pero ciertamente llevaba púrpura y un arrogante verde de reptil, con naranjas y amarillos subyacentes. El aspecto que presentaba parecía depender de sus movimientos y su estado de ánimo.

Casi siempre era halagadoramente atenta y cariñosa. Se arrojaba con gracia por el aire en un largo salto parabólico que siempre terminaba justo enfrente de ti. Allí se acurrucaba, se meneaba y entraba, por un momento, en una especie de comunicación confidencial que ella, y no tú, entendía perfectamente. Entonces podía alejarse de un salto, hacia un lado, o desplazarse tranquilamente con un movimiento deslizante, como un enorme guijarro en una superficie lisa. Los púrpuras y verdes adoptaban una tonalidad más cálida y oscura y los centros dorados de sus ojos se abrían mucho, de modo que uno sabía que era una expresión de afecto. El aire se volvía rosado a causa de él.

En otros momentos se ponía excitada o activa, como un niño que dice que hoy va a ayudar y que hoy hará esto o aquello por ti. Daba vueltas al patio y luego desaparecía detrás de los edificios, y reaparecía, tan rápido que era totalmente imposible saber si usaba las alas, qué eran pequeñas pero fuertes, o las patas, que habitualmente daban la impresión de estar negligentemente plegadas bajo su pecho. En ese estado de ánimo, una vez reunió a todos los animales de la granja en el patio, para ser inspeccionados. Cuando había logrado alguna cosa así, instalaba su cuerpo ovalado en la hierba, bajaba su cabecita cloqueando o silbando e intentaba llegar hasta la capa que cubría su pecho con un pico asombrosamente largo... no tenía cuello digno de mención. Cuando comenzaba a limpiarse, su color se estabilizaba hasta que su plumaje —o lo qué llamábamos así— zumbaba y hormigueaba y se oscurecía hasta llegar a un verde profundo, luminoso y resplandeciente.

—Está tratando de adaptarse al ambiente, como un camaleón —dijo mi madre rápidamente, y la primera vez que la vio hacerlo, decidió que habría que cambiarle el nombre a Enriqueta—. Enriqueta es un nombre muy vulgar y nada apropiado. Todo el mundo llama Enriqueta a sus gallinas. Tendrías que haber pensado en algo más original —dijo mi madre con total desprecio por los hechos—. Creo que Esmeralda le quedará mucho mejor.

No tenía mucho sentido discutir. Yo creía secretamente que Enriqueta (o Esmeralda, como tendría que llamarla ahora, si no quería irritar indebidamente a mi madre) no estaba tratando solamente de adaptar su coloración a la de la hierba, sino que se instalaba en la hierba porque sentía que eso la ayudaría de algún modo a hacer algo que quería hacer. No quería examinar esa conclusión con demasiado detalle, porque me hubiese llevado a asumir cosas acerca de Enriqueta-Esmeralda como una inteligencia de algún tipo, con intenciones y deseos. Prefería pensar en ella como en un accidente, un encantador y sano híbrido. ¿Por qué un híbrido iba a intentar irradiar a la gente con ideas de amor y admiración y felicidad y colaboración?

Y era joven, de modo que era natural que se moviera muy deprisa. Realmente me estaba volviendo muy estúpida y me dejaba sugestionar por las supersticiones del lugar donde estaba aprisionada si imaginaba realmente que Esmeralda tenía formas de desplazarse de las que no disponía un ave normal.

James, por supuesto, no pensaba que fuera un ave normal. Y James no veía ninguna razón especial para ser discreto en cuanto a sus creencias. Ese verano tuvimos varios visitantes curiosos, para «echar una ojeada a esa gallina de que habla James». Esmeralda causaba un impresionante efecto sobre los más conocedores y experimentados sabihondos campesinos. Fuera quien fuera, y por muchos híbridos o terneros con dos cabezas que hubiese visto, detenía su lenta masticación y trataba de andar a su alrededor, mientras ella lo rodeaba. Sus ojos enrojecidos se humedecían un poco y a veces murmuraba:

—¡Vaya, que me cuelguen!

Estábamos un poquito orgullosos de este inevitable efecto.

Ese orgullo tuvo un inevitable fin. Mi madre negó firmemente la entrada a los periodistas que habían venido a buscar una tonta

historia de verano; se marcharon y la olvidaron. Pero la persistencia de los rumores trajo visitantes más serios. Vino un hombre del Ministerio de Agricultura, ostensiblemente para inspeccionar los desagües y las condiciones sanitarias. No se le pudo negar la entrada. Vio a Esmeralda, dejó caer su libreta de notas y se fue silbando.

Volvió con un colega y un veterinario. Pidieron permiso muy cortésmente para llevarse a Esmeralda, pero mi madre rehusó y Esmeralda, arrullando, los acompañó alegremente hasta la puerta, desplazándose como un relámpago multicolor.

Vino un eminente funcionario del Ministerio y, después de hacer cortesías ofertas que fueron rehusadas, sugirió que un gobierno que nacionalizaba industrias y obligaba a que se le vendieran tierras tendría pocas dificultades para hacerse con una criatura de interés nacional, como Esmeralda. Mi madre se negó a creer que Esmeralda fuera una criatura de interés nacional y mencionó a su cuñado, que editaba un diario que se oponía al gobierno con inteligencia y eficacia, desde la seguridad de una posición política similar. El funcionario perdió los estribos, pero se marchó.

Después de eso nos dejaron en paz durante un tiempo. Yo casi lo lamentaba. Mi madre se las había arreglado para olvidarme y yo me había vuelto perezosa, con mucho éxito y casi sin darme cuenta. Naturalmente, tengo una personalidad perezosa. Soy muy feliz cuando no hago nada y no pienso casi nada. Me parece que observar es una de las artes más agradables y poco practicadas de todos los tiempos. Pero cuando no vinieron más visitantes oficiales ni los esperamos, mi madre volvió a encontrar tiempo para criticar el aspecto, el manejo y la conducta de todo lo que estaba dentro de sus fronteras y yo volví a trabajar nuevamente de forma organizada, pero de muy mal humor.

La gente de la zona seguía viniendo, sin embargo, lenta pero seguramente, yendo desde el portón por el sendero hasta el huerto y los gallineros en las cálidas tardes de verano, como si vinieran a una fiesta. Generalmente, con lenta cortesía, traían regalos. Miel de una colmena cercana; un patético conejo frío, con una gota de sangre en la nariz, o fruta, que era bienvenida, ya que ese año el huerto no dio ninguna; los años siguientes, tampoco. Los árboles parecían estar muriendo.

Mi madre atesoraba la creencia de que los árboles reaccionaban desfavorablemente al constante paso de pies cerca de sus raíces.

—Es que andan demasiado por allí —se quejó irritada—. Eso no hace ningún bien a los árboles. Les he puesto fertilizante... (yo les había puesto fertilizante, y había sido un trabajo agotador) y los voy a cercar, pero creo que será inútil. Posiblemente los podaste mal el año pasado, Sabrina.

—Podrías prohibir que viniera gente —sugerí fatigada—, rehusarles la entrada.

Mi madre pareció sorprendida.

—No puedo. En un sentido, es como un homenaje a lo que ha producido la granja. Esmeralda es totalmente única. Es como un santuario local, una de esas cosas que se ven en Italia a un lado del camino, con las flores marchitas a los pies de la estatua, simbolizando las oraciones de la gente.

Era una idea rebuscada para mi madre. Pero los vecinos siguieron pisoteando las raíces enterradas de manzanos, perales y ciruelos y Esmeralda continuó exhibiéndose, corriendo entre los árboles o deslizándose por el sendero en dirección al huerto de las verduras. Por contraste, las verduras y las frutas de arbusto, las frambuesas y las frambuesas americanas y las grosellas habían ido muy bien. Esmeralda nunca rompía nada en sus viajes, ni arrancaba bayas ni partía brotes. Se quitaba de los lugares estrechos con exquisita delicadeza, coqueteando apenas con el peligro, como si estuviera orgullosa de su graciosa velocidad.

Unas tiendas desparramadas en un campo cercano anunciaban la presencia de niños exploradores, supusimos, hasta que llegaron los jeeps y el camión blindado.

Mi madre estaba escarbando con expresión disgustada junto a una planta de jengibre que se estaba desintegrando cuando el brillante sol que entraba por la puerta abierta quedó interceptado por un joven moreno que vestía de caqui.

—¿Podría usar su teléfono? —preguntó, y estaba en la cocina, con la puerta cuidadosamente cerrada detrás de sí antes de que pudiera levantarme del cubo para alimentar a los cerdos que estaba rascando. Ocasionalmente hay que lavarlos, aunque nadie lo crea.

Se había quitado la gorra del uniforme, mostrando una línea roja que atravesaba su frente, como si le hubieran quitado el cuero

cabelludo y se lo hubiesen vuelto a poner.

Las cejas de mi madre se levantaron.

—Usted vino con esa hilera de tiendas de juguete y ese equipo de guerra que han instalado allí— dijo—. Durante la guerra estuve en los servicios femeninos. ¿Va a decirme que no tienen un teléfono de campaña?

No pareció desconcertado.

—Claro que lo tenemos, pero el ejército prefiere que nos presentemos de alguna forma. Podría haber venido con un par de sargentos y haber dicho «Disculpe, señora, pero esta casa está bajo la ley marcial», pero no parecía buena idea desde ningún punto de vista.

—¿Nos está invadiendo? —Mi madre no podía creerlo y yo también quedé con la boca abierta—. ¿Hay uranio en la granja?

Él se sonrojó.

—Bueno, usted no contesta las cartas, señora Sergeant. Después de que el Ministro le escribió y el Ministerio de Guerra decidió que aquí había algo y le mandó una solicitud oficial, la única otra cosa que se les ocurrió fue enviarnos, ostensiblemente de maniobras. Me llamo Lansdowne... mayor. Esto... de inteligencia.

Añadió esto último con tono apologético. No nos dijo su nombre de pila hasta más tarde. No le culpo... Vivian Lansdowne es demasiado romántico para ser posible.

—¿Inteligencia? —Mi madre parecía muy sobresaltada—. Buen hombre, ¿acaso creen que Esmeralda es un arma secreta?

Yo no había visto las cartas... debía haberlas destruido con gran determinación. Él la miró como si no creyera en lo que veía.

—Green, por supuesto, que es una extraterrestre... algo de origen espacial —explicó cuidadosamente—. Hace varios meses que tenemos un par de hombres vigilando un poco la casa con regularidad. Hombres subidos en los postes del telégrafo, hombres arreglando neumáticos pinchados, extraños vagabundos.

—Hemos obtenido gran cantidad de datos. No sabemos si el huevo fue fertilizado por algo que no era un gallo o si no era —exactamente un huevo sino alguna especie de cápsula o si esta criatura— ¿Esmeralda, se llama? —simplemente salió de alguna parte y se metió debajo de la gallina antes de que nacieran los polluelos.

—No había cáscaras —dije y me miró por primera vez, haciendo una profunda reverencia, como un soldado mecánico.

—Sabrina Sergeant. —Era una afirmación, no una pregunta—. Sabrina es un nombre bellísimo. Creo que es el nombre más bonito que puede llevar una chica.

Y eso, para mí, fue la cosa más sorprendente que se dijo en todo el día.

—Puede haberse comido el huevo, o haber dispuesto de él de otra forma —continuó—. Obviamente, tiene una afinidad con las grandes aves, además de una cantidad de habilidades asombrosas desconocidas en todas las formas de vida terrestre. La gente de aquí parece haberla aceptado como una especie de broma. Mejor así; no queremos un pánico nacional.

—Aquí se toman las cosas con calma —dije y él sonrió por primera vez.

—¿Podemos...? —Señaló la puerta y salimos. El ardiente sol nos golpeó con fuerza después de la oscura frescura de la cocina y él entrecerró los ojos y volvió a ponerse la gorra.

Mi madre iba delante, caminando con menos agilidad que de costumbre, como si súbitamente hubiese empezado a pensar en envejecer. Un grupo de hombres vestidos de caqui miraban con aire distraído por encima del cerco que había detrás del huerto y nuestro mayor les hizo señas, irritado. Desaparecieron de nuestra vista y sólo oímos sus voces y una risita nerviosa.

—Más turistas —comentó mi madre ácidamente. Oí que el mayor tosía, incómodo.

No podíamos encontrar a Esmeralda. Yo estaba nerviosa y ansiosa después del diálogo en la cocina, y aunque sabía que al verla me tranquilizaría y me pondría contenta no me sentía en condiciones de darle la bienvenida. El mayor, que nunca la había visto, obviamente se reservaba su cauteloso juicio. Mi madre probablemente deseaba que Esmeralda no apareciera, a causa de su contrariedad. Aceptaría lo necesario si la obligaban, pero nunca se resignaría a ello.

Esmeralda no vino. Sus colores no palpitaban detrás de ningún árbol. Sólo la tarde yacía larga y tranquila entre los troncos descoloridos y las gallinas cloqueaban pacíficamente al otro lado del huerto.

—¿No tienen alguna manera de... bueno... llamarla?

Negué con la cabeza.

—Siempre está aquí.

—Pues ahora no está —dijo, innecesariamente.

No podía entenderlo. Seguimos andando, dando vueltas inútilmente.

Por fin me detuve y le miré.

—Los animales sienten con mucha intensidad la presencia de problemas. Creo que está pensando demasiado intensamente en Esmeralda. Creo que se concentra demasiado en que es una cosa horrible y extraterrestre que llegó desde las estrellas; me ha hecho sentirlo. Y ella también lo siente, y se mantiene alejada.

—¡Por el amor del Cielo! —dijo mi madre irritada—. ¿Crees que esa gallina es telepática?

—No es una gallina —dijo secamente el mayor Lansdowne—. Pero podría... bueno, podría existir alguna clase de transmisión. La clase de cosa que muchos animales pueden sentir, como dijo usted. Pero más fuerte.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Es como el hombre del cuento de hadas, que no tenía que pensar en un caballo blanco —dije—; pero si pudiera verla no importaría. No pensaría lo mismo. Es encantadora, realmente lo es, y simpática.

Y súbitamente sentí que si pudiera enseñarle a Esmeralda él mismo se daría cuenta de lo amistosa, confiada y amable que era.

Y, por supuesto, allí estaba. Quiero decir que era perfectamente visible y no estaba escondida de modo que en realidad habíamos estado mirándola, mientras estaba echada. Sólo que estaba con sus gatas verdes y por alguna razón no la habíamos visto.

Entonces se precipitó hacia nosotros, casi sin tocar el suelo, ingenuamente, llena de alegría y vivacidad, haciéndote sentir que gritaba llena de vida, aunque no oyeras nada.

Se echó, trémula, frente a nosotros, como solía hacer y él se dejó caer sobre sus inmaculadas rodillas color caqui para acariciada.

—¡Pero si es preciosa! —dijo riendo—. Ya veo, sí, ya veo. Es completamente diferente de todo lo que conocemos... pero ¡es deliciosa!

Fue en ese momento cuando decidí que me gustaba mucho. Mi madre golpeaba irritada el césped seco con una rama seca de manzano. Había muchas tiradas en el suelo.

—¿Ha venido a admirarla o a nacionalizarla? ¿Puedo confiar en que el gobierno está dispuesto a pagarme por ella?

—Creo —dijo el mayor Lansdowne poniéndose de pie y limpiándose los pantalones— que preferiríamos estudiar a Esmeralda en su hábitat natural, por así decirlo. Por lo menos durante un tiempo. Trataremos de molestarlo menos posible.

Me miró de reojo, como pidiendo ayuda, y en ese momento me derretí lo suficiente como para proporcionársela.

—Mamá, será muy interesante. Ayudaremos todo lo posible, mayor.

Sonreí y por una vez mi madre no dijo nada, sorprendida e indefensa al ser un objetivo militar.

—Mi nombre es Vivian —dijo secamente y dirigiéndose a mi madre, no a mí—. Espero que usted... o sea... no use. Algunos de los hombres, ¿sabe?... bueno, tuvimos que traer un pelotón bastante grande, para que lo de las maniobras pareciera cierto. No tienen mucho que hacer.

No podía haber elegido un camino más fácil para llegar al corazón de mi madre. Sus ojos resplandecieron y hasta le sonrió cariñosamente.

—Eso sería espléndido... que idea tan bondadosa —suspiró y sus ojos pensativos se movieron en todas direcciones: hacia la pintura descascarada de los cobertizos, hacia el metal oxidado de los abrevaderos, hacia las paredes torcidas y las vallas y las maderas.

Nunca había creído en los milagros. Pero ahora, durante muchas semanas estuve en el centro de uno. Hacía poco o nada. Preparaba té y sonreía y ocasionalmente invitaba a cenar a algunos oficiales jóvenes.

Me volví social y reí y mis manos estuvieron con frecuencia apoyadas en mis faldas. Hasta mi piel se puso más suave y pálida.

Por primera vez, desde que podía recordar, disfruté de la vida.

Vivian me llevó a cenar a una posada de las proximidades y una vez a bailar a la ciudad más importante del condado. Salíamos a cabalgar juntos y en las dulces noches veraniegas me apretaba en los rincones, me acariciaba y me besaba y decía frases urgentes y

apasionadas en voz baja. A veces creo que hasta se olvidaba de Esmeralda. Se lo dije, una noche, en que estábamos acostados en una gruesa alfombra de heno, con plumas verdes. También había ortigas, pero eran pequeñas y las habíamos aplastado con nuestros cuerpos.

—¿Esmeralda? —dijo brevemente y se sentó y me soltó—. Nunca la olvido. Pero a veces tengo que dejársela a otras personas... los expertos.

Asentí. Había visto hombres de bata blanca, muy quietos entre los árboles, vigilando mientras Esmeralda hacía sus espectaculares trucos. Todos sonreían con indulgencia; era difícil no sonreírle a Esmeralda.

—¿Has pensado alguna vez, Sabrina, que Esmeralda posee la defensa más perfecta que puede tener un extraterrestre? Inspira amor y confianza. No puedo evitar preguntarme si es una especie de mecanismo interno, para proteger a la especie. Y la forma en que se traslada. No es sólo que se mueve rápido y que tiene ese camuflaje cuando queda inmóvil. Se mete en lugares muy improbables, cuando no imposibles. A veces me pregunto, también, si carece de huesos o si puede reconstruirse a voluntad, del otro lado de las cosas... Oh, ya sé que suena ridículo, pero a veces, parece que no hay otra solución.

—¡Pobre Esmeralda! Es tan encantadora y tan inofensiva y sólo hay una como ella. Una pollita tan simpática.

—No es una pollita —dijo Vivian enfadado—. Te concedo que tiene afinidades con las gallinas, pero también tiene vinculaciones con otras formas de vida. Está cubierta por una especie de estructura de escamas articuladas, una especie de armadura deslizante, como la de un armadillo. Y sus patas traseras, cuando está quieta, se parecen más a las de los reptiles que a las de las aves. ¿La has visto observando a las tortugas de tu madre, las que tiene en la pecera? Se queda pensativa, como si reconociera a un pariente y quisiera comunicarse. Sabe lo que sentimos por ella pero no puede corresponder, excepto con esa maldita aura de total satisfacción que esparce.

—Me pregunto si alguna vez querrá volver a su casa —dije adormilada y él volvió a acostarse y me abrazó.

Oh, esos ratos con Vivian eran maravillosos... ¡son maravillosos!

Antes de que termináramos con Esmeralda se declaró y se casó conmigo y todo fue solemnizado en nuestra iglesita, con mi madre luciendo un aire un poco despectivo y el resto del pueblo muy intrigado, porque no entendían qué era lo que había mantenido tanto tiempo al ejército allí como para que uno de los oficiales se casara con una chica del pueblo. Otros dos integrantes del pelotón se ennoviaron con chicas de la zona y el pueblo quedó más intrigado que nunca.

Fue después de nuestra boda, y mientras el equipo científico seguía tratando de descubrir qué comía Esmeralda, si es que comía algo, cuando llegó el circo.

Acampó al atardecer en uno de los campos que el señor Bates tenía en barbecho y el propietario vino directamente a ver a mi madre.

Yo estaba sentada en una tumbona en el pequeño patio que había junto a la puerta de la cocina, tratando de atrapar los últimos rayos de sol de la tarde. Vivian había vuelto al campamento... más bien lo veía un poco menos desde que nos habíamos casado.

Un hombre alto y melancólico que andaba arrastrando los pies subió por el sendero, cerrando tras de sí nuestro nuevo portón como si estuviera acostumbrado a hacerlo. El antiguo era mucho más difícil de cerrar, pero uno de los sargentos de Vivian era un carpintero muy hábil.

—Lamento molestarla, señorita —dijo cortésmente, quitándose un sombrero bastante elegante— pero vengo por el monstruo, si no se ofende.

—El... ¿El monstruo?

—Sí; eso es. Yo tengo muy buen nombre en el distrito y, por cierto, bastante más lejos, y nadie ha podido decir que he maltratado a ninguna criatura inocente que se haya cruzado en mi camino. Siempre he hecho todo lo posible por ellas y el inspector veterinario del Ministerio de Agricultura me conoce bien y le dirá lo mismo. Y puedo decirle, señorita, que he tenido que ocuparme de algunos casos difíciles... con dietas muy complicadas, algunos, por no hablar de un aguatero, un dayak del sur de Borneo, muy difícil de mantener limpio, húmedo y en buena salud, especialmente en nuestro clima. El inspector siempre dice que somos más un zoológico de primera categoría que un circo, que es el nombre que

nos damos profesionalmente, considerando que tenemos buenos acróbatas y payasos, que colaboran bien con los chimpancés y un pequeño número de perros amaestrados, muy bueno. Y me gustaría hacerle una oferta.

—Me parece que no le entiendo.

—Una oferta, señorita, por la bestia que tiene aquí. Las cosas se saben, aunque ustedes lo han mantenido muy callado. Pero ¿sabe?, siempre hay un tío que viene y me dice: «Dildry (es mi nombre, señorita, del Circo de Estrellas Dildry y sus Artistas Animales), Dildry, hay una criatura a la que deberías echarle una mirada». Y voy, donde quiera que esté y quizá sea algo corriente, como un pavo albino, que no es muy atractivo, digan lo que digan, y entonces no me interesa; o también puede ser otra cosa, como me dicen de este animal suyo, completamente original, aunque —añadió cautelosamente— no diré, hasta que lo haya visto, si puede tener algún valor para mí.

Mi madre, que aparentemente había oído nuestras voces, salió de la casa.

—¿Quién es tu amigo, Sabrina?

Expliqué lo del señor Dildry con algunas dificultades, ya que estaba ansioso por explicarse él mismo.

—Imposible —dijo mi madre, con decisión—. Es un disparate.

El señor Dildry pareció herido.

—Sería feliz con nosotros, señora, si yo decidiera que vale lo que cuesta. ¿No podría verla, por lo menos? Se me ocurre algo: ¿por qué no viene *usted* y nos echa una mirada a *nosotros*? Traiga a la criatura... («Esmeralda», intercaló fríamente mi madre) con usted, y comprueba si le gustamos. Siento curiosidad por saber cómo es y qué puede hacer.

Mi madre se negó, por supuesto, pero al final Vivian volvió y persuadimos al señor Dildry de que hiciera una función especial para el pelotón de Vivian.

No se negó porque iban a actuar en el pueblo y la publicidad extra les sería útil. Bajamos temprano... y Esmeralda también fue. No vino con nosotros; simplemente nos miraba de soslayo, llena de encanto, mientras íbamos; cuándo llegamos, ya estaba allí. Pensé que había sentido la presencia de otros animales... sentía avidez por la compañía animal y quizá las gallinas no le bastaran.

—Tu madre estará complacida —dijo Vivian enroscando mechones de mis cabellos en sus dedos y mordisqueando suavemente mi nuca—. Por cierto, los científicos creen que saben de qué se alimenta Esmeralda. Por el momento están muy misteriosos... parecen olvidar que yo también soy de Inteligencia, y Muy Secreto también. Dicen que me lo dirán cuando estén seguros. ¿Nunca te lo preguntaste?

Me encogí de hombros, confortablemente acurrucada contra él; y sin preocuparme mucho, en realidad, ahora que me había escapado.

—Supongo que pensé que picoteaba por allí con las otras gallinas. Noté que no le gustaba el pienso.

—Ese pico largo y curvo no puede picotear en la tierra —musitó Vivian—. Son las aves de pico corto las que picotean en el suelo.

Esmeralda estaba ofreciendo una breve exhibición de impecables movimientos de color y el señor Dildry la observaba sorprendido y admirado.

—Es difícilísimo, señorita, si me lo permite, decir si se está moviendo o deja de estar aquí y aparece en otro sitio. Nunca podríamos tenerla en una jaula.

—No tendrá la posibilidad —dijo Vivian.

El señor Dildry debió preguntarse cuáles eran los derechos de Vivian en este asunto, pero no dijo nada.

Esmeralda parecía disfrutar tanto como nosotros con el zoológico. Era amiga de los hombres de Vivian —y coqueteaba a su alrededor, pasando a toda velocidad y cloqueando con su habitual simpatía. La esposa del señor Dildry, la Mujer Barbuda, desarrolló una súbita pasión por ella y me rogó con lágrimas en los ojos que volviera a hablar con mi madre. Harían feliz a Esmeralda, dijo. Era la única de su clase y se llevaría bien con los otros animales que tampoco tenían congéneres, y con los solitarios seres humanos que no tenían huesos o padecían sus cabezas transparentes. Por primera vez pensé que en algún sitio debía existir un mundo donde hubiera otras Esmeraldas, un mundo en el que no sería un monstruo sino un ser normal.

Ciertamente, los animales estaban contentos y bien cuidados. Los caballos piafaban y resoplaban orgullosamente, soplando granos de sus bocas aterciopeladas. Los leones y los tigres se paseaban

luciendo sus pelajes ásperos, gruñendo y rugiendo sobre sus trozos de carne de caballo. Los elefantes parecían tan pacíficos, polvorientos y gastados como siempre. Y en un gran tanque, en un extremo del campo, giraban abriendo y cerrando sus fauces unos largos y malvados caimanes, ásperos como pinas. Esmeralda estaba fascinada con ellos. Volaba constantemente, planeando sobre ellos, profiriendo gritos quejosos y meditabundos mientras ellos levantaban la cabeza, mirándola y hacían sonar sus largas fauces.

Cuando volvimos a casa, por la noche, uno de los hombres de ciencia que le habían prestado a Vivian estaba sentado allí, charlando, muy incómodo con mi madre.

Cuando vio a Vivian se puso en pie de un salto, agradecido.

—Pensaron que le gustaría saberlo —tartamudeó. Sus gafas se empañaron a causa de la turbación, mientras hacía un gesto con la cabeza reconociendo mi presencia—. Si quiere venir... si no le importa... el doctor Withers me pidió que le dijera...

—Si eso tiene que ver con mi gallina —dijo gélidamente mi madre— a mí también me gustaría saber.

—Esmeralda —comenzó Vivian, exasperado— no es una... Qué demonios, es inútil. Mire Dickson, no hay ninguna razón para que la señora Sergeant no lo sepa, si lo único que va a decirme es que mis ideas sobre la dieta de Esmeralda se han visto confirmadas.

—Es... es cierto, pero el doctor Withers...

—El doctor Withers declararía secretas a las cerbatanas si un día aprende a utilizarlas. ¿Tenía razón, entonces?

El científico asintió, con aire desgraciado.

—Esmeralda es una especie de chupa-savia —Vivian se dirigía escuetamente a mi madre— y si echa una mirada a los agujeros que hay en las cortezas, de algunos de sus árboles, verá por qué se está secando su huerto. Y no es sólo su huerto; Esmeralda reparte sus atenciones. Fue ese pico largo, ahusado y acerado lo que me hizo pensar. Encontraron los agujeros, que no se ven con facilidad, a menos que se miren con cuidado. Vigilaron a Esmeralda... eso tampoco es fácil. Si tuviera que hacer una suposición diría que Esmeralda era un parásito en alguna nave espacial... algo que los viajeros...

Vivian vaciló y miró al cielo azul marino y el titilar de las estrellas.

—... algo que los viajeros que iban... digámoslo así, en un viaje interestelar... no querrían tener cerca. Quizá la arrojaron fuera... en un cubo de basura, en alguna cápsula.

—¿Algo que una gallina pudiera empollar? —murmuré.

El huesudo "científico" sonrió.

—El doctor Withers ha tomado eso en consideración y hemos realizado algunas investigaciones acerca de las fluctuaciones de temperatura en las gallinas cluecas, considerando el punto de fusión de...

Súbitamente, el cuarto se llenó de sonidos... pero ¿eran sonidos? Nuestros oídos vibraban, silbaban a causa de ellos, pero estaban dentro y no fuera de nuestras mentes. Golpeaban y zumbaban y aturdían y todo eso era una angustiada petición de socorro. ¡«Ven... ven... ven ahora... peligro... yo... peligro... ven... ven ahora». Todos corrimos, precipitándonos en la oscuridad, jadeando, como si nuestras vidas, nuestros cerebros estuvieran amenazados por un desastre irreparable.

Corrimos en la noche y nos preguntamos mientras corríamos qué era lo que estaba amenazado. Yo vi un niño, un bebé cayendo o ahogándose. Vivian me dijo después que había hombres quemándose en un camión o un tanque, sufriendo atrocemente a poca distancia de él. No sé que vio mi madre —nunca habló de ello— alguna cosa que se derrumbaba, bienes pudriéndose o perdiéndose, perros y caballos entrando en el matadero, quizá.

El científico murmuraba:

—Oh, la garrafa rota, el ácido...

Y entonces paramos de correr y respiramos con dificultad y miramos a nuestro alrededor para saber dónde estábamos, recobrando nuestros sentidos, como si los hubiésemos traído flotando detrás como un gran globo y ahora se desinflara y volvieran a su sitio.

Estábamos en el fondo de un campo oscuro, en medio de la hierba alta y húmeda y frente a nosotros estaba el tanque que contenía los caimanes del señor Dildry. Vagamente, a través de la hierba vimos al doctor Dildry, que también corría, reconocible por su sombrero que llevaba en un ángulo muy chulo, sobre las orejas. Vivian sacó una linterna... no la habíamos necesitado mientras corríamos hipnotizados.

En el tanque, la luz blanca iluminó el hocico de un caimán, sólo uno; los demás parecían flotar perezosamente, dormidos, en el otro extremo. El caimán vivaz perseguía a una forma que se deslizaba frenéticamente por el agua: Esmeralda. Su pico estaba cerrado, y sus ojos, y no producía ningún sonido pero empezó a emitir pánico nuevamente y nos galvanizó obligándonos a actuar. Esmeralda nadaba alocadamente, incapaz aparentemente de hacer ninguna otra cosa, el caimán la perseguía con una especie de alegría cruel y nuestros dedos trabajaban frenéticamente en la red de acero. «Eh... eeeh... peligro, alguien... yo... yo... venid venid». Quitaron la red y yo me incliné y me estiré y Vivian me sostuvo y yo cogí a Esmeralda, su ligera y redondeada calidez, por primera y última vez, y la levanté.

La presión que gritaba y retumbaba en nuestras cabezas se detuvo. Hubo un silencio de muerte, cerrado, total. A la luz de la linterna vi que el sudor corría por la cara de Vivian y por la del científico. El señor Dildry había hundido la cara en las manos y hacía observaciones en sordina.

—¡Qué campana de alarma! —tartamudeó finalmente Dickson, el científico—. ¡Qué sistema, el más seguro!

—Todo lo que hay a varios cientos de yardas corre a auxiliarla —asintió Vivian—. Empatía, no telepatía; un transmisor y un receptor al mismo tiempo. Por Dios, qué criatura para que ande suelta por una nave espacial. No me extraña que alguien... que alguien la haya tirado.

Esmeralda se había instalado cerca, metida entre las hierbas altas. Parecía estar haciendo todo lo posible por enterrarse bajo ellas.

Vivian y el científico la transportaron con mucho cuidado en la chaqueta de Vivian y mi madre, desolada, iba detrás. Debía haber sido la primera vez en su vida que había podido reconocer con seguridad una demanda de auxilio. Había sido necesario un extraterrestre para lograrlo.

—¿Pero qué podía estar haciendo? —oí quejarse a Dickson—. ¿Por qué los caimanes?

—Otras veces ya había mostrado afinidad con animales de sangre fría, con escamas. Quizá su macho —o su hembra, si ella es macho— sea muy diferente... sólo uno estaba activo. Sus

radiaciones, sean lo que sean, pueden haberlos mantenido en calma.

—¿Mientras ella se concentraba en su amor? ¿Entonces sabía que eran peligrosos?

Vivian se encogió de hombros.

—Quizás, en el lugar de donde viene, son peligrosos cuando son varios... quizá no le gustaba que la miraran. Le gustará la intimidad. A nosotros también, aunque me sorprendería en un animal. Pero, si —fue un apareo, ¿por qué no se levantó y se marchó cuando terminó todo? ¿Tenía que recargar sus baterías? ¿Sintió pánico cuando el caimán se volvió contra ella? Porque todos hemos visto que Esmeralda se marcha cuando quiere hacerlo y que no es fácil vigilar sus movimientos. ¡Oh, demonios, hay tantas cosas que no sabremos nunca!

Pero por la mañana, cuando el señor Dildry subió, herido a reclamar el precio de la red nos enteramos de que Esmeralda había elegido al único macho en un tanque donde había además cuatro hembras. Eso resolvió las dudas acerca de su sexo.

Y como nunca salió de su trance o coma, o lo que fuera que le había sucedido, Vivian y los científicos tuvieron muchas oportunidades de estudiarla. Nunca más... nunca volvió a coquetear con las plumas ni a guiñar un ojo. Su corazón latía y respiraba. Le ponían inyecciones de algo preparado con savia y la mantenían viva. Y creciendo.

Ahora la observo, de vez en cuando, aburrida e inerte, en el gran cercado que construyeron para ella. Está tan grande como un granero pequeño y se sigue hinchando. Vivian dice que hay vida en su Interior, una vida múltiple que se alimenta y que está por nacer.

—Aunque sólo Dios sabe si estaba preñada cuando aterrizó en la Tierra o si fue el caimán. Algunos parásitos están cargados en realidad de crías cuando nacen; han sido preñados en el interior de la madre. Pero si las criaturas terrestres y las extraterrestres pueden aparearse...

Y levanta las manos, haciendo un gesto de impotencia.

De modo que todavía saben muy poco acerca de Esmeralda. Pero yo pienso que se enamoró y que el caimán trató de matarla y que sufre alguna clase de shock catatónico. Y aunque sea un parásito me gustaría que despertara... que curara y volviera a ser como antes, increíblemente colorida y cálida y adúladora... un arco iris viviente.

Sin embargo, a veces siento un poco de miedo. Yo también voy a tener un niño y no puedo imaginar cómo va a ser el mundo que tan día contendrá a mis hijos y los de Esmeralda.

Ni árboles, ni hierba, ni nada que crezca, después de un tiempo, porque ¿cómo podrían sobrevivir a los hijos de Esmeralda?